

DESPLEGADO

NOVIEMBRE
1939

CURSOS y CONFERENCIAS



SUMARIO

ROBERTO F. GIUSTI. — Antonio Machado.

PATRICK O. DUDGEON. — Lo universal en la poesía popular europea: J. M. Synge y Federico García Lorca.

MARIO SEGRE. — La división del trabajo. I - II.

RICARDO M. ORTIZ. — El régimen legal y administrativo vigente en materia de servicios portuarios. Sus necesarias modificaciones.

ANO VIII
NUM. 8
VOL. XVI

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

CANGALLO 1372

BUENOS AIRES

DESPLEGADO

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Sumario del No. 7 del Año VIII

Aníbal Ponce. — Examen de la España actual.

Aníbal Ponce. — Los deberes de la inteligencia.

Luis Reissig. — Ponce, maestro de jóvenes.

Amado Alonso. — Enajenamiento y ensimismamiento en la creación poética.

El próximo número será de homenaje a

LISANDRO DE LA TORRE

Antonio Machado

Por ROBERTO F. GIUSTI

Conferencia leída en el Colegio el 12 de mayo de 1939.

La España que la generación convencionalmente llamada de 1898 quiere redimir de un pasado que juzga abyecto y rehacerle un nuevo cuerpo y un nuevo espíritu, para lanzarla a escalar sendas de altura; esa misma España que al cabo de cuatro décadas de marcha incierta se ha despeñado en la aterradora catástrofe de que hemos sido angustiados espectadores, tuvo en la obra poética de Antonio Machado una de sus expresiones más típicas. A través de los versos de este lírico, recogido casi siempre en la intimidad de su alma o vuelto hacia los reflejos que ponía en ella la naturaleza tan apasionadamente amada, puede leerse la historia espiritual de la generación que en el 98 había transpuesto los veinte años y que ahora, dispersa por el mundo y derrotada en lo más íntimo de su ser. —los ideales de la juventud—, aguarda, sin esperar ya nada o renegando de aquello en que tanto creyó, la muerte libertadora que a muchos de sus adalides le ha llegado a tiempo.

Lo mismo que Azorín, alicantino, Antonio Machado, sevillano, sintió más la adusta y polvorienta Castilla que la luminosa y riente tierra natal. El mismo dijo que sus recuerdos de Sevilla, donde nació en julio de 1875, eran todos infantiles, porque a los ocho años pasó a Madrid, y madrileñas fueron su adolescencia y

juventud. Su padre, que le dió su propio nombre de pila, fué un eminente literato y folclorista, fallecido en 1903: Antonio Machado y Alvarez. El hijo lo retrató en un hermoso soneto, escrito mucho tiempo después bajo la luz de Sevilla, en el célebre palacio de las Dueñas, donde había nacido. Gran padre debió de ser y poeta de alma él también, ese hombre de gabinete, de "grandes ojos de mirar inquieto", a quien el hijo pinta de este modo:

 Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Se educó Antonio, lo mismo que Manuel, su hermano, también poeta de clara estirpe, que le llevaba un año, en la Institución Libre de Enseñanza, a cuyos maestros guardó siempre afecto y gratitud. Sobre todo a Francisco Giner de los Ríos, el santo maestro sobre quien el poeta escribió, cuando aquél murió en 1915, una sencilla y honda elegía. Junto a él sin duda soñó Machado desde la adolescencia aquel nuevo florecer de España, esperado por el anciano ejemplar, en cuyos labios puso el poeta estas palabras de despedida:

 Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido...

Un cuarto de siglo más tarde, escribiendo Machado en Hora de España, ponía otra vez esta última sentencia en labios de Juan de Mairena —su doble— en quien acaso debemos ver encendida alguna lumbre del espíritu de don Francisco Giner.

Después de doctorarse en Filosofía y Letras en Madrid, hizo

varias estadas, desde 1899, en París, donde se formó una exquisita cultura literaria francesa.

Su vocación castellana quedó sellada en Soria, la fría y alta Soria, barbacana de Castilla hacia Aragón, como él la definió repetidas veces, en torno de la cual el Duero tuerce su curso "para formar la corva ballesta de un arquero". Cinco años, desde 1907, enseñó allí lengua francesa; y son de ese tiempo algunos de sus más bellos poemas, los que vinculó bajo el título común de Campos de Castilla. Muerta en Soria en 1912 su esposa Leonor, a quien el poeta amaba entrañablemente, pasó a enseñar a Baeza, en la provincia de Jaén.

... pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío
entre andaluz y manchego.

Pero ya entonces lo más característico de su obra poética estaba escrito. Castilla lo recobró en 1919, año en que pasó al Instituto de Segovia, cuya proximidad a Madrid le hacía fácil residir frecuentemente en la corte, donde al fin fué trasladado y lo encontró la guerra. La Academia lo incorporó a su seno en 1927.

Como vemos, fué la suya la existencia ordinaria de un catedrático de lenguas extranjeras y humanidades, cuya monotonía sólo era rota por algún viaje a Francia o por tierras de España. En cuatro versos resumió él su vida, cuando ya había transpuesto los treinta años:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

No cantó Machado a Andalucía, si no fué ocasionalmente, rara vez, de paso por ella, al atropellársele entonces en la memoria las viejas "imágenes de luz y de palmeras", de "ciudades bajo un cielo de añil", "de plazas desiertas donde crecen naranjos encendidos", "de grises olivares bajo un tórrido sol que aturde y

ciega" y de "azules y dispersas serranías". En su tierra se sentía forastero:

... Yo tuve patria donde corre el Duero
 por entre grises peñas
 y fantasmas de viejos encinares,
 allá en Castilla, mística y guerrera,
 Castilla la gentil, humilde y brava,
 Castilla del desdén y de la fuerza...

escribió en 1913, estando en Lora del Río, en provincia de Sevilla. Al evocar entonces su infancia, confesó que faltaba el hilo que anuda el recuerdo al corazón; que tales memorias no eran alma, sino nada más que despojos del recuerdo, la carga bruta que éste lleva. A orillas del Guadalquivir, entre los naranjales, los jazmines y los olivares, el corazón se le remontaba a Soria y sus agrias tierras, hacia el pico de Urbión sobre pinares, el blanco Moncayo y los campos barridos por el cierzo, mientras cruje la encina en el hogar. A Soria, tierra del alma, la llevaba siempre en el corazón, y en la opulenta primavera andaluza, sólo soñaba aquella otra que bella y dulce llega con paso tímido y lento a la estepa del alto Duero. Este motivo se repite en sus meditaciones poéticas.

No fué Antonio Machado poeta de gran riqueza de temas ni tampoco verbal. Lo describen reconcentrado, taciturno, ausente. Tratando de él no puede omitirse el recuerdo de cómo lo vió Rubén Darío, cuando Machado tenía treinta años: "Misterioso y silencioso", "luminoso y profundo", con un dejo a un tiempo de timidez y altivez cuando hablaba. Vestía sin aliño; prefería viajar sobre la madera de tercera clase, con poco equipaje. Su vida—diría años después el mismo Darío—es la de un filósofo estoico. Gustábale sobre todo pasear y leer. Su poesía concentra los zumos de sus paseos y meditaciones. Si de sus paseos, es la naturaleza castellana la que le ofrece sus motivos con cierta monotonía. O bien, recoge impresiones del camino, siendo la suya poesía frecuentemente anecdótica. El tiene mucho del pintor vagabundo a caza de asuntos.

Olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida,

le dice "A un olmo seco", al cual, con las lluvias de abril y el sol de mayo, le han brotado algunas hojas verdes.

Por eso sus cuadros son con frecuencia solamente abocetados. Una carretera en un "Amanecer de otoño", y marchando por ella un cazador. Pocos rasgos pintarán el paisaje y el hombre, y la manchita será dedicada a un pintor, a Julio Romero de Torres:

Un larga carretera
entre grises peñascales
y alguna humilde pradera
donde pacen negros toros.
Zarzas, malezas, jarales.
Está la tierra mojada
por las gotas del rocío,
y la alameda dorada
hacia la curva del río.

Tras los montes de violeta
quebrado el primer albor,
a la espalda la escopeta,
entre sus galgos agudos,
caminando un cazador.

Se advierte, sin embargo, aun en estas impresiones, la complacencia con que diseña la imagen. Se ve que su lápiz de poeta quiere dibujar minuciosamente el contorno de las cosas para que apenas iluminadas tomen cuerpo y vida. Espigo al azar en su primer libro, *Soledades*, de 1903, y en *Soledades y Galerías*, refundición del primero, de 1907:

El limonero, lánguido suspende
una pálida rama polvorienta
sobre el encanto de la fuente limpia,
y allá en el fondo sueñan
los frutos de oro...

Las ascuas de un crepúsculo morado
 detrás del negro cipresal humean . . .
 En la glorieta en sombra está la fuente
 con su alado y desnudo Amor de piedra,
 que sueña mudo. En la marmórea taza
 reposa el agua muerta.

○ bien, son imágenes auditivas, como ésta:

Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera
 de la cigarra cantora, el monorritmo jovial,
 entre metal y madera,
 que es la canción estival.

○ esta otra:

Vibraba el aire asordado
 por los élitros cantores que hacen el campo sonoro,
 cual si estuviera sembrado
 de campanitas de oro.

Cuando no se entrelazan ambas especies de imágenes:

En una huerta sombría,
 giraban los cangilones de la noria soñolienta.
 Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.
 Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

○ más aún, se transfunden y sustituyen entre sí por un proceso de sinestesia, que como recurso poético, si bien no fué invención de los simbolistas, como que es de antiguo abolengo, fué, desde Baudelaire y Rimbaud, ampliamente usado por ellos:

El agua cantaba
 su copla plebeya
 en los cangilones de la noria lenta.

Soñaba la mula
¡pobre mula vieja!
al compás de sombra
que en el agua suena.

El carácter estético de esta poesía, aunque algunos de sus procedimientos y sus esquemas estróficos y ritmos sean a veces de procedencia modernista, es substancialmente clásico. Lo es, por encima de las formas externas, la actitud serena del poeta ante las cosas, no inconciliable esa serenidad con la profunda emoción lírica, si el poeta y las cosas vibran al unísono, como es propio de la verdadera poesía. Porque Machado no se queda en el descriptivismo puramente exterior, sino que llega a la intimidad de las cosas. Símbolos de su propio sentir, le hablan de un lenguaje que su corazón entiende. Son voces lejanas y misteriosas. Soledades llamó su primer libro, de 1903, donde recogió el manojito de poesías escritas entre 1899 y 1902. Soledades, saudades, recuerdos nostálgicos. ¿Soy clásico o romántico? se preguntó un día en un verso. Ya dijimos como era lo primero por uno de los aspectos de su poesía. Pero su contenido es romántico, o mejor, responde a la concepción romántico-simbolista. Es la suya la poesía del corazón solitario, de la melancolía y del ensueño. Muchas de las composiciones que brotan de su pluma son lieder, cancioncillas soledosas y tristes. Están llenas de tardes dormidas, de calles en sombras, de aguas muertas, de rostros femeninos esfumados detrás de los cristales. Una obsesión de sueño y sombra pesa sobre su alma, acompañada por un persistente son de melancólicas campanas. Este estado espiritual se prolonga en el volumen Soledades, galerías y otros poemas, en el cual ya dije que adicionó y refundió en 1907 el anterior. El que escribe es un hombre joven, pero su voz parece la de un anciano que mira ya distante la juventud perdida y que sólo aguarda la muerte. La mujer pasa por esos versos, esquiva y lejana, también ella soñadora y triste, a veces nada más que una sombra. Ningún arrebató de pasión los enciende. Debíó de ser sin duda la suya la juventud sin amor de un muchacho tímido y hurano. Fue soñada, pero no vivida. Como otra obsesión,

está a toda hora presente en esos versos el "¿qué se hizo?" manriqueño.

Sus mejores inspiraciones se las dicta el recuerdo. En sus galerías sin fondo mira el poeta el eterno laborar de las abejas de los sueños. El presente no es más que el espejo de los sueños lejanos. Unos luminosos; nimbados los más de melancolía. El ayer retorna a él en las fuentes que cantan, en las aguas dormidas, en las plazas calladas y las vetustas callejas; los aromas fugitivos evocan en su memoria fragancias desvanecidas; en los coros infantiles escucha antiguas cadencias; en las tardes pardas y frías aspira el hábito de muertas primaveras; en los balcones casi en sombras, donde se retarda algún "eco de luz", ve surgir y apagarse tras los vidrios imágenes que son como daguerreotipos viejos, o al pie de ellos revive la antigua cita de amor.

Todo vuelve, parece decirnos su poesía; vuelve convertido en la tela de que está tejida nuestra vida, que es la de los sueños, según sentenció el poeta inmortal y de tantas maneras diferentes ha sido repetido después. Y del mismo modo que él, "pobre hombre en sueños", como se llamó en un verso, las cosas y los seres sueñan alrededor suyo: el agua en la fuente, la doncellita que llena el cántaro con su agua clara, las campanas en la torre, la cigüeña que traza en ella su garabato o dormita volando, la vela en el sol y en el mar, y el mismo mar, que es un sueño sonoro.

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio

escribió en la Introducción a sus Galerías. Y tal es, de soledad y misterio, la atmósfera en que Machado se mueve, lento y distraído, también él borroso como un sueño, entre los fantasmas de las cosas extintas.

II

Este sevillano transportado a Madrid no se había identificado entonces aún con la verdadera Castilla, en cuyo cantor había de convertirse más tarde.

Ya dije como fué nombrado profesor en Soria el año 1907. A los cinco años, cuando salía de ella para bajar a Baeza, llevaba compuesto otro libro, *Campos de Castilla*, donde su inspiración tuerce por cauce diferente. Se lo inspiran la naturaleza y el amor de patria. Su poesía no será ya el monólogo íntimo de un muchacho desamparado, que responde a las misteriosas señas que le hacen las cosas y oye en sueños la música olvidada; ahora sus acentos son más viriles, sus imágenes se despojan de las brumas en que las envolvía el ensueño obstinado, sus ritmos taconeán más fuerte. El problema humano ya no le es indiferente. ¿Qué hace Castilla? ¿Espera, duerme o sueña? — pregunta. Y después de invocarla:

... ¡Oh tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitadas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones,
que aun van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

sentencia:

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.

¡Cómo la quiere, sin embargo de verla así desnuda y miserable! Sus ojos no le mienten la verdad, pero su razón le vaticina días mejores.

La esperanza alterna con la amargura en su visión de poeta. La realidad es triste: frutos de sus páramos malditos son la miseria, la envidia, la codicia, también el crimen. En *Por tierras de España* la definió trágicamente:

... un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

originales, la serie de romances que componen el poema *La tierra de Alvargonzález*. El romance épico-lírico, después del romanticismo había muerto. La propia forma del romance era usada raramente en la lírica antes de él y de Juan Ramón Jiménez. En *La tierra de Alvargonzález*, Machado devolvió prestigio al narrativo. No pretendió resucitar el género en su sentido tradicional, remedando los romances viejos derivados directa o indirectamente de las gestas, ni los artísticos de los siglos XVI y XVII; aunque, como él lo ha dicho, había aprendido a leer en el *Romancero General* compilado por su tío Agustín Durán, aquel docto escritor que después de haber combatido el romanticismo se convirtió a él. No; Machado le infundió un espíritu en cierto sentido nuevo, porque el suyo no es tampoco el romance zorrillesco. Es el romance narrativo, vigorosamente realista en las descripciones, hasta con sabor de romanzón de ciego por momentos; pero nimbado por cierta misteriosa poesía que parece emanar de las propias entrañas de la tierra milenaria, algo así como acontece en *La figlia di Iorio* de D'Annunzio.

Mucha sangre de Caín
tiene la gente labriega
y en el hogar campesino
armó la envidia pelea.

.....
La codicia de los campos
ve tras la muerte la herencia;
no goza de lo que tiene
por ansia de lo que espera.

Los dos hijos mayores de Alvargonzález, labriego dueño de mediana hacienda, tienen prisa por heredar al padre y lo matan. El menor había ido a hacer fortuna a América. El cuerpo de Alvargonzález no ha tenido cristiana sepultura: yace, amarrado a una piedra, en el fondo insondable de la Laguna Negra. Dios maldice los campos de los asesinos: la tierra da cizaña y avena loca; las espigas se pudren; la fruta se hiela en flor; muere el ganado. El indiano, que ha vuelto rico, va comprando la tierra de sus hermanos, quie-

nes, en la miseria, vuelven a labrar sus pegujales. Pero la labor no les aprovecha:

Cuando el asesino labre —dice la copla—
será su labor pesada;
antes que un surco en la tierra
tendrá una arruga en su cara.

La misma azada sale de la tierra teñida en sangre. Acosados por la miseria, el remordimiento y el terror, al fin, en una noche medrosa, poblada de espanto, van los asesinos a buscar descanso ellos también junto al padre en el fondo de la Laguna Negra.

Quizás el poema se diluye y arrastra algo en las partes finales: pero reúne bellezas suficientes para acordarle un lugar señalado en la poesía narrativa popular española, cuyo cultivo había desdeñado el modernismo, así por reacción contra Núñez de Arce y Campoamor, como por su propia naturaleza de escuela esencialmente lírica. La segunda parte, donde Alvargonzález ve su destino en un sueño profético, es de una noble emoción, y la última, donde el poeta describe la noche llena de terrores que cae sobre los asesinos, atraídos a la Laguna Negra por el fantasma del padre, tiene trágica fuerza.

Si quiso el poeta expresar algún símbolo con su historia, no acertó a descubrir cuál. Lo probable es que no se propuso sino revivir en tierras de España el drama del Génesis, ejemplificar esta dolorosa confesión:

¡Oh, tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!

Páramo que cruza el lobo
aullando a la luna clara
de bosque a bosque, baldíos
llenos de peñas rodadas,
donde roída de buitres

brilla una osamenta blanca;
 pobres campos solitarios
 sin caminos ni posadas,
 ¡oh!, pobres campos malditos,
 pobres campos de mi patria!

¡Cómo los quiere esos campos! Así, como son, sombríos y yermos. En A orillas del Duero, cantándole a la humilde primavera soriana que asoma, invoca a esta tierra ingrata y fuerte con acento viril y conmovido:

¡Castilla varonil, adusta tierra,
 Castilla del desdén contra la suerte,
 Castilla del dolor y de la guerra,
 tierra inmortal, Castilla de la muerte!

¡Con qué amor acaricia su verso las tímidas manifestaciones de la primavera en el altiplano numantino, complaciéndose en pintarlas una y más veces con rasgos insistentemente repetidos, y las labores del estío y del otoño, y la tristeza del invierno! Léase el hermosísimo poema que tituló Campos de Soria. No es la de Machado retórica de falso bucolismo, sino conmovida compenetración con la tierra, que le ha llegado al alma, si es que no estaba en el fondo de ella, y se la lleva por siempre en su corazón. Estos son para él campos sagrados. En ellos quedó el solo amor que ha dejado huellas en su poesía: el de su esposa, con quien casó allí y a quien allí perdió después de haberla asistido amorosamente en su lento descenso a la tumba. Su lamentación no es plañidera, sino viril como toda su poesía de raigambre castellana, posterior a las Soledades. Cuatro versos, nada más que cuatro versos, que se dirían por su acento a un tiempo altivo y resignado, desgajados de En Villequier de Víctor Hugo, declaran su derrota:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.

Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.

Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

¿Creer, no creer?

Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza:
sólo tu amargura es ella.
Late, corazón. No todo
se lo ha tragado la tierra.

La sola realidad es su honda aflicción y los sueños en que cree pasear por los campos de la mano de ella, como antes. ¿Creer o no creer? Cuando sueña con los ojos abiertos, muy pronto la ilusión se desvanece y se halla solo, triste, cansado y viejo; pero una vez dormido, la siente tan verdadera, que su esperanza reflorece. Dice:

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderos!...
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

III

Después de Campos de Castilla y su partida de Soria, la poesía de Antonio Machado tuerce por tercera vez de cauce.

Hemos visto que era un meditativo, aficionado al filosofar vagabundo. Esta nota, que aflora en su poesía desde el comienzo, se vuelve su motivo central en la edad madura. Lo mejor del poeta lírico queda en Soledades y en Campos de Castilla. La voz de aquél va apagándose poco a poco en los poblachos andaluces, y nace en su lugar un poeta satírico y epigramático. No fué Machado un

creador fecundo, de vena caudalosa. Sintiendo tempranamente viejo, parecía desconfiar de su musa. Solía repetir en sus versos con dolorosa complacencia, que había sido un día aprendiz de ruiseñor. Ya había escrito, transpuestos los treinta años:

Poeta ayer, hoy triste y pobre
filósofo tranchado,
tengo en monedas de cobre
el oro de ayer cambiado.

Y pocos años después —creo que en 1915— confiaba a un amigo poeta:

No sé, Valcarce, mas cantar no puedo,
se ha dormido la voz en mi garganta,
y tiene el corazón un salmo quedó.
Ya sólo reza el corazón, no canta.

¿Cuáles podían ser los motivos de la extinción de su lirismo?

¿...será —se preguntaba— porque el enigma grave
me tentó en la desierta galería,
y abrí con una diminuta llave
el ventanal del fondo que da a la mar sombría?
¿Será porque se ha ido
quien asentó mis pasos en la tierra,
y en este nuevo ejido
sin rubia mies, la soledad me aterra?

Efectivamente, el enigma de la existencia y del más allá venía centándolo hacia tiempo. Pero también se le había llenado el pecho de un agrio pesimismo, fermento ideológico de sus antiguas lecturas de Schopenhauer. Pesimismo sobre los hombres. Pesimismo sobre los españoles. La vida en Baeza, la vida opaca de las pequeñas ciudades y los sórdidos burgos con sus vulgares casinos provincianos, tan vívidamente descriptos por Azorín, debió de aplastarlo. De tal estado de espíritu brotan croquis pueblerinos, proverbios y cantares, amargamente burlones o desconsolados. Estas monedas

de cobre de la poesía pesan poco en la gaveta del poeta. Algunas son humoradas no mejores que las de Bartrina; otras, epigramas más hipocondríacos que sutiles; otras, cavilaciones oscuras cuya significación apenas alcanzamos. Sin duda mejor la alcanzaríamos si conociéramos más íntimamente la crisis espiritual por que atravesó entonces el hombre, habiéndolo tratado de cerca; pero por desgracia yo no sé de él, aun a través de informaciones directas, sino los rasgos externos de su biografía, porque su pudor y su orgullo diogenesco no lo hacían propenso a la confesión.

El poeta ya no se encuentra a sí mismo; está en lucha consigo mismo; desesperado busca a Dios; más ahincadamente que nunca, como en su juventud, cuando, los grandes ojos abiertos, miraba señas extrañas y escuchaba "a orillas del gran silencio"; cree verlo en sueños y que Dios le habla, pero sabe que es un sueño. En verdad, a pesar de estas invocaciones aisladas a Dios, que hallamos en sus versos, Machado no es siquiera deísta. Su metafísica es manifiestamente panteísta. El Dios ibero, invocado por él en una severa composición de Campos de Castilla, es una divinidad ciega, una fuerza natural, que lo mismo apedrea la espiga y malogra los frutos, que grana los trigales; señor de la nube y del sol que arrasan o abrasan la mies, y del iris de ventura y bienandanza.

Después de leer las composiciones de este período, de íntimo desasosiego, nos explicamos su admiración por Unamuno, cuyo elogio había hecho años antes en valientes versos, y con quien lo hermanaría en la edad madura y la vejez la angustia metafísica.

Escuchad un trozo de sus meditaciones nocturnas en Baeza, en una noche de invierno, cuyo tono ligero no alcanza a esconder la íntima desolación del alma, anclada en el pueblo chato y triste:

Libros nuevos. Abro uno
de Unamuno.
¡oh, el dilecto
predilecto
de esta España que se agita,
porque nace o resucita!
Siempre te ha sido, ¡oh Rector
de Salamanca!, leal

este humilde profesor
 de un instituto rural.
 Esa tu filosofía
 que llamas dilettañtesca,
 voltaria y funambulesca,
 gran don Miguel, es la mía.
 Agua del buen manantial,
 siempre viva,
 fugitiva;
 poesía, cosa cordial.
 ¿Constructora?
 —No hay cimientó
 ni en el alma ni en el viento—.
 Bogadora,
 marinera,
 hacia la mar sin ribera.

Su tragedia fué, como la de Unamuno, como antes la de Gáñivet, como la de tantos preclaros espíritus españoles de la generación llamada del 98, y de la precursora y de la siguiente, la tragedia espiritual de España. Ahí está la raíz de la hipocondría y de la filosofía "voltaria y funambulesca" que no se atreve a construir porque no halla cimientos. Por eso dije al comenzar que Antonio Machado fué una de las expresiones más típicas de aquella generación. ¡Qué confiada la partida! Debemos conocer entera la poesía de Machado, titulada *Una España joven*, que resume las experiencias de su generación en el término de pocos lustros. Fué escrita en 1914, cuando la guerra asolaba a Europa, y la península era teatro de una violenta polémica al parecer entre los dos bandos en que el mundo estaba dividido, pero en verdad entre las dos Españas, la que se resistía a morir y la que pugnaba por nacer. No me atrevería a ofrecérsela como un dechado de arte puro; pero es demasiado significativa para que no nos detengamos en ella.

Fué un tiempo de mentira, de infamia. A España toda,
 la malherida España, de Carnaval vestida
 nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda
 para que no acertara la mano con la herida.

Fué ayer; éramos casi adolescentes; era
con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,
cuando montar quisimos en pelo una quimera,
mientras la mar dormía ahita de naufragios.

Dejamos en el puerto la sórdida galera,
y en una nave de oro nos plugo navegar
hacia los altos mares, sin aguardar ribera,
lanzando velas y anclas y gobernalle al mar.

Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño —herencia
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba—
un alba entrar quería; con nuestra turbulencia
la luz de las divinas ideas batallaba.

Mas cada cual el rumbo siguió de su locura;
agilitó su brazo, acreditó su brío;
dejó como un espejo bruñida su armadura
y dijo: "El hoy es malo, pero el mañana . . . es mío".

Y es hoy aquel mañana de ayer . . . Y España toda,
con sucios oropeles de Carnaval vestida
aun la tenemos: pobre y escuálida y beoda,
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.

Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura,
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura.

La luz de la esperanza se enciende en la última estrofa. No era la primera vez que esta luz alumbraba en los versos del poeta civil, quien no había ahorrado tremendas invectivas y agudos dardos contra la España que moría. Dos años antes, comentando líricamente el libro Castilla, había escrito, remodelando pensamientos ya acuñados en versos anteriores:

¡Oh, tú, Azorín, escucha: España quiere
 surgir, brotar, toda una España empieza.
 ¿Y ha de helarse en la España que se muere?
 ¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
 Para salvar la nueva epifanía
 hay que acudir, ya es hora,
 con el hacha y el fuego al nuevo día.
 Oye cantar los gallos de la aurora.

Y así vamos descubriendo otro Machado, el hombre y el poeta que por asco de una sociedad caduca

... de charanga y pandereta,
 cerrado y sacristía,
 devota de Frascuelo y de María,
 de espíritu burlón y de alma quieta...

se hace revolucionario y anuncia proféticamente

Una España implacable y redentora,
 España que alborea
 con un hacha en la mano vengadora,
 España de la rabia y de la idea.

IV

Mi opinión, que expongo con el justo temor y hasta con el íntimo deseo de estar equivocado, es que el poeta no se encontraba ya a sí mismo. El hontanar del antiguo lirismo no fluía como antes; su espíritu torturado y cogitabundo adentrábase siempre más en la meditación metafísica, o se columpiaba en vertiginosas acrobacias dialécticas, a las cuales daba voz en prosa y verso, por boca de Abel Martín, un doble suyo, o del discípulo de aquél, Juan de Mairena, otro doble; ambos, filósofos y poetas que decían por él todas sus cavilaciones sobre el ser, o todos los caprichos de su fantasía.

Después de haber dictado el sumario de esta conferencia, pues-

to a la prueba de encuadrarla en el espacio de tiempo que la disertación impone, advertí que excedía de ella un asunto: la filosofía de Juan de Mairena.

No sabría hacer caber en sus términos las disquisiciones fragmentarias y dispersas que desenvuelven el pensamiento del imaginario maestro, en el triple campo de la metafísica, la ética y la estética, proseguidas con un Juan de Mairena póstumo en la revista *Hora de España*, durante los trágicos días de la guerra civil, hasta su destierro y muerte.

No cabrían, no ya en una lección sino en varias, ni yo me juzgo con fuerzas bastantes para servir de guía en la ascensión de ciertas vertiginosas cumbres metafísicas, o en el sondeo de lo absoluto. La cultura filosófica de Antonio Machado corría pareja con su cultura humanística. Fué un lector incansable. Juan Ramón Jiménez lo retrataba en 1919, paseando lentamente "por los trásmuros de sus ciudades terrosas... con un libro deshecho en la mano, ausente siempre de su tránsito monótono". "Todo el pensamiento filosófico, alquitarado en sus meditaciones, que salta de Heráclito y los eleáticos a Leibniz, a Kant, a Schelling, a Schopenhauer, y de éstos a Nietzsche, a Bergson, a Heidegger, a Scheler —leídos los alemanes en su propia lengua, me parece—, se convierte en él en substancia del propio pensamiento, en las reflexiones de Abel Martín y en los discursos de Juan de Mairena, maestro cordial y comprensivo, de cuyas penetrantes vistas sobre las relaciones y límites entre la creación poética y la actividad metafísica nos dió en *La Nación*, a los pocos días de morir Machado, una densa síntesis, el pensador argentino Carlos Astrada. Porque, bueno es saberlo, y lo dice Juan de Mairena, "todo poeta supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya —implícita—, claro está —nunca explícita— y el poeta tiene el deber de exponerla por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo —agregaba— distingue el verdadero poeta del mero señorito que compone versos".

Para mi gusto, yo destacaría en las meditaciones de Machado, dos aspectos riquísimos de sugerencias fecundas: su doctrina estética, que versa principalmente sobre la creación poética —y aconsejo a este propósito ahondar en su distinción entre las imágenes que definen conceptos y las que expresan intuiciones, y no olvidar

la requisitoria sutil de Abel Martín contra el barroquismo—, y sus austeras reflexiones acerca de la guerra, parte de ellas reunidas en un libro en 1937, que vienen a serlo también, resignadas, sobre la muerte.

Pero ya es hora de volver al poeta. Las composiciones más características de su obra, a partir de 1917, contenidas en las *Nuevas Canciones* y en las últimas ediciones de sus *Poesías Completas*, son cantares breves, esquemáticos, vértebras de poemas, en los cuales se pueden distinguir dos direcciones dominantes de su lirismo: el apunte fugaz de un aspecto del paisaje o de un estado de alma, que lo emparenta con algunos impresionistas italianos y cierto aspecto de la obra de Juan Ramón Jiménez y otros poetas más nuevos, tales como Gerardo Diego, aunque Machado se mantiene fiel —folklorista él también como el padre— a la copla popular española estilizada y depurada; y la poesía gnómica y epigramática, en cuyo cultivo se complacía —como vimos— desde años antes. No podía faltar entre esos apuntes, escritos algunos de ellos en Andalucía, en la tierra llana de Córdoba, en la misma Baeza, con cuyo campo fué progresivamente encariñándose, el recuerdo de las tierras altas castellanas, amadas por encima de todas las de España:

Soria de montes azules
y de yermos de violeta
¡cuántas veces te he soñado
en esta florida vega
por donde se va,
entre naranjos de oro
Guadalquivir a la mar!

Otra vez ha abierto la galería y vuelve a soñar los días felices en que tenía a su lado una compañera, que ahora duerme bajo la tierra soriana:

En Córdoba la serrana,
en Sevilla, marinera
y labradora, que tiene
hinchada hacia el mar, la vela;

ANTONIO MACHADO

y en el ancho llano
por donde la arena sorbe
la baba del mar amargo,
hacia la fuente del Duero
mi corazón ¡Soria pura!
se tornaba . . . ¡oh, fronteriza
entre la tierra y la luna!

Alta paramera
donde corre el Duero niño,
tierra donde está su tierra!

Algunas de estas canciones han sido manifiestamente inspiradas en el *hai-kai* japonés, instantánea de la contemplación y del ensueño, que aprisiona un rayito de lirismo en pocos versos cortos. Esta todavía es una copla:

Junto a la sierra florida
bulle el ancho mar.
El panal de mis abejas
tiene granitos de sal.

Pero éstas ya no tienen su giro melódico. Son esquemas de la intuición poética, esbozos, apuntes. La canción —distante ya de su carácter histórico— se disgrega en relampagueos de sensaciones fugaces, la onda musical en sordas gotas líricas. ¿Quizás él también se rendía a la imposición de su tiempo, que alguna vez calificó de “marcadamente afónico”?

Junto al agua negra.
Olor de mar y jazmines.
Noche malagueña.

La primavera ha venido
Nadie sabe cómo ha sido.

Blanca hospedería,
 celda de viajero
 con la sombra mía!

La otra manifestación de la creación poética de este momento de su vida, los proverbios, vertidos hasta en un solo verso, son la expresión de un concepto filosófico o de una paradoja, o una punta epigramática, cuando no adivinanzas intencionadas, si bien todos menos amargos que los primeros que compuso en el desamparo espiritual en que se sintió durante los primeros tiempos de su estada en Baeza. Elijo, a modo de ejemplo cuatro de diferente carácter.

Una definición filosófica:

El ojo que ves no es
 ojo porque tú lo veas;
 es ojo porque te ve.

Un consejo con punta:

Despertad, cantores:
 acaben los ecos,
 empiecen las voces.

Una paradoja:

Con el tú de tu canción
 no te aludo, compañero,
 ese tú soy yo.

Una adivinanza, también filosófica:

Entre el vivir y el soñar
 hay una tercera cosa:
 Adivínala.

Estamos en el linde del lirismo o fuera de él; estos cantares, estos proverbios, pertenecen ya a la paremiología, a la poesía gnómica, acaso simplemente a la metafísica o a la ética. El árbol de an-

taño, erguido y fuerte, en cuya rala fronda de color ceniza, como las tierras castellanas, cantaban los pájaros, ya casi no tiene hojas: ahora sus ramas despojadas se alzan severas al cielo, implorantes, trazando en el aire enigmáticas interrogaciones.

La austeridad formal, que fué siempre característica de su poesía, llega en estas que él llamó canciones, hasta la absoluta simplificación y sintetismo.

V

Las Nuevas Canciones, de 1924, habían sido precedidas por un largo silencio del poeta, apenas interrumpido por pocas composiciones de circunstancias. Con posterioridad a su publicación, el lírico auténtico volvió a callar, para hacer cantar sólo en rara ocasión a los dos apócrifos. Desde 1926 irá dando a la escena, año tras año, regularmente, en colaboración con su hermano Manuel, seis obras, desde Julianillo Varcárcel, trágicomedia histórica del siglo XVII, hasta La Duquesa de Benamejí, comedia de bandidos, de las cuales una muy afortunada: La Lola se va a los Puertos, comedia fundada en una copla popular andaluza. Y llegó la proclamación de la República y tras ella la sublevación de los generales y la guerra civil: la llamaré así, por comodidad, con un calificativo que ya no tiene sentido en Europa. Sitiada Madrid, Machado, como muchos otros escritores y hombres de ciencia que se habían mantenido leales a la República, se vió obligado a pasar a Valencia, pues el gobierno entendía que había que salvar los valores espirituales, los cuales no son solamente las obras históricas, sino quienes las ejecutan. No fué el poeta un número en el montón, mas un valor de primera fila, acaso la cabeza más visible en el grupo compacto e ilustre que albergó la "Casa de la Cultura". El encabeza el primer número de Madrid, la revista excepcional, publicada por aquella Casa, a instancias del mismo gobierno, y sin darse descanso escribe durante dos años sin faltar una sola vez a su deber, el artículo inicial de Hora de España, la excelente revista mensual que empezó a publicarse casi simultáneamente con Madrid, hasta diciembre del 37 en Valencia, y luego, hasta la rendición de Barcelona, en la ciudad condal, a donde Machado debió también

él trasladarse. No se dejó vivir, pues, el escritor; ni se resignó a morir desesperado en un rincón, él que, sin embargo, aguardaba sereno desde la juventud, la hora en que encontraría amarrada su barca a otra ribera, y había en la vejez aprendido a mirar a la muerte cara a cara, con decisión resignada, meditando la filosofía existencial de Heidegger. Fué un soldado más, que, sexagenario, no podía poner al servicio de la República sino su pluma, aunque él la hubiera trocado gozoso por el arma de Lister. Merece conocerse el soneto que dedicó a este caudillo, escrito en junio de 1938, y publicado entre el último manojito de versos que el poeta dió a la estampa en Hora de España:

Tu carta — oh noble corazón en vela,
español indomable, puño fuerte—,
tu carta, heroico Lister, me consuela
de esta, que pesa en mí, carne de muerte.

Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora y romero.

Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rúbrica española,

de monte a mar, esta palabra mía:
“Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría”.

Hacía tiempo que la voz del poeta no sonaba tan firme y rotunda. La guerra — empleo palabras suyas — había convertido en “roja flor — la que antaño fué blanca lis” — y esta flor se la enviaba en su despedida postrera de la poesía, prestad atención, “con el aroma mejor del huerto de Fray Luis”, al editor y prologuista del admirable agustino, su buen amigo Federico de Onís, el docto y agudo crítico. Así conciliaba Machado con la fe revolucionaria, e!

espíritu de la más pura tradición castiza, con la cual se enlaza su poesía, y en verdad que al evocar en días de guerra al lírico de *Noche serena*, no lo hacía por fuerza del consonante, sino pensando acaso, como pienso yo, y ya dije en otra ocasión, que el catedrático de Salamanca, que sufrió persecución y larga cárcel por su amor a la verdad y a la libertad de opinión, de haber vivido en nuestros tiempos, con su carácter valiente, franco, impetuoso, habría luchado con el mismo ardor con que lo hizo en su siglo, en muy diversas batallas de las teológicas en que sustentó entonces sus ideales renovadores y liberales.

Digo, pues, que la guerra lo había rejuvenecido. Aun tiene aliento entre el estrago de la metralla, para cantar a la primavera:

Mientras retumba el monte, el mar humea,
da la sirena el lúgubre alarido,
y en el azul el avión platea,
cuán agudo se filtra hasta mi oído,
niña inmortal, infatigable dea,
el agrio son de tu rabel florido!

O para ascender con el corazón, como siempre, a

Soria pura, entre montes de violeta...

O para llorar "la muerte del niño herido", en un hondo y lúgubre soneto, que reproduje en la revista *Nosotros*; o bien para volver con la memoria a la Sevilla de su infancia, de la cual dice:

No sabemos de quién va a ser mañana.

Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares.

Y por último para denunciar a los causantes de la tragedia, con palabras tan duras que prefiero no repetir las en esta conferencia.

cia de cátedra, dichas en dos bellos sonetos, uno de ellos dedicado "a otro conde don Julián", magnífico este último por el sentimiento cristiano que lo inspira, pues pide piedad y perdón para el culpable, así como los pedía Jesús al padre desde el madero sangriento para los sayones que le alanceaban el costado.

¡Qué bien sonó la vez postrera la voz del poeta, de todos los viejos el que se mantuvo más firme en los ideales de su generación, ni vacilante, ni cobarde, ni renegado! Por momentos parece la misma voz bronceada de Carducci en sus yambos. Mientras yo, a solas con él, seguía paso a paso la evolución de su poesía, muchas veces hube de lamentar que el poeta, con el conceptualismo barroco de su última manera, con sus juegos y experimentos puramente cerebrales, viniese a negar la plenitud lírica de las *Soledades*, de *Campos de Castilla*, de las odas civiles del tiempo de la guerra europea y de la inmediata postguerra. El, que había quedado inmune a las extravagancias y dislocaciones del simbolismo, — cuyo espíritu hizo suyo pero no su cosmética, cosa extraordinaria a principios del siglo — y que tan benéfica influencia ejerció por ello sobre la poesía contemporánea, incluso la nuestra, había de dejarse rozar, por lo menos en algunos versos que atribuyó al hipotético y apócrifo Abel Martín, por la técnica ultraísta y suprarrealista, la cual, por llegar a los confines del balbuceo del sueño y de la fiebre, y aun excederlos, resulta ser una evasión hacia el nihilismo poético. ¿Serían nada más que experimentos y juegos? Así podría creerse, cuando en 1925 desdeñaba "la novedad escandalosa, lo que el vulgo literario entiende por literatura de vanguardia". Pero ahora el árbol añoso había vuelto a brotar como el viejo olmo que antaño cantó el poeta. Volvía a hallarme con el verdadero Machado, el mismo que en la sesión de clausura del IIº Congreso Internacional de Escritores celebrado en 1936 en Valencia, sentaba esta doctrina: que en España casi todo lo grande es obra del pueblo o para el pueblo, y lo esencialmente aristocrático, en cierto modo, es lo popular; y presentaba como suprema aspiración del poeta, escribir, no para las masas — concepto que le disgustaba por encerrar una descalificación y degradación de lo humano, de origen burgués— sino para el hombre del pueblo, que es el elemental y fundamental, el universal y eterno. Por eso aspiró siempre a expresar las verda-

des esenciales, "los universales del sentimiento". desdeñando el rebrillar de los abalorios y los afeites de moda; de ahí que sus poesías nos resulten a veces técnicamente desaliñadas y artísticamente desnudas y pobres, como los páramos castellanos, aunque siempre henchidas de intuiciones cordiales y revestidas de una belleza grave y viril.

VII

En febrero de este año, los escritores españoles que habían militado a favor de la República eran arrojados a la frontera por la ola de un ejército deshecho y de rebaños humanos empujados por la desesperación y el terror. Marchaba entre ellos la sombra de García Lorca, y un poeta moribundo, Antonio Machado. En 1936 sólo una orden formal del general Miaja había podido obligarlo a abandonar a Madrid. Contra su voluntad pasó de Barcelona a Figueras, y todavía se negaba, bajo las bombas, a salir de este último reducto de la República. "No quiero dejar España" — dicen que repetía incesantemente.

Cuenta Jean Cassou que en el éxodo lo acompañaba el filósofo Joaquín Xirau, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, y algunos de sus discípulos, quienes sostenían los pasos de Machado y llevaban en brazos a su anciana madre.

Renuncio a pintar en su trágica grandeza el cuadro digno del canto épico, del heroico manípulo juvenil intentando poner a salvo por entre la nieve, las multitudes de fugitivos, el atascamiento de los vehículos, los cadáveres de hombres y bestias y la impedimenta ya inútil del ejército en derrota, la más pura de las reliquias: la vida de un poeta. Apenas Machado transpuso los Pirineos, su cuerpo extenuado dejó de alentar. Dos días después, la madre lo seguía en la muerte. Ambos reposan en el pequeño cementerio de Collioure, cerca del mar, aguardando el día de la repatriación gloriosa, que para honor del género humano espero no tarde. El pueblo español no puede ser ingrato largo tiempo con quien fué uno de sus más hondos y representativos poetas.

Lo universal en la poesía popular europea:

J. M. Synge y Federico García Lorca

Por PATRICK O. DUDGEON

Conferencia leída en el Colegio el 3 de noviembre de 1938.

Quisiera empezar mi conferencia de esta tarde con una advertencia: no voy a tratar de dar a un público de habla y cultura españolas, un estudio profundo de literatura comparada, sobre las obras de García Lorca y Synge. Mi natural presunción de inglés no me lleva tan lejos. Deseo declarar desde este primer momento, que no soy una autoridad ni sobre Synge ni sobre García Lorca, a pesar de que haya leído las obras completas de ambos autores. No soy más que un simple admirador de la poesía de los poetas irlandés y español, muy interesado por la semejanza de concepto y expresión que hallo en sus obras, así como por el significado que atribuyo a dicha semejanza.

Siempre he creído que una conferencia es, en gran parte, una confesión personal del conferencista, y por eso me propongo esta tarde hablar de lo que significan para mí García Lorca y Synge, haciendo algo así como una apreciación unamunesca y no un análisis crítico-literario de sus obras. De ahí que quisiera deci-

ros como llegué a conocer y amar la poesía de García Lorca, para que os deis cuenta de que sentía hacia ella una atracción más bien instintiva y natural que literaria.

Se me presentaron las obras de García Lorca por primera vez en una reunión de la Sociedad Poética de mi Universidad de Cambridge, en el curso de la cual leyó un amigo mío —ahora poeta renombrado y él mismo íntimo amigo de García Lorca—, primero en castellano y luego en inglés, una de aquellas cosas exquisitas, insustanciales y sugestivas del poeta andaluz: *Cazador*. Quiero citar lo, pues el recuerdo es grato:

¡Alto pinar!
Cuatro palomas por el aire van.

Cuatro palomas
Vuelan y tornan
Llevan heridas
Sus cuatro sombras.
¡Bajo pinar!
¡Cuatro palomas en la tierra están!

Esta pequeña poesía me impresionó, y empecé a leer algo más del autor, hasta sentirme arrastrado por sus *Canciones* y romances como el de *La Guardia Civil española*, *Preciosa y el aire* y *El prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla*. El siguiente paso completó la conquista pues ví, en Valencia la *Hermosa*, una representación de *Yerma* por Margarita Xirgú, para ese público entusiasta y emocionado que únicamente se ve en teatros españoles. Desde aquel momento empezó mi peregrinaje por cuantos teatros representaban las piezas de García Lorca, al tiempo que asistía a todas las conferencias que sobre "la flor de Granada" se daban. Ahora la poesía de García Lorca ha venido a ser como una parte de mí ser, tanto, que, al levantarme por la mañana, acostumbro leer un romance de aquellos que amo, en la pequeña edición de homenaje que me mandaron desde Londres en el aniversario de su muerte.

Creo que no hay necesidad de explicaros mi afición a la poe-

sía de John Millington Synge. La poesía irlandesa está en mi sangre, y la manera tan naturalmente poética de expresarse que tienen los personales de Synge, la conozco de labios de mis parientes irlandeses. Al leer *Deirdre of the Sorrows* por la primera vez, sentí una sensación muy semejante a la que experimenté al leer *Bodas de Sangre*, es decir, una comprensión, una simpatía natural y espontánea, que me hace creer en la existencia de una base universal para la expresión y actitud ante la vida de gentes que viven en contacto diario con la naturaleza.

Ahora bien, para hacer recalcar mejor lo que entiendo por "universal" en la poesía, debo decir algo sobre la poesía en general. Esto es proponerme una tarea nada fácil, puesto que me hallo aquí en presencia de poetas y escritores, que seguramente no estarán muy dispuestos a oír observaciones profanas sobre su propia materia. Pero he dicho que quiero daros una opinión unánimemente personal, y así para explicaros mi gusto por Synge y García Lorca debo haceros conocer mis preferencias poéticas.

Cada día se nos dice que hemos de admirar a tal o cual poeta, y menospreciar a tal o cual otro. Aquellos que no pueden dejar de exteriorizar sus fuertes opiniones personales se negarán a aceptar semejantes juicios, y la batalla se librará. Los tímidos se callarán y seguirán tranquilamente teniendo y cultivando su gusto personal, pues bien se sabe cuán personal es la poesía.

En la mayor parte de los países del mundo, la batalla sobre la poesía se libra en la calle, en las aulas universitarias, en cualquier punto de reunión. En Inglaterra, en cambio, donde un sistema de enseñanza tan deplorable en muchos sentidos prohíbe eficazmente a la gente joven que lea o se interese por la poesía hasta la edad de entrar en la Universidad, no se discute sobre la poesía sino a puertas cerradas. Vale decir que hablar de la poesía es la suprema herejía. Pero, como nos dice Shelley, "la poesía se relaciona con el origen del hombre", es decir, que forma parte del espíritu del hombre, y no se deja suprimir.

El inglés se conforma exteriormente como en todas las demás cosas de su vida, es decir, se ríe y se burla de la poesía en público, pero una vez en su casa saca un tomo de versos, de esos pocos que

tiene ocultos en su biblioteca, y se pone a leerlo "upon the honcyed middle of the night", según la frase bellísima de John Keats.

Enseguida se remonta a ese mundo imaginativo que crea para escapar al mundo de la realidad. Es el mundo que creó el mismo Keats, para huir del sórdido barrio de Londres donde vivía y trabajaba de aprendiz de cirujano. De ahí viene esta facultad del inglés para dividir la vida en dos sectores, — tan condenada por el latino —: por un lado, hay el hombre realista, oportunista y egoísta. y por el otro, ese ser absorbido en el universo que lo rodea; es el caso de Shelley, que logró disolver su personalidad en la Nube.

No hace muchos días un profesor y escritor argentino, cuya opinión aprecio en sumo grado, me dijo que lo que a él le atrae en la poesía inglesa es su frescura e ingenuidad. Precisamente. Para nosotros, la poesía son las alas invisibles que nos elevan de la tierra. Nos volvemos niños, vale decir, ingenuos y frescos de mente, al liberarnos de la pesadez, de la ironía, del sufrimiento de este mundo. Cantamos con Federico García Lorca en su preciosa Balada de la Placeta:

"Se ha llenado de luces
mi corazón de seda,
de campanas perdidas,
de lirios y de abejas.
Y yo me iré muy lejos,
más allá de esas sierras,
cerca de las estrellas,
para pedirle a Cristo
Señor que me devuelva
mi alma antigua de niño,
madura de leyendas,
con el gorro de plumas
y el sable de madera".

Por esto Byron, tan elogiado en el extranjero, donde le consideran el más grande de los románticos ingleses, goza en Inglaterra de menos popularidad que Shelley.

Ese "viveur" magnífico, que vivía su poesía, impresiona ense-

guida al lector latino, y a toda persona que no pueda darse cuenta de la artificialidad y aún de los defectos de sus versos. No nos satisface ni la ironía ni la sátira; deseamos que la poesía nos dé inspiración. La de Byron aún en *Manfred* y *Childe Harold*, es más bien un estudio completo del temperamento romántico en la Europa de 1820 que otra cosa. No dejo, claro está, que mi juicio en esto —que no es prejuicio— me haga negar pasajes de la poesía más pura que hay en las mencionadas obras, ni la belleza incomparable de sus poemas líricos.

Pero, en oposición con Byron, se encuentra en Shelley un sentido de lo universal, una atracción al universo, una objetividad poética. Basta leer la definición que dió Shelley de la poesía en su famosa *Defensa*, y compararla luego con la de Wordsworth en la segunda edición de las *Baladas Líricas*. Para este último, el poeta es todavía un hombre que habla a sus prójimos en el idioma sencillo de todos los días. Sólo se diferencia de ellos por su mayor sensibilidad. El poeta de Shelley, en cambio, es cualquier hombre inspirado —el gobernante, el legislador, el sacerdote, el escritor— vale decir, cualquier hombre que sienta una unidad con el universo que le rodea. Lo sentía Shelley, pues para mi gusto no hay en la poesía de mi país nada más puramente poético que *La Nube*, en la cual el poeta se deja absorber en la nube y la Luna llegando a compartir sus sentimientos cuando miran a la tierra con desprecio por los zafios mortales.

La poesía de Shelley posee además toda esa fuerza que a mí me parece la esencia de la gran poesía. Se aparta de los versos insípidos y pulidos de los salones. Es la obra de un hombre que buscó absorberse en la Naturaleza en cada oportunidad.

Muchas veces pienso que el verdadero poeta sería, por ejemplo, quien saliese a caminar bajo la lluvia y en medio de los truenos, porque en ningún otro momento puede sentirse tan cerca de la fuerza de la Naturaleza. Os acordáis sin duda cómo Lear, el Rey loco, desterrado por sus hijas infames, se encontró a sí mismo, recobró sus fuerzas y su virilidad en la tormenta que le azotó mientras vagaba por los páramos. El mismo Shelley murió y vivió como poeta, pues se ahogó al hundirse su pequeño barco de vela en el golfo de Spezzia durante una tempestad.

Este afán de unirse con los elementos y la fuerza del Universo, es un rasgo común a toda poesía que sea popular, es decir, que sea la expresión directa de un pueblo que vive en contacto diario con los elementos.

El romance español y las serranillas del Marqués de Santillana son expresiones directas del pueblo español, y en ellas se deja ver una nota común a toda Europa.

¿No es verdad que en la literatura española muchos de nosotros nos dejamos cegar por la majestad de Calderón y la sutileza de Góngora, hasta olvidar, a veces, la expresión más directamente popular, como lo es en el arte plástico Goya, pintor del alma del pueblo español? En todo el tiempo que estuve en España; nunca oí recitar versos de los grandes maestros clásicos del Siglo de Oro; pero había pocos chicos españoles que no supiesen cantar aquel bonito refrán, con el cual da fin *El Auto de Sibila Cassandra*:

Muy graciosa es la doncella;
 ¡Cómo es bella y hermosa!
 Digas tú, el marinero, que vivías en las naves,
 Si la nave o la vela o la estrella es tan bella.

Pasa lo mismo en la literatura alemana, donde el genio del pueblo se ha expresado en las baladas de Goethe y Heine. Estos no hacían más que poner acento personal en las canciones, que estaban desde hacía siglos en los labios del pueblo. Os pregunto si estos versos que siguen, titulados *Gefunden* son otra cosa que la voz del campesino alemán en los bosques de Thüringen:

Ich ging im Walde,
 So für mich hin;
 Und nichts zu suchen
 Das war mein Sinn.

Y en el poema exquisito *Das Wandrers Nachtlied* se evoca la paz de la noche cuando en el campo alemán uno se siente absorber por el Universo:

Über allen Gipfeln
Ist Ruh';
In allen Wipfeln
Spürest du
Kaum einen Hauch;
Die Vögelein schweigen im Walde;
Warte nur,
Balde ruhest du auch!

Esta naturalidad y espontaneidad, propias de la poesía que brota de raíces populares, iba perdiéndose en el Siglo XIX, debido a la artificialidad del romanticismo. Ha sido la labor del presente siglo aislarse de nuevo en lo superficial y volver a las fuentes de la inspiración popular. En Francia y Alemania, debido en gran parte a las heridas que dejó la guerra, el cambio ha sido hacia el realismo. En Inglaterra y España hacia lo romántico y místico.

En España la efusión lírica de Andalucía obedecía en parte a la reacción contra las tendencias intelectuales y europeizantes de la generación del 98. Empezó con los hermanos Machado y Juan Ramón Jiménez e iba convirtiéndose en aquel grupo incomparable de poetas andaluces formado por Rafael Alberti, Luis Cernuda y Federico García Lorca. Dichos poetas cantaban a una España vieja, una España de los romances, de la civilización morisca, del cante jondo y del flamenco, lo cual daba motivo a su gran popularidad fuera de los límites de la península ibérica.

En aquel grupo de islas del norte de Europa, que se llama en lenguaje chauvinista Bretaña y en terminología genérica Inglaterra, el movimiento anti-artificial ha sido místico y romántico. La inspiración venía de Irlanda, cuya magia logra encantar a todo el mundo. El "Despertar Céltico" de William Butler Yeats salvó la poesía y el drama ingleses, al infundirles de nuevo esa nota lírica imprescindible.

Así que no me parece extraño, sino natural, que haya entre un escritor del grupo irlandés, John Millington Synge, y otro del español, Federico García Lorca, una semejanza notable de concepto e ideas. Synge es un poeta de Irlanda y de su pueblo; García

Lorca lo es de España; y lo que expresan en su poesía es el sentimiento de unidad con el Universo, tal como lo refleja el pueblo de la tierra española y el de las costas occidentales de Irlanda.

Ambos poetas, además, se parecen mucho en cuanto a los detalles de sus vidas. Pero hay que tener en cuenta que Synge no era, como García Lorca, de origen popular, pues su padre era abogado y él mismo se educó en un ambiente urbano de la clase media. Su temperamento, sin embargo, se rebelaba contra esta limitación en virtud de su espíritu inquieto.

Fué ese temperamento lo que le impulsó ir a Alemania para estudiar música, la música de Wagner, esa expresión última y honda de lo primitivo en el alma alemana.

Desde Weimar siguió a París, donde corrió el riesgo de perderse en la vida artificial y sofocante de aquella colonia llamada intelectual, que forma un conjunto de gente de aficiones artísticas y literarias en la capital francesa. Puede haber a mi juicio pocos ambientes más axficiantes que el artístico y el "intelectual": Synge estaba en peligro de asfixiarse, cuando W. B. Yeats, el inspirador del "Despertar Céltico", se enteró de la situación y le incitó a volver a su país natal y a alternar con la gente del campo, para fomentar y estimular en él ese don poético natural de que ya había dado muestras.

Synge siguió este consejo tan admirable, y durante tres años se mezcló con los paisanos del oeste de Irlanda, llevando su vida y logrando comprender su temperamento y sus cualidades. El resultado fueron las seis piezas dramáticas publicadas por Synge entre 1904 y el año de su muerte, 1909, fruto de esta experiencia única.

Sus andanzas entre el pueblo irlandés están contadas en detalle por Synge en sus famosos Libros de Apuntes. Conviene citaros aquí lo que dice él mismo de cómo iba empapándose del lenguaje popular para sus futuros escritos. Nos cuenta que aprendió parte del lenguaje, utilizado más tarde en *Riders to the Sea*, de una conversación que por casualidad escuchó entre una muchacha de la casa donde vivía y el novio de ella, gracias a un hueco en el techo de la cocina debajo de su cuarto.

Deseo citaros también otro párrafo del mismo Libro de Apun-

tes, pues en él Synge emplea la palabra "universal" en el sentido del título de esta conferencia. Las palabras de Synge, escritas en 1907 en un pueblecito irlandés, expresan todo lo que quiero decir. Dice Synge: "En mis piezas dramáticas y libros topográficos he procurado reflejar la humanidad y este misterioso mundo exterior. El hombre ha ido creciendo en este mundo que está alrededor de nosotros, y pienso que al mismo tiempo que Tolstoy tiene razón al afirmar que el arte debe ser inteligible al campesino, tiene razón en buscar un criterio para las artes, y creo yo que este se encuentra probando el arte por su compatibilidad con el mundo exterior y con los campesinos o la gente que viven cerca de él. Quiero decir que un libro que le da vergüenza a uno leer en una casita de Dingle Bay, puede ser llamado con justicia un libro que no es sano, o sea que no es universal".

Quienes hayan visto la película, merecidamente elogiada. El hombre de Aran, sabrán algo de la vida y de las gentes que Synge observó durante esos tres años de aprendizaje literario. Conviene recordar que no buscó al pueblo, tanto para compartir su vida y escapar a la suya propia, como para conocer su modo de vivir y de expresarse. Hace recordar a Goethe, que de igual manera solía viajar por el campo alemán con su libro de apuntes para anotar frases populares y demás cosas de interés.

Federico García Lorca, a diferencia de Synge, era de raíz popular, pues su padre era un labriego andaluz, poseedor de tierras, que más tarde se trasladó a la ciudad capital de su región. De él heredó el poeta su amor a la tierra, su pasión y la fuerza de campesino que nunca perdió.

De su madre le vino su incomparable gusto artístico —su habilidad para la pintura, como saben aquellos que recuerdan su Exposición en Barcelona en el año 1927, y también los que recibían sus cartas ilustradas con excelentes dibujos— la predilección por las flores, que se nota en todas sus poesías y piezas; su afición a la música, fomentada desde los días de colegio en Granada por el gran maestro Manuel de Falla, cuya casa estaba siempre abierta a sus amigos de todas partes del mundo.

El pintor que hay en García Lorca se observa en toda su obra poética. Recordemos, por ejemplo, que Antoñito el Camborio, de

pura alegría. "cortó limones redondos, y los tiró al agua, hasta que la puso de oro". Como músico, en el otoño de 1930, produjo una serie de canciones populares, transcritas y armonizadas para "La Argentinita".

Tengo recuerdos personales de García Lorca, días inolvidables en Madrid bajo la Segunda República, cuando los intelectuales salieron de sus aulas universitarias para gobernar a España —¡un fracaso magnífico!— y el intelecto era soberano. El se quedaba a menudo en la Residencia de Estudiantes —centro donde se encontraba con todas las grandes figuras de la España intelectual— donde entre el gran entusiasmo de sus residentes se destacaba su personalidad, de las más espontáneas, y poéticas que han existido. Fué en los jardines de la Residencia donde escribió su ya famoso "Verde, que te quiero verde...".

El segundo recuerdo es de una visita suya a Londres, donde pronunció una conferencia en la Universidad, a la cual acudieron los hispanistas ingleses en masa. Nosotros los de Cambridge formamos un grupo, y me acuerdo que quedamos tan encantados por esta figura apasionada, con su entusiasmo e ingenuidad de niño, que le mandamos un telegrama de felicitación desde la casa de correos más cercana, después de haberle prodigado, en el mismo salón de la conferencia, todos los elogios posibles.

García Lorca nunca vivió en un ambiente intelectual cerrado, de gente dedicada al Arte con "A" mayúscula. Cuando no estaba en Madrid en la Residencia, vagaba por su amada España, muchas veces en mula, haciendo viajes, por ejemplo, por la ruta que tomó Don Quijote a la aldea del Toboso.

Se acostumbra considerar a García Lorca como un poeta netamente andaluz, pero eso está muy lejos de ser la verdad. Sentía demasiado fuerte la tierra de España, para limitarse a una región determinada; si *Bodas de Sangre* es un drama de la vida andaluza, *Yerma* es castizamente castellana. Juan, en esta última pieza, es un retrato magistral del labrador de vida y lenguaje duros de los campos de Castilla.

Andalucía y Castilla están presentes en sus piezas y en todas sus poesías. Otra región más logró cantar, las tierras de donde habían brotado las primeras flores de la literatura española. Me ha

contado mi buen amigo, Eduardo Blanco Amor, que quizá conoció a García Lorca mejor que nadie y cuya presencia me hace sentir mi atrevimiento por esta conferencia, cómo el poeta penetró ensanguida en el espíritu de Galicia, y se sintió tan cautivado por su lenguaje, que escribió en él sus Seis Poemas Galegos. Estos fueron publicados primero por la revista gallega "Nos", perdidos al estallar la guerra civil y recogidos para ser publicados en la Editorial Losada, con una brillante introducción de Eduardo Blanco Amor (1).

Atribuye Blanco Amor esta facultad de asimilarse a un ambiente distinto del suyo propio que tenía García Lorca, a un milagro: al milagro de la poesía. Es la mejor prueba de una sensibilidad poética, que puede asimilarse a cualquier ambiente. Synge, por su lado, logró hacer lo propio en el oeste de Irlanda. Conviene recordar que tuvo el mismo efecto sobre García Lorca su paso por Cuba en el año 1934, cuando escribió su poema Son, incluido en la "Antología de la Poesía Hispanoamericana". Creo que recitó este poema en la conferencia que dió en Amigos del Arte durante su estancia en esta ciudad. Permitidme que lo lea pues en él está implícito todo el deseo del poeta por un ambiente que instintivamente le atrae.

Cuando llegue la luna llena,
iré a Santiago de Cuba,
iré a Santiago
en un coche de aguas negras.
Iré a Santiago.
Cuando la palma quiere ser cigüeña.
Iré a Santiago.
Y cuando quiere ser medusa el plátano.
Iré a Santiago.
Y con el rosal de Romeo y Julieta.
Iré a Santiago.
Mar de papel y plata de monedas.

(1) Se sabe que preparaba también algunos poemas en catalán (R. M. Nadal: Introducción a los "Poemas de García Lorca", con versión inglesa, publicados por Stephen Spender y T. L. Gili, Londres, The Dolphin, 1939).

Iré a Santiago.
 ¡Oh, Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!
 ¡Iré a Santiago!
 ¡Oh cintura caliente y gota de madera!
 ¡Iré a Santiago!
 ¡Arpa de troncos vivos, caimán, flor de tabaco!
 Iré a Santiago.
 Siempre dije que yo iría a Santiago
 en un coche de agua negra.
 Iré a Santiago.
 Mi coral en la tiniebla.
 Iré a Santiago.
 El mar ahogado en la arena.
 Iré a Santiago.
 Calor blanco, fruta muerta.
 Iré a Santiago.
 ¡Oh bovino frescor de cañaveral!
 ¡Iré a Santiago!

En Cuba, García Lorca se hallaba en su ambiente: "Me sentí como si hubiera embarcado en Cádiz", decía. En Cuba "descubrió" la existencia de la América española; "fué en Cuba dónde por primera vez reconocí la tremenda responsabilidad de ser español", decía a un amigo.

No obstante la gran frescura e imaginación de la poesía de García Lorca en sus Canciones, es en sus piezas dramáticas donde, igual que su prototipo irlandés, da muestras definitivas de su genio poético. Ambos sintieron una gran atracción por el drama y el teatro.

García Lorca tuvo muchas oportunidades para desplegar su genio dramático, pues España siempre ha sido la cuna del drama europeo, y la Segunda República al proclamarse, en 1932, hizo todo lo posible por fomentar la antigua afición del pueblo español por el drama. Fué Don Fernando de los Ríos, granadino como García Lorca, Ministro de Instrucción Pública, quien entregó a su compatriota la dirección de una compañía andante de comediantes, la renombrada "Barraca": Esta compañía, encabezada por García

Lorca y Eduardo Ugarte, iba de pueblo en pueblo dando representaciones de su pequeño repertorio: Fuenteovejuna, Don Juan Tenorio, etc.

William Butler Yeats y Lady Gregory fundaron en Irlanda el famoso "Abbey Theatre" de Dublín, para poner las piezas de Synge, y este teatro ha hecho más que ningún otro por el drama inglés de nuestros tiempos. Tiene la suerte de ser dirigido por un hombre, que ha seguido fielmente sus ideas y que elige las piezas solamente por su valor dramático.

Quiero pasar enseguida a comparar algunas obras de García Lorca y Synge, para daros una idea de la semejanza de concepto y lenguaje, y de ahí, una prueba de la base universal de la poesía popular. Creo que conviene empezar por *Riders to the Sea* de Synge y *Bodas de Sangre* de García Lorca. Son ambas quizás la mejor representación de la vida del campo.

Existe una traducción de *Riders to the Sea*, hecha por Juan Ramón Jiménez bajo el título de *Jinetes al Mar*. Se dió aquí en Buenos Aires en la Casa del Teatro hace algún tiempo. Sin embargo, no creo que García Lorca supiese de la existencia de dicha pieza, ni por lo tanto que le influyera en alguna forma.

En ambas tragedias el personaje central es una madre afligida por el presentimiento de la muerte del único hijo que le queda. En *Bodas de Sangre* la madre teme que su hijo dé con la muerte en una riña de cuchillos, como su padre y sus hermanos. En la primera escena, una de las más intensamente dramáticas que conozco en cualquier literatura, se estremece al oír las palabras de su hijo, cuando este sale para la viña: "¡dame la navaja" — y repite casi a media voz — "¡la navaja! ¡la navaja! ¡Malditas sean todas, y el bribón que las inventó!". Y la agonía de esta madre continúa, sigue su obsesión por el cuchillo con una intensidad dramática que parece griega, hasta los últimos versos de la obra:

Vecinas: con un cuchillo,
con un cuchillito,
en un día señalado, entre las dos y las tres,
se mataron los dos hombres del amor.
Con un cuchillo,

con un cuchillito
 que apenas cabe en la mano,
 pero que penetra fino
 por las carnes asombradas,
 y que se para en el sitio
 donde tiembla enmarañada
 la oscura raíz del grito . . .
 Y esto es un cuchillo,
 un cuchillito
 que apenas cabe en la mano,
 pez sin escamas ni río,
 para que un día señalado, entre las dos y las tres,
 con este cuchillo
 se queden dos hombres duros
 con los labios amarillos.

En la tragedia de Synge, *Maurya*, la madre, ruega al último de sus hijos, Bartley, que no cruce a caballo de la isla a la tierra firme por el banco, por miedo a que sea arrojado por las olas y ahogado, como su padre y sus hermanos. Bartley, sin embargo, insiste y cuando se ha marchado, su madre ya prevé la tragedia: "He's gone now, God spare us, and we'll not see him again. He's gone now, and when the black night is falling I'll have no son left me in the world".

En ambas piezas se realiza la tragedia. El novio de *Bodas de sangre* logra matar a Leonardo cuando la Luna mala les revela el uno al otro en el bosque, pero cae él también bajo el cuchillo de su rival. Bartley, en *Riders to the Sea*, es arrojado por las olas, y el presentimiento de la madre se ve justificado.

En los dos casos la poesía llega a su punto culminante cuando se ha realizado la tragedia. Ambas mujeres reaccionan de la misma manera, pues expresan un sentimiento casi de alivio cuando ha pasado lo que preveían y se han visto libres por fin de su pesar. Afirman las dos un sentimiento de unidad con el Universo que las rodea, una gran tranquilidad después de su agonía.. Dice

la madre en *Bodas de Sangre* a la novia que le pide compasión: "Pero, ¿qué me importa a mí tu honradez? ¿Qué me importa tu

muerte? ¿Qué me importa a mí nada de nada? Benditos sean los trigos, porque mis hijos están debajo de ellos; bendita sea la lluvia, porque moja la cara de los muertos. Bendito sea Dios, que nos tiende juntos para descansar”.

Las palabras de Maurya en *Riders to the Sea* son casi idénticas. Colmada por la noticia de la muerte de su hijo, se levanta y, sin darse cuenta de la presencia de sus hijas, empieza a cantar su llanto a media voz: “They’re all gone now, and there isn’t anything more the sea can do to me... I’ll have no call now to be up crying and praying when the wind breaks from the south, and you can hear the surf is in the east, and the surf is in the west, making a great stir with the two noises, and they hitting one on the other. I’ll have no call now to be going down and getting Holy Water in the dark nights after Sambain, and I won’t care what way the sea is when the other women will be keening. . . Give me the Holy Water, Nora; there’s a small sup still on the dresser . . .

“It isn’t that I haven’t prayed for you, Bartley, to the Almighty God. It isn’t that I haven’t said prayers in the dark night till you wouldn’t know what I’d be saying; but it’s a great rest I’ll have now, and it’s time, surely. It’s a great rest I’ll have now, and great sleeping in the long nights after Samhain, if it’s only a bit of wet flour we do have to eat, and maybe a fish that would be stinking”.

La madre de *Bodas de Sangre* bendice la tierra y la lluvia, y a Dios finalmente por haberlos juntado en la muerte. Y en la tragedia de Synge, Maurya termina con palabras que expresan un dolor universal: “They’re all together this time, and the end is come. May the Almighty God have mercy on Bartley’s soul, and on Michael’s soul, and on the souls of Sheamus and Patch, and Stephen and Shawn (inclina la cabeza); and may He have mercy on my soul, Nora and on the soul of every one is left living in the world . . .

(Ella se alza, y el llanto de las otras mujeres crece, y luego decae).

Michael has a clean burial in the far north, by the grace of the Almighty God. Bartley will have a fine coffin out of the

white boards, and a deep grave surely. What more can we want than that? No man at all can be living for ever, and we must be satisfied”.

Así acaba cualquier gran tragedia, universalizándose. Pensamos en las últimas palabras del príncipe trágico, de Hamlet: “the rest is silence!”; en las del Rey loco, de Lear:

“And my poor fool is hang'd! No, no, no life!
Why should a dog, a horse, a rat, have life,
And thou no breath at all? Thou'lt come no more,
Never, never, never, never, never!
Pray you, undo this button: thank you, sir,
Do you see this? Look on her, look, her lips,
Look there, look there!”

Y en las de Cumbres borrascosas: —“this quiet earth”— que apagan la furia y pasión del alma de Heathcliff. Aquí se abraza a todo el mundo, al género humano, y el individuo se absorbe en el Universo.

El fondo de las dos piezas también es muy parecido. En *Riders to the Sea*, se trata de una comunidad de pescadores en las costas occidentales de Irlanda, cuya vida es una lucha perpetua con el mar. En *Bodas de Sangre*, es la gente del campo andaluz, que se empeña en arrancar al suelo duro una existencia precaria.

García Lorca logra expresar en la escena en que la madre del novio visita al padre de la novia, todo aquel temperamento obstinado que nace de una lucha dura con la tierra. Entra el padre de la novia, labriego tosco y callado, apenas saluda a sus visitantes y, volviéndose al novio, empieza así, después de haber preguntado a la madre por qué camino habían venido: “Buena cosecha de esparto”. Contesta el novio: “Buena de verdad” —y sigue el Padre— “En mi tiempo, ni el esparto daba esta tierra. Ha sido necesario castigarla y hasta llorarla, para que nos dé algo provechoso”. Sus primeras palabras, pues, se refieren a la tierra, porque es la tierra dura, quemada por el sol, lo que forma la base de sus vidas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.vidihiro.com.ar
Ambos poetas han interpretado, asimismo, la servidumbre al instinto, y el sensualismo del carácter del campesino. Leonardo en

Bodas de Sangre, es una de las grandes creaciones de García Lorca. Aquí está el esclavo de las pasiones, de las pasiones que surgen del contacto con la tierra. El actor López Lagar hacía destacar cada detalle del carácter de Leonardo, sobre todo en la escena cuando vuelve a su casa después de una visita clandestina a la novia, y la mujer le prepara un refresco de limón. Hay que ver la manera como empuja el sombrero hacia atrás, se seca la frente, agarra la bebida y hace todo un gesto con la mano antes de beberla: he aquí al campesino violento y sensual.

Luego, su rapto de la novia y las cosas que se dicen ambos en el bosque. Dice Leonardo con voz de agonía que lo que acaba de hacer, no lo ha hecho por culpa suya, pues "la culpa es de la tierra". Sabe muy bien que la pasión que le mueve, nace de la tierra dura que labra.

La novia misma es una muchacha fuerte y sensual; es fuerte porque ha hecho trabajo de hombre. Norah Burke, la mujer de la pieza de Synge, *The Shadow of the Glen*, es un tipo análogo. Tenía ésta un marido más viejo que ella, que a menudo la dejaba sola en casa durante días enteros, pues siendo pastor iba lejos con su ganado. Ella es una mujer sensual e impulsiva, y se deja cortejar por un joven pastor, que cuida su ganado en las colinas cercanas a su casa. Su marido lo sospecha desde hace tiempo, y se decide a fingir la muerte para que su mujer se descubra. Ella lo cree muerto, y mientras el cadáver queda envuelto en una sábana blanca sobre la cama, cuenta sus dolores y amores a un vagabundo que llega a su casa. Defiende su amor por el joven pastor con palabras muy parecidas a las de Leonardo en *Bodas de Sangre*.

"It's in a lonesome place you do have to be talking with some one, and looking for some one, in the evening of the day, and if it's a power of men I'm after knowing, they were fine men, for I was a hard child to please . . . and it's a hard woman I am to please this day, Michael Dare, and it's no lie I'm telling you". Y sigue: "I do be thinking in the long nights it was a big fool I was that time, Michael Dara; for what good is a bit of a farm with cows on it, and sheep on the back hills, when you do be sitting looking out from a door the like of that door, and seeing nothing but the mists rolling down the bog, and the mists

again and they rolling up the bog, and hearing nothing but the wind crying out in the bits of broken trees were left from the great storm, and the streams roaring with the rain . . .". Y la comedia acaba con la invitación del vagabundo a Norah, a que le acompañe en sus andanzas. Dice él: "Come along with me now, lady of the house, and it's not my blather only you'll be hearing, but you'll be hearing the herons crying out over the black lakes, and you'll be hearing the grouse and the owls with them, and the larks and the big thrushes when the days are warm; and it's not from the like of them you'll be hearing a tale of getting old like Peggy Cavanagh, and losing the hair off you, and the light of your eyes, but it's fine songs you'll be hearing when the sun goes up, and there'll be no old fellow wheezing, the like of a sick sheep, close to your ear". Norah le contesta afirmativamente así: "I'm thinking it's myself will be wheezing that time with lying down under the Heavens when the night is cold; but you've a fine bit of talk, stranger, and it's with yourself I'll go. (Se vuelve hacia su marido) You think it's a grand thing you're after doing with your letting on to be dead, but what is it as all? What way would a woman live in a lonesome place the like of this place, and she not making a talk with the men passing? And what way will yourself live from this day, with none to care for you? What is it you'll have now but a black life, Daniel Burke; and it's not long. I'm telling you, till you'll be lying again under that sheet, and you dead surely".

Una amiga mía me observó no hace mucho tiempo que las mujeres de García Lorca, son casi siempre de estas dos clases, o duras y trágicas o instintivas; vale decir, que él pinta un aspecto bastante poco agradable del temperamento femenino. Esto es verdad en cuanto a las mujeres del campo, una verdad que concuerda con los hechos. Las mujeres, como él las había conocido, eran casi todas de esta índole, mujeres jóvenes sujetadas al instinto o madres trágicas que sufrían por la dureza de la vida que llevaban.

García Lorca describe esta tragedia de distinto modo que Synge. Sentía una atracción por ella, y hasta en sus poemas como *El Martirio de Santa Eulalia* demuestra una gran alegría por ella. Synge, en cambio, dejaba entrar una nota de misticismo, porque

reaccionaba contra ella. No nació campesino y poseyendo una gran sensibilidad se sintió cautivado por la poesía del alma popular por más que le disgustase la brutalidad de su vida. *The Playboy of the Western World* es una sátira contra la brutalidad de la vida del campo. Nos muestra cómo la gente aplaudió a Christopher Marlowe por haber matado a su padre, y luego le condenaron cuando se había pasado la novedad.

Una mujer de este ambiente tenía que ser fuerte y hasta brutal, y ambos poetas la pintaban así, pero se mostraban al mismo tiempo capaces de crear algo distinto: un cuadro histórico y, en el primer plano, una mujer romántica y poética que murió por sus ideales.

Mariana Pineda de García Lorca y *Deirdre of the Sorrows* de Synge se basan ambas sobre leyendas populares. Mariana Pineda (1) se debe a la copla cantada por las calles de Granada acerca de la heroína de los días de la Independencia. La *Deirdre* de Synge es la vieja leyenda irlandesa de Deirdre, la bien nacida, a quien cortejaba el viejo Rey de Ulster y que se fué con Naisi y sus hermanos, para vivir junto a él en los bosques claros de Alban, a pesar de que su destino fuese traer desdichas a Irlanda.

Mariana es uno de aquellos personajes femeninos exquisitos que García Lorca podía crear, y luego repetir en *Doña Rosita la Soltera*, una mujer que desmiente la observación de que sus mujeres son todas duras y toscas. Mariana Pineda se ha unido a la causa de la Independencia. Está tejiendo una bandera para los patriotas, con gran peligro para ella. Lo está haciendo al parecer por Don Pedro Sotomayor, el jefe de los patriotas y amante de ella, pero

(1) Como en diciembre de 1935 cuando un estreno de "*Doña Rosita la Soltera*", se hizo la ocasión de demostraciones políticas, la gente que le gusta ver a la especie humana dividida en dos campos distintos: derecha e izquierda, pardo y rojo, fascista y comunista, deseaba ver en "*Mariana Pineda*" indicaciones de las simpatías políticas del autor. "Soy anarquista, comunista, liberal, católico, tradicionalista y monárquico", solía decir Federico García Lorca cuando una conversación abarcaba la política. Y en una oportunidad ya mencionada: "No soy un tonto, están haciendo política de mi Rosita, y no lo tolero". Pero ellos continuaban su propaganda nefasta, seguían confundiendo altos conceptos poéticos con bajas doctrinas políticas y atribuyendo al poeta las ideas políticas que tenían, por ejemplo, intérpretes de sus comedias, hasta el momento de su martirio en julio o agosto de 1936.

realmente porque su único amor es la causa de la libertad, y bien sabe que Don Pedro la abandonará al fin.

De igual manera Deirdre, unida a la juventud, desea una juventud eterna. Para escapar al casamiento con el Rey viejo y a la vejez con sus cabellos grises, va con Naisi a Bretaña, a pesar de la profecía que pesa sobre ellos. Se va para conservar su juventud más bien que por amor a Naisi, y cuando se han completado los siete años gloriosos en los bosques claros de Alban, vuelven juntos para morir.

Mariana vive para la libertad, pues dice a otro amigo suyo. Don Fernando:

“¿qué es amor, Fernando?

¡Yo no sé qué es amor!

A tí debí quererte más que a nadie en el mundo,
si el corazón no fuera nuestro gran enemigo.

Corazón, ¿por qué mandas en mí si yo no quiero?

... ¡Ya estoy muerta, amiguito! Tus palabras me llegan
a través del gran río del mundo que abandono.

Ya soy como la estrella sobre el agua profunda,
última débil brisa que se pierde en los álamos”...

Deirdre vive para la juventud, como lo dice a Conchubor después de la muerte de Naisi:

“Draw a little back with the squabbling of fools when I am broken up with misery. I see the flames of Emain starting upward in the dark night; and because of me there will be weasels and wild cats crying on a lonely wall where there queens and armies and red gold, the way there will be a story told of a ruined city and a raving king and a woman will be young for ever. I see the trees naked and bare, and the moon shining. Little moon, little moon of Alban, it's lonesome you'll be this night, and to-morrow night, and long nights after, and you pacing the woods beyond Glen Laoi, looking every place for Deirdre and Naisi, the two lovers who slept so sweetley with each other”.

Las dos mujeres afrontan la muerte y la reciben con una calma maravillosa. Vienen a unirse con el Universo que está a su alrededor. Dice Mariana Pineda cuando la conducen al cadalso:

“¡Os doy mi corazón! ¡Dadme un ramo de flores!
En mis últimas horas yo quiero engalanarme.
Quiero sentir la dura caricia de mi anillo
y prenderme en el pelo mi mantilla de encaje.
Pero yo soy la misma Libertad. Doy mi sangre,
que es tu sangre y la sangre de todas las criaturas.
¡No se podrá comprar el corazón de nadie!”

Las últimas palabras de Deirdre, que dirige a Conchubor, son: “I have put away sorrow like a shoe that is worn out and muddy, for it is I have had a life that will be envied by great companies. It was not by a low birth I made kings uneasy, and they sitting in the halls of Emain. It was not a low thing to be chosen by Conchubor, who was wise, and Naisi had no match for bravery. It is not a small thing to be rid of grey hairs, and the loosening of the teeth. It was the choice of lives we had in the clear woods, and in the grave we're safe, surely... I have a little key to unlock the prison of Naisi you'd shut upon his youth for ever. Keep back, Conchubor; for the High King, who is your master, has put his hands between us. It was sorrows were foretold, but great joys were my share always; yet it is a cold place I must go to be with you, Naisi; and it's cold your arms will be this night that were warm about my neck so often... It's a pitiful thing to be talking out, when your ears are shut to me. It's a pitiful thing, Conchubor, you have done this night in Emain; yet a thing will be a joy and triumph to the ends of life and time...”

Frecuentemente me dicen que no puedo, por ser protestante, apreciar plenamente el genio irlandés. No deseo plantear una discusión teológica, ni ofender vuestras susceptibilidades religiosas, pero para mí la base del temperamento del campesino es pagana, apartada de toda religión y todo ritual. El campesino, tanto irlandés como español, es un ser primitivo, impresionado en sumo grado por la fuerza de los elementos contra los que lucha durante su vida entera. Son ellos quienes representan un espíritu invisible que rige al universo, son ellos a quienes descubre instintivamente los dolores que le afligen. Como si yo abriera mi ventana cualquier noche de estas y confesara a la luna, a las estrellas, los pesares que tengo.

El Universo a nuestro alrededor es todo; a él nos evadimos para consolarnos: en él nos esfumamos cuando ya no podemos soportar más este mundo doloroso. Más tarde vino la religión, la fe en un Dios, en un ritual. El campesino aprendió a hablar de Dios con "D" mayúscula, a practicar un ritual, pero quedaban las viejas supersticiones.

Pienso siempre en el casamiento de Naisi y Deirdre. La vieja sirvienta de ésta se niega a pronunciar los ritos, y así uno de los hermanos de Naisi casa a los dos amantes según la tradición primitiva. Dice Ainnle, al juntar las manos de los amantes:

"By the sun and the moon and the whole earth I wed Deirdre to Naisi. . . May the air bless you, and water and the wind, the sea and all the hours of the sun and moon".

García Lorca da énfasis al paganismo de la vida del campo. En cada una de sus piezas figura "la vieja pagana". Es ella quien en Yerma declara que nunca le ha gustado Dios. En Doña Rosita la Soltera hallamos la vieja sirvienta con sus maldiciones, supersticiones y sus odios. No tiene miedo, como su prototipo de Bodas de Sangre, ni a Dios ni al cielo. No son misterios cristianos los que espera, sino un Valhalla para los valientes, después de la muerte, en el cual ella ya se ha decidido a entrar a la fuerza.

La burla que hace Synge del cura en *The Tinker's Wedding* no es la burla de un protestante, ni tampoco disgustó al pueblo irlandés, vale decir, al verdadero pueblo para el cual se escribió, sino únicamente al público artificioso del teatro de Dublín con su enorme complejo de inferioridad y sus prejuicios.

Hay también ironía, la ironía de Esquilo, en las palabras de consuelo del cura referentes a la seguridad de Bartley en *Riders to the Sea*, que no son más que el prelude inmediato de la tragedia final.

Se ha preguntado muchas veces si el lenguaje empleado por los dos poetas en sus piezas, es realmente el de los campesinos que describen. Se sabe que Synge copiaba casi textualmente el lenguaje oído cuando vivía entre esa gente, y que tenía anotado en sus libros de apuntes. Tiene su prosa una cadencia musical y un encanto de expresión, que obedece en gran parte al hecho de que el campesino irlandés traduce literalmente del celta al inglés. Las frases

celtas, sobre todo en *Deirdre of the Sorrows*, tienen una poesía natural, aun cuando sean vertidas al inglés, v.g: "She does be all times straying around picking flowers or nuts, or sticks itself; but so long as she's gathering new life I've a right not to heed her, I'm thinking, and she taking her will..."

Al mismo tiempo no se puede negar que Synge acentuaba y perfeccionaba este estilo. Muchas de las palabras dichas en la boda de Deirdre son el embellecimiento que hizo Synge del lenguaje ya poético del campesino.

El lenguaje que emplea García Lorca en sus piezas es a la vez realista y simbólico. No puede haber un realismo más fuerte que la brusquedad de la conversación entre la madre y su hijo, y entre el padre de la novia y la madre del novio en *Bodas de Sangre*. Sin embargo, siempre que quiere producir un efecto verdaderamente doloroso, se vale de un lenguaje altamente simbólico. El deseo de Yerma por un hijo, no se expresa crudamente en palabras de una mujer del campo, sino en términos que vienen a ser la expresión simbólica y poética de la maternidad; el drama se universaliza.

He dicho que la semejanza entre los dos poetas del campo no es de extrañar, pues es una muestra del espíritu universal de la poesía, evocado por un contacto estrecho con los elementos de la Naturaleza. Tal vez sea por eso que una persona de sangre irlandesa halla en España un segundo hogar. Me disculpo por terminar como empecé, es decir, con una nota personal, pero el tema mismo es personal. Amo a España como no he amado a ningún país; podría vivir allí y ansío hacerlo tanto como anhelo volver a ese hogar irlandés, que por razones políticas y religiosas me han quitado.

Esa maravillosa tranquilidad y eternidad de España; la poesía en los labios de su pueblo; la aristocracia de su vida: todo esto se repite en Irlanda.

Cuando en Yerma se levanta el telón para revelar los tejados bajos y rojos de un pueblo español, construido en la ladera de la montaña y formando parte de la tierra, vuelvo a sentir un anhelo por esa vida despojada de la falsedad e hipocresía de las grandes ciudades.

No puede ser una mera casualidad que *Deirdre of the Sorrows*, vertido al castellano, suene casi mejor que en inglés. Escu-

chad esta versión castellana, que por cierto no es muy buena, pues es mía, de las últimas palabras de Deirdre que ya os he leído en inglés y negad, si podéis, la unidad de genio, la universalidad de inspiración de ambos poetas. Dice Deirdre a Conchubor, Rey de Ulster: "Retiráos un poco, vosotros que reñís como locos cuando estoy afligida por el dolor. Veo las llamas de Emaín que surgen en la noche oscura y por culpa mía habrá comadreas y gatos monteses que vagarán gritando sobre un muro solitario, donde antes había reinas y ejércitos y oro rojo; y así la gente contará la historia de una ciudad arruinada, de un rey delirante y de una mujer eternamente joven. Veo cómo los árboles están desnudos y cómo la luna brilla. Pequeña luna de Alban, cuán solitaria estás esta noche y la noche de mañana y las largas noches que siguen; tú que andas por los bosques más allá del valle de Iaoi, buscando en todas partes a Deirdre y Naisi, los dos amantes que dormían juntos tan reposadamente..."

Uno de los libros que más amo, de todos los que tengo en mis estantes, es *El sentimiento trágico de la vida* de Don Miguel de Unamuno. Es la confesión del alma española y, por su profunda tristeza humana, una de las obras más bellas de la literatura mundial.

Digo bella por su tristeza, porque creo que la suprema belleza reside en la tristeza. La cara más divinamente hermosa que he visto, es la de *La Monja de Velásquez* en el Museo del Prado de Madrid. He visto figuras de santos en pequeñas iglesias al borde del camino y en los monasterios de España, y me he maravillado ante la imagen de San Francisco de Asís en el monasterio franciscano cerca de Sagunto, en el reino de Valencia.

La belleza de España, como la de Irlanda, es trágica. Irlanda y España son quizás los dos países más trágicos del mundo. Son países destinados a sufrir, cuyos pueblos parecen conocer y aceptar ese destino para expresarlo en su arte y su vida. Y es precisamente esta tragedia, este sentimiento trágico de la vida, el que forma la base de las obras de García Lorca y Synge. El llanto de Maurya por su hijo en *Riders to the Sea* y el de la madre en *Bodas de Sangre* representan no solamente a España e Irlanda, sino, al mismo tiempo, la verdadera belleza: la belleza de la tragedia.

Dice Don Miguel: "Un pedante que vió a Solón llorar la muerte de un hijo, le dijo: '¿Para qué lloras así, si eso de nada sirve?' Y el sabio le respondió: 'Por eso precisamente, porque no sirve'. Claro está que el llorar sirve de algo, aunque no sea más que de desahogo; pero bien se ve el profundo sentido de la respuesta de Solón al impertinente. Y estoy convencido de que resolveríamos muchas cosas si saliendo todos a la calle, y poniendo a luz nuestras penas, que acaso resultasen una sola pena común, nos pudiéramos en común a llorarlas y a dar gritos al cielo y a llamar a Dios. Aunque no nos oyese, que sí nos oiría. Lo más santo de un templo es que es el lugar a que se va a llorar en común. Un Miserere, cantado en común por una muchedumbre azotada del destino, vale tanto como una filosofía. No basta curar la peste, hay que saber llorarla. ¡Sí, hay que saber llorar! Y casi ésta es la sabiduría suprema. ¿Para qué? Preguntádselo a Solón".

Esta es, pues, la esencia de la actitud ante la vida del campesino europeo, y es una actitud de significado universal. Hay un momento en que el dolor se universaliza, cuando el pesar de uno viene a ser el pesar de todos, y al embellecer a uno embellece a todos. He aquí el hondo significado de las últimas palabras de Maurya en *Riders to the Sea*.

Federico García Lorca lo sentía profundamente. No sé cuántos de vosotros habréis leído su *Llanto por Sánchez Mejía*, que me parece uno de sus poemas principales, precisamente porque es una de las expresiones más abiertas de la agonía mundial. Desde los primeros versos, con ese refrán terriblemente insistente, "a las cinco de la tarde", hasta aquellos donde dice:

"Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros
la flor de su calavera.
Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos,
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas

como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas.

¡Oh blanco muro de España!

¡Oh negro toro de pena!

¡Oh sangre dura de Ignacio!

¡Oh ruiseñor de sus venas!

No.

¡Que no quiero verla!

Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
que no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.

No.

¡¡Yo no quiero verla!!”

Bien sabemos nosotros cómo la nota trágica de este poema se intensifica al pensar que puede aplicarse al caso mismo de García Lorca, muerto en la flor de su juventud. He aquí otro rasgo común a los poetas irlandés y español. Para ambos la muerte era una realidad; ambos la sentían como realidad; ambos casi presentían su propia muerte prematura. En *Deirdre of the Sorrows*, que Synge no logró terminar, hay en el último acto una tumba abierta en el escenario, como si Synge presintiese la muerte que llegaría en unas pocas semanas.

Como dice, con su acostumbrado acierto, R. M. Nadal en su *Introducción a la nueva edición de los Poemas de Federico García Lorca* hecha por T. Gili, con versión inglesa de Stephen Spender—“hay ciertas figuras que no pueden ser juzgadas con justicia, al faltar una determinada perspectiva histórica. El trágico fin del poeta ha echado una atmósfera de leyenda alrededor de él. Su vida y su trabajo parecen ser dirigidos por un destino, el cual, ¿por qué negarlo? aceptó el poeta cuando a la edad de 19 años, en esos días de gozoso triunfo juvenil en Granada, escribía estas líneas extrañas:

“ . . . y mi sangre sobre el campo
sea rosado y dulce limo
donde claven sus azadas
los cansados campesinos”.

Este es el dolor del poeta universal, el dolor que cantó Justinus Kerner dos siglos ha, allá en la Alemania de Goethe y Schiller:

“Poesie ist tiefes Schmerzen,
Und es kommt das echte Lied
Einzig aus dem Menschenherzen
Das ein tiefes Leid durchglüht”.

La división del trabajo

Por MARIO SEGRE

Primera y segunda clases del curso dado
en el Colegio en junio y julio de 1939.

I

Premisa: Principio del mínimo medio, su importancia y sus consecuencias.

En el primer libro de Moisés, el Génesis, se describe cómo se cometió el pecado original. Esta descripción tiene un particular interés desde el punto de vista económico, no solamente por el hecho de que toda la actividad económica de la humanidad tiene origen en ese pecado, sino también porque el mismo pecado en su significado literal acusa una sensibilidad económica en la serpiente, que bien puede pasar inadvertida a una lectura superficial.

En efecto, la vida de la primera pareja en el Paraíso Terrenal no presenta ningún interés para el estudioso de economía, porque la actividad de Adán y Eva se funda exclusivamente sobre la primitiva y simple satisfacción inmediata de sus escasas necesidades. No existía la pena de la necesidad económica ya que el Edén ponía a disposición de nuestros más lejanos progenitores, todo lo que les hacía falta.

Pero un día la serpiente tuvo la capacidad de convencer a Eva de que el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, era

deseable. La serpiente, entonces, como cualquier corredor de casa de comercio, que busca convencer al cliente de la calidad de sus productos, hasta despertar en él el deseo de sacrificar algunos de sus bienes para adquirir lo ofrecido, hace nacer en Eva la primera necesidad de carácter económico. Muchísimas veces Eva había admirado el árbol puesto en medio del jardín sin sentir jamás el deseo de comer sus frutos. El sacrificio de Eva, y más tarde también el de Adán, para satisfacer esta primera necesidad, fué la desobediencia a la orden de Dios que les había prohibido terminantemente comer esa fruta.

Desde el punto de vista económico, no se explica el interés que podía tener la serpiente en su obra, pero la búsqueda del móvil de su acción no atañe a nuestro asunto.

Lo que interesa más bien es que la serpiente demuestra conocer perfectamente la teoría económica de las necesidades. En efecto, no propone a Eva comer la manzana como fruta, ya que sabía muy bien que el Paraíso le ofrecía todo para satisfacer hasta el hartazgo la necesidad primaria del hambre, sino despierta en Eva otra necesidad de carácter muy superior a la primera: el fruto era deseable por tener intelecto.

Luego de haber comprobado que en la mujer tiene origen la actividad económica de la humanidad, según el Génesis, y dedicado un pensamiento a la serpiente, como primer economista del mundo, podemos ensanchar el campo de nuestras observaciones, y constatar que a toda la humanidad no le es posible substraerse a la dolorosa exigencia de trabajar para proveerse de lo indispensable para la satisfacción de sus necesidades.

Pero antes de seguir es menester dar la definición de la necesidad. La más común es la que la considera como la sensación de sufrimiento determinada por la carencia de algo bien definido, sensación que provoca el deseo de poseer este algo.

Las necesidades, por consecuencia, no son iguales para todo el mundo y sienten los reflejos de los gustos, de las costumbres y del temperamento de cada uno. Si es cierto que la necesidad de comer es común a todos los hombres —en sentido amplio—, el deseo de comer determinada cosa no es tan universal. Es claro que por mucha hambre que tengamos, nadie entre nosotros comería con ganas

esta noche, ratas o nidos de golondrinas, como acostumbran hacer algunas poblaciones orientales. A pesar de que, a falta de otra cosa, y después de muchos días de ayuno, podría ser que también para nosotros esta clase de alimentos llegase a aliviar nuestro sufrimiento causado por el estómago vacío.

Superadas ya las necesidades llamadas primarias o esenciales, es decir, las de la existencia en el sentido más estricto de la palabra, las necesidades asumen características muy diferentes de persona a persona.

Si nos paramos un instante a meditar sobre la naturaleza de nuestras necesidades, nos damos cuenta inmediatamente que algunas de ellas, y precisamente las que recién llamamos de existencia, son de tal fuerza que, en algunos casos, estamos dispuestos a cualquier sacrificio para satisfacerlas. Nos es fácil imaginar el sufrimiento provocado por el hambre, la sed, el sueño, el frío, el calor, etc. Es evidente que para librarnos de este sufrimiento, cuando aparece con el carácter de prepotencia peculiar de algunas veces, todos nosotros estamos dispuestos a sacrificar completamente hasta nuestro patrimonio. He aquí demostrado entonces que estas necesidades ocupan el primer puesto en la escala de valores.

Satisfechas estas necesidades premiosas, se puede hablar de otras con mayor serenidad, y mientras las de que hemos hablado son de carácter universal en el tiempo y en el espacio, las otras necesidades acusan inmediatamente la diferenciación de costumbres y gustos. La necesidad de vestirse tiene una interpretación completamente distinta, aun hoy día, entre algunas tribus de África y nosotros, hasta en condiciones climáticas similares. La necesidad de instruirse no está todavía tan difundida como sería deseable. La de fumar está limitada a un número relativo de personas que conocen y aprecian la voluptuosidad que proporciona el humo del tabaco.

Es claro que no se puede sentir una necesidad si no se conoce algo capaz de satisfacerla. En efecto, volviendo al humo, éste no interesa más que a las personas que conocen la existencia del tabaco. Y así el ejemplo puede multiplicarse y demostrarse de esta manera que entre las poblaciones primitivas las necesidades son escasas, precisamente porque son escasos sus conocimientos; lo mis-

mo puede decirse referente a las necesidades de los hombres que viven lejos de los grandes centros y que no llegan a imaginar las exigencias de los que vivimos en las ciudades.

Otra característica de la necesidad en el sentido económico, está en la limitación de los medios necesarios para satisfacerla. La necesidad de respirar no es de carácter económico, porque el aire está a disposición de cualquiera; pero en cuanto se tenga deseo de aire fresco, de inmediato nace el concepto de la necesidad, por la razón de que el aire fresco no está a disposición de todo el mundo y para alcanzarlo se requiere un sacrificio, el de ir hasta los lugares donde está disponible.

Otra característica es la posibilidad física de la adquisición. Por mucho que uno sienta la necesidad de ser inteligente, ésta no es una necesidad económica, por la imposibilidad de llegar a ser inteligente para quien no está dotado de este don.

Decíamos antes que, satisfechas las necesidades primarias, las otras no son universales en la misma medida; hay que notar más bien que aún las necesidades primarias, en su satisfacción, no actúan sobre la actividad humana con la misma intensidad para todo el mundo. La nutrición está limitada para algunos, aunque sean capacitados económicamente, al consumo de un alimento frugal, mientras otros dedican buena parte de su actividad económica a transformar dicho sobrio alimento en una laboriosa y completa comida, rica de preciosidades luculianas. La necesidad de beber puede desaparecer con un simple vaso de agua, mientras otras personas conocen el valor de bebidas refinadas. Sin insistir con otros ejemplos, pasamos ahora a revisar las necesidades de clase superior.

Si a cada uno de nosotros fuera dirigida la pregunta de cómo gastaríamos la disponibilidad de muchos pesos, admitiendo condiciones económicas similares, es seguro que la contestación resultaría distinta de una persona a otra. Habría quien manifestara preferencia por una casita, quien por un automóvil, una buena biblioteca, un cuadro de un pintor afamado, etc., etc. Es decir, que entre nosotros hay quien adjudica mayor importancia a las aspiraciones materiales y quien prefiere goces estéticos. Esto significa al fin que cada hombre da una importancia diferente a las mismas necesidades, según el temperamento, la educación, el grado social, la edad,

y otros motivos que no siempre merecen ser considerados con ayuda de conceptos estrictamente económicos.

Hay que observar además que para cada persona la misma cosa cambia de valor por el hecho de existir la sensación de la saciedad, sensación que depende únicamente del carácter individual pero que existe en mayor medida en las necesidades primarias que en las secundarias. Un hambriento por el primer pedazo de pan está dispuesto a sacrificios enormes, mientras que el mismo pan no tendrá para él ningún aliciente cuando su hambre esté satisfecha. Aún el chico más goloso, al décimo marrón glacé dice que no quiere más. A quien gusta el automóvil, la adquisición del primer coche dará un gran placer, menos intensamente deseará tener un segundo, aún con distintas características, pero no puede seguir coleccionando automóviles. Los ejemplos antedichos se refieren todos a artículos de consumo, para los cuales la ley de utilidad decreciente se manifiesta de manera más fuerte.

Están todavía las necesidades de clase superior que son prácticamente infinitas. Quien ama los libros, estará dispuesto a enriquecer su biblioteca aunque tenga más de diez mil tomos; lo mismo se puede decir de los cuadros, y de otras miles de cosas que no se gastan, pero que dan sensaciones elevadas.

No es nuestro propósito entrar en la compleja teoría del valor: examinamos ahora la manera como el hombre actúa para satisfacer sus necesidades. Para entender el principio que nos guía, es suficiente pensar qué haríamos si tuviéramos hambre y para no complicar el problema supongamos que no tenemos dinero en el bolsillo. Se nos aparecen enseguida algunas posibilidades: podemos pedir limosna de un pedazo de pan, o podemos buscar trabajo para merecer como recompensa ese mismo pedazo de pan, o también podemos intentar robarlo. Unos desecharán la tercera solución, sea por temor a las sanciones o por repugnancia moral; otros desecharán también la primera, para evitar el sacrificio de humillarse hasta hacerse pordiosero; otros en fin, se apartarán de la segunda, para evitar la fatiga del trabajo. Consciente o inconscientemente, cada uno elegirá la solución que le impone el menor sacrificio, relativo a su moralidad o a su sensibilidad. Es decir, se quedará con la que le asegure el máximo resultado con el mínimo esfuerzo. Este prin-

cipio se puede expresar mejor así: en el desarrollo de la actividad necesaria para la adquisición de los bienes aptos para satisfacer sus necesidades los hombres buscan la manera de someterse al menor esfuerzo posible. Esta ley, llamada del mínimo esfuerzo, rige toda la actividad del universo. Es decir, todos los seres animados instintivamente se sujetan a esta ley al realizar la actividad para satisfacer sus necesidades. La economía, ciencia que estudia las leyes que rigen el desarrollo de la actividad humana, considerada socialmente, dedicada a la adquisición y al uso de lo requerido para la satisfacción de las necesidades, acepta esa ley como premisa y construye todo su edificio sobre esta base.

Así, si llegamos a demostrar que el productor en régimen de monopolio, no busca vender la mayor cantidad posible de su producto, ni tampoco imponer el precio más elevado posible, sino intenta pedir el precio que le permita vender la cantidad necesaria para conseguir la mayor ganancia, se evidencia que tal conducta del productor está regida por el principio del mínimo esfuerzo. No nos interesa entonces el hecho de que la actuación de dicho productor en régimen de monopolio esté tal vez en contraste con el interés del consumidor, porque el fin de la economía se limita a descubrir las leyes que reglamentan las acciones humanas en el campo económico, colaborando así con las otras ciencias en la tarea de ampliar el conocimiento en sentido universal.

Hemos dicho ya que el principio del esfuerzo mínimo rige toda actividad humana en el campo económico: la historia de la humanidad, en su creciente progreso técnico, podría escribirse en capítulos referentes a la progresiva aplicación del principio del mínimo esfuerzo. Desde los tiempos primitivos de la vida social, cuyas limitadas necesidades podían fácilmente satisfacerse comiendo y bebiendo lo que se encontraba a mano y durmiendo en la poca segura cueva o en una frágil choza, poco a poco, mediante la división del trabajo y el aprovechamiento de las energías naturales, de los medios que la naturaleza tenía escondidos en su seno, el hombre no ha hecho sino aplicar el principio del mínimo esfuerzo.

La invención de la rueda, la de la almadía o de la piragua, constituyeron el primer paso hacia las actuales poderosas locomo-

toras y buques ultrarrápidos. La domesticación del caballo, del burro, del camello, fueron otra importantísima aplicación de la ley del mínimo esfuerzo, y en fin, bajo el empuje de este gran motor del universo, el hombre inventó los utensilios y las máquinas que le permiten satisfacer sus necesidades. Aún hoy, recorriendo rápidamente toda la superficie terrestre, bajo este aspecto vemos que en la escala de la civilización se encuentran en lugar más alto las poblaciones que supieron hasta ahora aprovechar mejor el principio del mínimo esfuerzo, en comparación con las que están todavía en las mismas condiciones en las cuales se desenvolvían nuestros progenitores hace unos millares de años.

Pero si salimos del frío campo económico y pasamos a examinar la evolución del principio del mínimo esfuerzo desde el punto de vista moral y social; nos damos cuenta cabal que el progreso antedicho no se refiere más que al renglón técnico, en la lucha del hombre en contra de la naturaleza, a la que él arranca tesoros y secretos.

Ocupémonos mejor de la forma en la que las relaciones entre los hombres se han radicalmente transformado a través de los siglos, atemperando la aplicación del principio del mínimo esfuerzo, que en ese sector había asumido —y asume aún hoy en algunas zonas— la crueldad de la lucha sangrienta entre seres sin escrúpulos y sin otra finalidad que dar satisfacción a sus propias necesidades.

Cuando en el renglón técnico, el hombre apenas alcanzaba a sacar de la naturaleza los elementos aptos para satisfacer las necesidades más premiosas de la existencia, no retrocedía ante la rapiña, el pillaje, el homicidio para adueñarse de lo que necesitaba. No es fácil decir cuando y donde tuvo origen la esclavitud. Está probado, sin embargo, que en todas partes esta vergüenza fué difundida por siglos y siglos, y asumió importancia tal en la vida económica, que aún después del poderoso movimiento provocado por la revolución francesa, que tuvo lugar —nótese bien— diez y ocho siglos después de la predicación del verbo de Jesucristo, la esclavitud reinó legalmente en los mismos países en los que había triunfado el principio de la igualdad entre los hombres. En efecto, aunque limitada a las colonias, la esclavitud existía todavía en los có-

digos europeos hasta hace menos de un siglo. En el nuevo mundo, la República Argentina tiene el honor de haber sido la primera en suprimir la esclavitud desde la promulgación de la Constitución del 25 de Mayo de 1853 (artículo 15). "En la Nación Argentina no hay esclavos: los pocos que hoy existen quedan libres desde la jura de esta Constitución". En la reforma de 1860 se agregó luego las palabras: "Y los esclavos que de cualquier modo se introduzcan quedan libres por el solo hecho de pisar el territorio de la República". En Cuba fué solamente después de la guerra hispano-americana del 1898. En los Estados Unidos fué necesaria la guerra de Secesión (1861-1865) para convencer a los estados agrícolas que debían desechar esta forma de aprovechamiento de sus propios semejantes. Y estaba tan radicada la convicción de que solamente la esclavitud podía permitir la organización racional y económica en los países tropicales, que en la época de las luchas entre esclavistas y antiesclavistas, más de un profeta tuvo por seguro que la emancipación completa de los esclavos significaría el suicidio económico de regiones enteras. Los hechos desmintieron cabalmente esta profecía.

Es doloroso admitir que ni hoy tampoco puede decirse con seguridad que la esclavitud haya desaparecido de la tierra, porque en muchas regiones de Asia y de Africa este fácil medio es usado todavía para satisfacer con escasa fatiga las exigencias de la vida.

Naturalmente, la abolición de la esclavitud constituyó el primer paso hacia una conducta más humana del hombre para con sus semejantes y en cierto sentido la importancia de algunas limitaciones en el horario de trabajo y en el empleo de la mano de obra femenina y de menores, no es inferior, desde el punto de vista social y moral, a la liberación de los esclavos.

El estremecimiento de horror que despertaron las primeras investigaciones sobre las condiciones de trabajo del personal obrero femenino y menores en los talleres de Inglaterra hace algo más de medio siglo, da un indicio de la crueldad que imponía la ley del mínimo esfuerzo en sus aplicaciones sociales.

El camino a recorrer es todavía muy largo y las nuevas generaciones tienen ante sí muchos problemas importantes a resolver: el deber de cada hombre y cada pueblo civilizado impone estu-

diar dichos problemas, para llegar a solucionarlos lo más rápidamente posible.

Pero todo esto reafirma la demostración de la potencia de la ley del mínimo esfuerzo, cuyo encauce aparece tan difícil.

No quiero, además, entrar en el tema de las competencias internacionales, en las que aún hoy día muertos y oprimidos yacen bajo el imperio de la feroz interpretación de la ley del mínimo medio para la adquisición de bienes aptos para satisfacer necesidades, aunque éstas no sean ya de naturaleza primaria, sino de dominación y de potencia.

Todo esto constituye una prueba indiscutible de las enormes lagunas en el progreso humano, lagunas que hace falta colmar para la fecunda actividad de los pueblos así como de todo ser que se encuentre hoy en condiciones de llevar una contribución a la civilización mundial, con su espíritu joven, con sus frescas y potentes energías.

Antes de agotar las premisas necesarias para enfrentar el problema de la división del trabajo, será menester examinar qué es lo que se considera trabajo desde el punto de vista económico.

Las discusiones para llegar a definir este segundo factor de la producción, admitido que el primero es la naturaleza, siguen desde algunos siglos y hoy parecería extravagante la definición de los fisiócratas, que llamaban trabajo productivo solamente aquel dedicado a aumentar la cantidad de los productos en bruto de la tierra. El mismo Smith, que amplió la significación del trabajo productivo, al realizado en el sector industrial y comercial, llamó trabajadores estériles e improductivos a los sirvientes, ministros, oficiales, funcionarios e incluía en esta degradante categoría a los eclesiásticos, los abogados, los médicos, los hombres de ciencia y literatos de toda clase, los actores dramáticos, los músicos, etc.

Paso a paso se amplió el concepto de trabajo económico, hasta llegar a definirlo como la forma de la actividad humana dirigida hacia la búsqueda de un resultado, de una utilidad por medio de un esfuerzo y una pena.

El trabajo, entonces, es un medio para llegar a producir un resultado capaz de satisfacer toda necesidad del hombre. Entonces

es trabajo, sea el del campesino que cultiva la tierra, como el del soldado que da a los ciudadanos seguridad para poder atender sus actividades. Es trabajo el del peón como el del intelectual y hoy día es considerado trabajo improductivo solamente aquel que no llega a alcanzar el fin antedicho. Así, por esta definición, yo haré un trabajo improductivo escribiendo un libro que nadie lleve a leer, fabricando una substancia que no interese a ningún consumidor, más si consiguiera especializarme en ejercicios acrobáticos capaces de atraer público a montones delante mío para admirarme colgado de los dientes a una cuerda suspendida del techo, yo realizaría un trabajo, desde el punto de vista económico.

La imagen de la pena no puede ser separada de la del trabajo; sin embargo aún hoy día se quiere hablar de la alegría del trabajo con el noble intento de inducir a hacer con ganas lo que normalmente no se lleva a cabo más que bajo el aliciente de la necesidad, con la disimulada esperanza de reducir la remuneración de los trabajadores.

Tampoco esta tentativa es original, porque en los albores del 1800 un singular escritor francés, François Marie Charles Fourier, había inventado el sistema del trabajo atractivo, llegando a la conclusión de que, permitiendo al trabajador distraerse en la realización de su actividad, habríase llegado a poder reducir las horas de descanso a cinco, más o menos, variando a menudo la ocupación, hasta cambiar de labor alrededor de ocho veces. Con este sistema las horas de trabajo alcanzaban y superaban las doce diarias. Lástima que Fourier pasó casi toda su vida esperando a un capitalista que le permitiese realizar su sueño, pero algo de cierto en sus teorías había, ya que en efecto desde algunos años a esta parte búscase hacer lo menos penosas posible las condiciones de los trabajadores, mejorando los locales donde actúan, por medio de la limpieza y el aspecto estético de las fábricas.

Sobre las ideas de Fourier volveremos más tarde, porque interesan por la aplicación de la división del trabajo.

Para limitar la extensión de la definición del trabajo, podemos recordar que no se considera trabajo productivo el de romper los vidrios para luego fabricar y comprar otros, como hacía Charlot en una vieja película suya, pero se considera labor productiva la

llevada a cabo por quien salva a un hombre que está hundiéndose y la del médico que realiza una operación quirúrgica sobre el paciente, aún en el caso de ser este un "rentier", a pesar de la opinión contraria del Señor John Stuart Mill.

El trabajo se divide normalmente en físico e intelectual; sin embargo no hay una línea divisoria neta entre las dos categorías y por lo común se considera labor física la que requiere en forma preponderante la aplicación de fuerza muscular, e intelectual la que exige mayor actividad de la inteligencia. Es claro que la mayor parte de los trabajos requieren el empleo de las dos actividades, porque fuera de los peones, ocupados en las fatigas más simples, todos los otros necesitan una mayor cantidad de inteligencia y de aplicación, en razón directa de la complicación del trabajo.

Es notorio que por algún tiempo el trabajo intelectual no fué considerado productivo, como si el arquitecto que establece los planos, elige los materiales y fija todo el programa de construcción de una casa fuese menos productor que el albañil y los otros obreros que la construyen. La lucha entre clases ha tenido repercusiones también en este renglón y hay todavía personas que evidencian tener como casi despreciable a la actividad intelectual, así como en otros tiempos considerábase una degradación aplicarse a trabajos manuales. A reforzar la actual prevención en contra del valor de las especulaciones intelectuales y científicas en el sentido más elevado de la palabra, contribuyen los altos pagos asignados a los boxeadores, futbolistas y otros astros del deporte, que no tienen siquiera comparación con los emolumentos percibidos por los profesores de universidades y por los hombres de ciencia en general.

Se puede demostrar que el trabajo intelectual acrece la riqueza de un pueblo recordando, por ejemplo, cómo los derechos de autor que pertenecen a las naciones que han producido genios en las ramas del arte, van al activo de las balanzas de pago de los países que han criado en su seno estas personas excepcionales.

De todas maneras es fácil probar lo altamente productivo del trabajo de investigación o de invento y, en otro renglón, el de organización, administración y dirección.

Hoy no se puede negar lo útil del trabajo de transportes, por el hecho de que las producciones estrictamente ligadas a ciertas

zonas resultan de gran provecho para toda la humanidad. Meditemos sobre las muchas necesidades que cada día podemos satisfacer por medio de productos que nos llegan de todas partes de la tierra. Lo mismo puede repetirse del comercio por la razón de que los comerciantes bien pueden ser considerados los organizadores indirectos de la producción de todo el mundo.

Tengo la impresión de que, particularmente entre las damas, hay una especie de aversión hacia los comerciantes al por menor, como si estos no tuvieran una función económica propia, digna de tenerse en cuenta. Me ha sido fácil demostrar a los seres femeninos que viven cerca mío, lo infundado de este prejuicio; estuve con ellos realizando compras a fabricantes amigos. Terminaron por adquirir cosas que no eran de su agrado o no muy necesarias, solamente para aprovechar el descuento sobre los precios de plaza que encontraban comprando a la fábrica. Es decir que no habían hallado esa forma de presentación y esa variedad de mercaderías que las damas acostumbran encontrar en las ricas tiendas del centro.

Llama la atención lo que concierne al personal de servicio, porque en los comienzos de las investigaciones económicas, Adam Smith admitía que el trabajo realizado por el mismo en un restaurant o en un hotel asumía una función productiva, que no quería reconocer cuando los mismos sirvientes actuaban en las casas particulares, por la razón de que, en este caso, constituían un gasto en el presupuesto doméstico.

Es claro que esta sutileza ha caído en el olvido con el tiempo, y el orgullo de clase característico de las colaboradoras asalariadas de nuestras organizaciones caseras se funda en la convicción de llevar a cabo una labor realmente productiva.

El progreso de la ciencia económica y una cultura general más difundida han entonces devuelto al trabajo de muchas categorías de profesionales y funcionarios la dignidad de seres productivos hasta llegar —puede decirse con desgano— a reconocer la utilidad del trabajo de quien nos viene a pedir, quizás en un momento poco propicio, la conclusión de un contrato de publicidad o la firma de una póliza de seguro.

Estas dos últimas categorías de trabajadores han asumido en las últimas décadas tal desarrollo que demuestran cómo la evolu-

ción de la vida económica puede hallar nuevas formas capaces de convertirse a la brevedad en elementos indispensables de la producción tanto como los elementos tradicionales.

II

LA DIVISION DEL TRABAJO: DEFINICION DEL FENOMENO

El concepto de la división del trabajo es muy complejo, porque encierra diferentes fenómenos, que, sin embargo, adquieren gran importancia en el desarrollo de la actividad económica: es digno de consideración el notable interés evidenciado por los hombres de estudio por uno u otro aspecto del problema.

Cuando algunos elementos productivos adquieren una organización social, aún en la forma más primitiva, nace espontáneamente la coordinación de la actividad con el fin de obtener el máximo con el mínimo esfuerzo. La primera forma de división del trabajo es la llevada a cabo en el ámbito familiar: la constitución física de hombres, mujeres, niños, es tan distinta que resulta lógico repartir el trabajo según su posibilidad física. Por consecuencia, parece natural dejar a las mujeres las tareas menos fatigosas, es decir, aquellas que, necesitando una relativa capacidad intelectual, no exigen mayor esfuerzo muscular. Las tareas de mayor envergadura están reservadas a los hombres, mientras que a los chicos solamente se dejan las ocupaciones que no exigen mucha capacidad de orden físico ni intelectual. He aquí lo que puede definirse la división profesional del trabajo, que adquiere luego caracteres mucho más complejos conforme el cuerpo social va enriqueciéndose de elementos.

Al contrario, la división del trabajo, que pudo despertar el interés de los primeros investigadores de fenómenos sociales, es la descomposición técnica de cierta clase de producción en una serie de distintas operaciones que se efectúan una tras otra, coordinándose y completándose entre sí.

Los primeros economistas, en sus obras, parecen no haber comprendido la diferencia entre las dos series de fenómenos, y en

efecto algunos, tomando por ejemplo la naturaleza que ofrece miles de aspectos sugerentes, han hablado de las abejas y otros del castor. Pero a pesar de que los dos animales están socialmente organizados, difieren de manera substancial en la realización de su cometido: las abejas, en efecto, fundan la división del trabajo en las diferencias orgánicas de los distintos elementos de la colonia, mientras que el castor se vale de la aplicación de este principio con la ayuda de conceptos más adecuados al aprovechamiento racional del trabajo coordinado.

En efecto, hay tres clases de abejas: la machiega o reina, que tiene la misión orgánica de procrear; el zángano, que limita su trabajo a la fecundación de la reina; las obreras, (neutras) que producen la cera y la miel y se dedican a criar las abejas jóvenes. Está claro que cada una de las tres clases de insectos no podría hacer otra cosa que la que hace, por lo mismo que su constitución orgánica está llamada a efectuar solamente la función que le es propia por sus características.

La vida social del castor no depende de fenómenos similares. Todos los castores son orgánicamente iguales (claro está con la debida diferencia entre macho y hembra); y sin embargo la racional división del trabajo les permite realizar obras edilicias e hidráulicas que por su perfección pueden hacer competencia a las del hombre.

Ambos procesos productivos se desarrollan en la sociedad humana; en efecto, los hombres, en la forma social más elevada, aprovechan la división del trabajo según la capacidad constitucional individual y de acuerdo con los principios de la organización del trabajo colectivo.

Referente a la división del trabajo, que llamaremos tipo colmena, en la sociedad humana tenemos la simple separación de las profesiones, que permite gozar las ventajas de la predisposición y de la especialización. A pesar de que algunas teorías filosóficas admiten que las diferencias entre los hombres dependen de la preparación, educación y ambiente, creo poder admitir sin temor a oposiciones, que cada hombre está particularmente habilitado para realizar algunos trabajos peculiares. Tenemos una prueba de esto en

el hecho de que a menudo se encuentran ejemplos de personas educadas, instruídas, criadas en un determinado ambiente, que apenas surge para ellos la posibilidad de hacerlo, se dedican a actividades que nada tienen que ver con aquellas para que los habían preparado la educación, la instrucción y el ambiente.

Los genios superan fácilmente las barreras creadas por estos elementos para hallar su camino: Giotto di Bondone no debía por cierto su capacidad de pintor a la educación y a la instrucción: era ya gran artista cuando fué conocido por Cimabue, aunque se conformaba con efectuar sus dibujos en el suelo y sobre las piedras, ya que no sobre el lienzo; Sócrates no aprendió los primeros elementos de filosofía de su padre escultor o su madre partera, ni tampoco de sus compañeros de armas en el curso de su carrera militar.

En los tiempos modernos búscase encaminar a los jóvenes hacia las ocupaciones por las que manifiestan tener mayor disposición y se hace todo lo posible para evitar que las condiciones económicas diferentes influyan en la elección de la carrera.

No se puede descuidar el valor de la herencia, que si no actúa en el campo estrictamente limitado de los grandes genios, tiene sin embargo influencia notable en el renglón más modesto de las profesiones. Por lo que se refiere a los primeros, citemos los versos del máximo poeta italiano, Dante Alighieri, el que reza:

Rade volte risurge per li rami
L'umana probitate; e questo vuole
Quei che la dá, perché da lui si chiami.

La palabra del poeta, para adaptarla mejor a nuestro tema, puede traducirse en este concepto:

Las calidades de los hombres no se transmiten del padre al hijo, por consecuencia no se registran formas de monopolio limitadas a algunas familias. Y esto con el fin, dice el poeta, de reconocer que sólo en Dios tienen origen las calidades del hombre y a El solo éstas deben pedirse.

En la historia de la humanidad ocurre muy raras veces que el hijo llegue a tener los mismos caracteres excepcionales del padre

y lo mismo también puede decirse respecto de la capacidad organizadora o creadora en el sector económico. Pero como decíamos antes, es distinto tratándose de la actividad de profesionales y artesanos, porque por medio de la herencia, pueden transmitirse clientes y secretos de fabricación y el mismo ambiente favorece esta forma tradicional, ya que hasta también tiene importancia el hecho de oír hablar siempre de un mismo asunto, precisamente en el período en que la mentalidad del adolescente se halla en formación. La herencia profesional se desarrolla de manera peculiar en algunas familias: por ejemplo, la actividad bancaria de los Rothschild y la tal vez menos conocida, pero más importante —como duración— de la familia Hoare, ingleses que desde 1673 dirigen los negocios del Hoare's Bank de Londres.

En la edad de oro de los artesanos, la herencia del oficio estaba muy difundida y Edwin Cannan, escribiendo sobre este asunto, observa sutilmente que hoy nos parece extraño que el señor John Carpenter sea carpintero de verdad, como lo indica su nombre, sin pensar que en otros tiempos los señores Smith eran precisamente herreros, y los señores Slater tapaban los techos con material de pizarra, conforme el significado de esos apellidos.

Otro elemento que depone en favor de la herencia de las profesiones, radica en la mayor facilidad de continuar una actividad todavía viviente respecto a implantar otra totalmente nueva, y por eso, desde el punto de vista colectivo, no es bueno desalentar la tendencia hereditaria, ya que reduce algunas pérdidas inevitables, es decir, al final de cuentas, disminuye el costo.

Por otra parte evidencia dar origen a algunos peligros, por no favorecer el aporte de energías nuevas y no consuetudinarias, en un renglón económico determinado. Es decir, no es aconsejable apoyar las formas de preferencia para la sucesión que se manifiesta en algunos países para los escribanos, los corredores de cambios, etc., etc.

La segunda forma de división del trabajo, es decir, la tipo "castor", en los últimos siglos se ha desarrollado enormemente, sobre todo por la difusión de la máquina. El castor, y en muchos casos el hombre, se valen de la combinación de las fuerzas, que es

la colaboración de muchos en la realización de un mismo trabajo, sin que este sea repartido y descompuesto en partes elementales. En el intento de abatir un árbol, y no poseyendo los útiles que hoy día tienen normalmente a su disposición los hombres, los castores se conducen en la misma forma que éstos, es decir, trabajando todos juntos, o con los dientes o con las hachas, buscan reducir la resistencia del árbol en su base, para luego poder derribarlo.

Queremos citar aun los albañiles que hacen la cadena para el transporte de ladrillos, con una velocidad muy superior a la que podría obtenerse llevando esos ladrillos sobre los hombros; otro ejemplo lo constituyen los habitantes de un pueblo, que en ocasión de un incendio, se colocan en cadena para llevar los baldes de agua a la mayor brevedad, a fin de apagar el fuego. Los resultados unitarios obtenidos en todas estas formas de colaboración son muy superiores a los que podrían conseguirse realizando el mismo trabajo en forma individual: tan es así que Genovesi dijo: "El hombre tiene tal potencia que, unida a otro, no hace una igual a la suma, sino al cuadrado de la suma". Este elogio del hombre es tal vez exagerado en su limitación, porque, como hemos visto ya, lo mismo podría decirse respecto al castor.

Y ahora hemos llegado finalmente a ese aspecto de la división del trabajo que se refiere a la descomposición del mismo trabajo en varias operaciones particulares, que por su sucesión y coordinación dan un resultado único. La fabricación de alfileres constituye el ejemplo clásico de este método: ya en la primera Enciclopedia (hablo de la Enciclopedia francesa iniciada en 1751) bajo el vocablo "Alfiler" se describe ampliamente cómo se efectúa la fabricación de esos pequeños objetos, por medio de diez y ocho operaciones sucesivas que permiten alcanzar una producción realmente fantástica si se considera lo que podríase conseguir con el trabajo de un solo obrero. Este ejemplo significa que ya desde un siglo antes del advenimiento de la gran industria, es decir, de los grandes organismos productivos, que aprovechando la energía proporcionada por la máquina a vapor, primero, y luego la energía eléctrica, esta forma de la división del trabajo ha alcanzado un desarrollo ver-

daderamente formidable, sea desde el punto de vista científico o práctico.

Las razones de este fenómeno deben buscarse en que la racionalización permite un aumento de producción notabilísimo con costos cada vez más reducidos.

La organización científica del trabajo, sin embargo, se ha apartado de la economía para acercarse e incorporarse a la técnica, por el hecho de que por medio del Taylorismo y Fayolismo, se ha creado un serio y científico estudio de la organización del trabajo.

Taylor, atesorando su propia experiencia en una gran fábrica americana de acero, notó que podían fijarse algunos principios que habrían levantado la organización del trabajo del empirismo en que se realizaba hasta hace medio siglo. Sus cuatro principios son: 1º) El desarrollo de un estudio racional de cada elemento del trabajo, sustituyendo el método primitivo; 2º) Selección científica de los trabajadores e instrucción sistemática de los mismos; 3º) Cooperación de los obreros con la dirección para que el trabajo se realice conforme a los principios científicos; 4º) Repartición de la responsabilidad del trabajo entre la dirección y los obreros.

Otro progreso se tuvo con el aporte de otro ingeniero, Enrique Fayol, francés, el que, también sacando provecho de su propia experiencia, dictó interesantes principios de organización de las empresas en sentido general. En su libro "Administration Générale et Industrielle", él desarrolla su sistema de la división de los servicios, en oposición a la repartición de las funciones de Taylor.

La organización de Fayol se funda sobre la unidad de mando y la unidad de dirección. Las operaciones llevadas a cabo en las empresas, están divididas por él en cinco grupos: 1º) Operaciones técnicas; 2º) Operaciones comerciales; 3º) Operaciones financieras; 4º) Operaciones de seguros; 5º) Operaciones de contabilidad.

Otro aspecto de la división del trabajo es el geográfico. La división territorial del trabajo se debe a circunstancias naturales o a razones históricas, pero sufre modificaciones con el tiempo, a pesar de que esto acontece lentamente.

Esta división del trabajo en el campo internacional llegó a ser

de gran importancia desde que los hombres con el progreso de los medios de transporte han ampliado el campo de sus actividades: esto constituye la primera y más sobresaliente superioridad del hombre respecto del castor, para continuar con nuestra comparación. En efecto, los castores canadienses nada saben de sus colegas europeos, y su actividad sigue siendo idéntica tal vez desde la aparición de los primeros castores sobre la tierra. Los hombres no han hecho sino progresar desde los tiempos en que vivían a la par de animales menos inteligentes que el castor, hasta superar a éste también en las construcciones hidráulicas.

Dejamos la evolución de los fenómenos económicos en este renglón —de los que hablaremos en la última lección de este breve curso—; veamos ahora cómo se lleva a cabo la división territorial del trabajo.

Está claro que la pesca sólo se puede realizar en lagos, ríos y en el mar; que la crianza del ganado no es aconsejable en las regiones polares, ya que los animales no podrían abastecerse de alimentos. Y el ejemplo se puede así multiplicar. Hay, entonces, actividades que no pueden realizarse sino bajo ciertas condiciones naturales o climáticas. Sin embargo, todo lo dicho no basta para darnos cuenta de la vastedad del fenómeno: recordemos que para efectuar una producción cualquiera, debemos tener a mano los elementos necesarios. Estos pueden ser proporcionados por la naturaleza, (materias primas y energías), la mano de obra (trabajo) y el capital. Por consecuencia, la actividad económica será más fecunda en aquellos lugares donde pueden hallarse los tres elementos juntos, y será nula donde falten todos. Si tomamos un atlas económico, es decir, un mapa sobre el que estén señalados toda una serie de elementos tocantes a la vida económica del mundo, veremos que la actividad está localizada alrededor de los grandes ríos, las minas o los campos más feraces del mundo, con toda clase de excepciones que están justificadas por hechos o condiciones hoy día superados. Es decir, entonces, que los medios necesarios a la producción atraen la actividad económica de los hombres.

Sin embargo, es claro que todos los factores antes recordados son variables en forma más o menos sensible. El más fácil de transferir es el capital, que, cuando no está ligado de manera excepcio-

nal, como acontece actualmente en muchos países, se desplaza con invencible velocidad hacia las inversiones más atrayentes, salvando fronteras y océanos. También la mano de obra puede transferirse, aunque con menor facilidad que el capital. Hoy día también este factor de la producción es menos movable que en otros tiempos, por causa de las limitaciones de emigración e inmigración. El elemento naturaleza es movable por lo que se refiere a las materias primas, y fijo para ciertas fuentes de energías y para las fuentes de las mismas materias primas. Está claro que si es cierto que no se puede mudar de lugar a las minas, se pueden, sin embargo, transportar los minerales extraídos. No son transportables los saltos de agua, pero cuando la energía por ellos producida sea transformada en fuerza eléctrica, a ésta se le puede imponer un recorrido de centenares de kilómetros, con muy insignificantes pérdidas.

Hoy día entonces (haciendo caso omiso del período extravagante que todo el mundo atraviesa por el sinnúmero de vetos y de limitaciones que impiden la circulación de capitales, de mercaderías y de hombres sobre una buena parte de la corteza terrestre) deberíamos encontrarnos en las mejores condiciones para aplicar racionalmente la división del trabajo. Sin embargo, esto es menos fácil de lo que puede creerse, además de las razones antedichas, por el hecho de que hemos llegado a la situación actual paso a paso y hay poderosísimas razones tradicionales que justifican muchas cosas ilógicas desde el punto de vista racional y económico. Por ejemplo: quien llegue hasta Amsterdam puede preguntarse el por qué existe precisamente en esa ciudad una especie de monopolio de la elaboración de los brillantes antes que en el Brasil o en el Africa meridional, donde los diamantes se hallan en mayor cantidad. Pero es en Amsterdam donde se encuentra el mayor mercado de esas piedras preciosas y tiene una mano de obra tan especializada que hoy resultaría insensato querer llevar la elaboración de las piedras a otro lugar. Hace todavía pocos meses, fué confiada a los expertos holandeses la elaboración de una piedra de inmenso valor, labor que no podrá llevarse a cabo sino en muchos meses de trabajo por los especialistas.

Estos ejemplos pueden multiplicarse sobre todo en el viejo mundo (Europa y Asia) donde muchas industrias se encuentran

lejos de los lugares de producción de las materias primas, pero cerca de la mano de obra especializada y de los mercados tradicionales.

También en este renglón el progreso tiene mucha influencia y la posibilidad de alejarse de los ríos que en otro tiempo daban la fuerza motriz y la difusión de las máquinas que requieren el empleo de una mano de obra mucho menos especializada de lo que podía hacer falta para trabajos de artesanos, han provocado cambios en los lugares de producción de los que hablaremos más tarde.

En cada una de las formas ya consideradas de división del trabajo se evidencia que —en sentido extenso— para que pueda verificarse el fenómeno hace falta que la actividad se realice en un sector social relativamente amplio. Porque —por la definición que de la economía hemos dado en la lección anterior— los hechos económicos tienen siempre como premisa una vida social, puede decirse que la división del trabajo, en cualquiera de sus formas aun en las rudimentarias, coexiste siempre con la vida económica.

El móvil de la división del trabajo lo constituye siempre el principio del mínimo esfuerzo que impele al hombre hacia métodos cada vez menos pesados de trabajo para conseguir el máximo con el mínimo esfuerzo. Y la división del trabajo en cualquiera de sus formas, permite alcanzar éxitos económicos mayores respecto de los resultados obtenidos a través de la actividad individual.

Sin embargo, la división del trabajo no puede desarrollarse por igual en todas las ramas de la actividad económica, porque la misma particularidad del trabajo puede resultar un obstáculo a su aplicación. Es notorio que en agricultura, aun después del empleo de las máquinas, no puede especializarse el trabajo de los campesinos, porque esas operaciones de campo se realizan repartidas en el tiempo, y así a los trabajos de preparación del terreno siguen los de la siembra, los cuidados del producto en gestación hasta terminar con recoger el fruto de los trabajos realizados con anterioridad, por medio de la cosecha. Se realiza, entonces, en agricultura la división del trabajo conforme las condiciones del terreno y del clima, ya que en algunas zonas no se cultiva otra cosa que trigo, en otras café, algodón, etc.

En la ganadería la división del trabajo tiene tendencia a especializarse, conforme a las posibilidades de la región, la elección de los animales para criar; así hay empresas de ganado que se dedican a producir nada más que hacienda de carne, otra de leche, caballos de tiro, de carreras, etc., realizando selecciones y cruza que permiten alcanzar resultados por cierto imposible de prever tiempo atrás.

Pero es en el terreno industrial donde la división del trabajo pudo desarrollarse de manera extraordinaria, sea aplicando la especialización a la producción o racionalizando el trabajo, descomponiendo éste en operaciones elementales. En el primer caso se observa cómo se constituyen grupos que efectúan la fabricación de determinados productos, los que pueden también en unas ocasiones reducirse en partes de un mismo producto. En el segundo se realiza la simplificación del trabajo por medio del empleo racional de las máquinas, trabajo que a menudo se reduce a vigilar simplemente su funcionamiento.

Los límites de la división del trabajo en general, los constituyen las características tecnológicas de los mismos productos, la amplitud del mercado, y la posibilidad económica o técnica de alcanzar para las empresas productivas dimensiones determinadas y el costo de los fletes.

Es claro que si una sola organización basta en cada ciudad para abastecer de gas a todos los habitantes, no es posible ensanchar el campo de acción de esta producción por el hecho de que pasando ciertos límites, el abastecimiento del gas resulta demasiado caro, dado el costo de las cañerías que serían necesarias para alcanzar zonas en las cuales lógicamente la densidad de los consumidores disminuye.

Digno de consideración es el grave problema del pan, advertido en cada centro importante. En Buenos Aires, con sus dos millones y cuarto de habitantes, durante la época del último censo industrial de 1935, había (conforme los datos de la página 399 de dicho censo) 840 panaderías, es decir, una por cada 2650 habitantes. En otras ciudades de Europa, estos negocios son todavía más, tanto que se pone sobre el tapete la cuestión que si es o no económico desmenuzar de tal manera la producción de uno de los

principales alimentos humanos. Sin embargo, no parece posible concentrar la fabricación del pan, empleando máquinas modernas y pudiendo reducir notablemente el costo por toda clase de razones que no vale el caso mencionar.

En otras ramas, por el contrario, se hallan formas de concentración por cierto excepcionales: me fué referido que la industria de los helados en los Estados Unidos ha alcanzado enorme importancia y un grado de concentración impensado, porque el invento del hielo seco y lo moderado de los gastos de flete permiten la producción en apenas unas cuantas localidades de la gran república del Norte, en una forma que no tiene comparación en ningún otro país del mundo.

La industria de algunos materiales de construcción no puede sino ser local, porque el costo de transporte de materiales pesados es muy elevado en proporción a lo bajo del precio de los mismos. En efecto, es interesante anotar lo diferente de las características de construcción de cada región, como consecuencia del material sacado en el mismo lugar. Así, en unos países predominan las construcciones en piedra, en otras las de madera, de ladrillos o de cemento.

La amplitud del mercado, es decir, la densidad de la población es otro elemento de primaria importancia. A nadie se le ocurre, en un pueblo montañoso, iniciar la fabricación racional de alfileres, alcanzando la producción diaria de cuarenta y ocho mil alfileres —lo que tanto había impresionado a Adam Smith— porque luego de un día de trabajo habría suficientes alfileres para unos años. En una gran ciudad una fábrica de esta clase tendría seguramente bastante trabajo para todo el año, tan es así, que los organismos productores de dicho artículo han asumido proporciones por cierto superiores a la del ejemplo antes citado, que solamente requería diez obreros.

Observando de manera superficial algunos fenómenos en el renglón del comercio, podría deducirse que en las grandes poblaciones la división del trabajo no se realiza en las tiendas más importantes, donde, como se dice, uno puede entrar en traje de Adán y una libreta de cheques, para salir completamente equipado para la vida de sociedad, luego de haber también encargado la instala-

ción de una casa lujosa. Pero una observación más profunda nos permite manifestar que esas tiendas venden solamente al por menor, (y esto desde luego constituye por lo tanto una especialización) y venden los artículos fabricados por una cantidad de productores. En esos almacenes se realiza una racional división del trabajo entre los departamentos particulares, lo que adjudica a cada director una función especializada como no acontece en los negocios más chicos. El trabajo de dirección se limita a coordinar entre sí todas las reparticiones, hallando la forma económica de limitar los gastos de propaganda y de organización.

La división del trabajo por medio de los cambios que provoca, resulta ser un vínculo entre hombres y entre pueblos, que debería llevar a un grado muy alto el sentido de unión y solidaridad hoy día en evidente regresión, pero cuyo restablecimiento debe desear todo el mundo, a fin de que cada pueblo encuentre otra vez en armonía con los otros el mejor camino, conforme a sus capacidades y posibilidades, para continuar el movimiento ascensional de la humanidad hacia el progreso y la civilización.

El régimen legal y administrativo vigente en materia de servicios portuarios. Sus necesarias modificaciones

Por RICARDO M. ORTIZ

Conferencia leída en el Centro Argentino de
Ingenieros el 27 de julio de 1939.

Es seguro que no abarcaría en toda su amplitud, quien para juzgar la importancia económica de nuestros puertos, se atuviese a los 55 millones de pesos en que normalmente se mide la recaudación por servicios portuarios, cifra que, como es sabido, alcanza apenas al 5 % del monto total del presupuesto de la Nación. Los puertos argentinos, extendidos sobre rutas fluviales y marítimas que en conjunto miden unos 4.000 kilómetros, representan una inversión por el Estado de 700 millones —mitad casi del patrimonio del Ministerio de Obras Públicas de la Nación—, sumando a lo cual, los 100 millones que importan aproximadamente el plan de construcción de elevadores terminales, en ejecución, y los puertos debidos al capital privado o las implantaciones en puertos nacionales de empresas que efectúan servicios portuarios, se llega a 1.000 millones de pesos, con lo cual esta rama de la industria del transporte, implica por sí sola un capital levemente inferior al invertido en la industria eléctrica y apreciablemente superior al que representa el conjunto de nuestras fundamentales industrias alimenticias: carnes, azúcar, vinos, harinas, pan, cerveza, manteca, aceite y yerba mate.

El trabajo normal anual de los puertos argentinos, alcanza a 40 millones de toneladas, de las cuales, 30 corresponden al comercio internacional, de cuyo total 12 corresponden a la importación y 18 a la exportación. Dentro de nuestro sistema marítimo y fluvial, el comercio exterior queda limitado al Norte por los puertos Concepción, sobre el Uruguay, Paraná-Santa Fe, sobre el Paraná, y Bahía Blanca sobre el Océano Atlántico; el resto es zona propia del cabotaje nacional que mueve en conjunto 10 millones de toneladas, las cuales, eliminando los 4 millones que transporta la flota de Y. P. F., aseguran a las compañías navieras que practican la navegación de nuestros ríos y costas del mar, un volumen de carga capaz de permitir a sus 330 embarcaciones, sumando un registro bruto total de 335 mil toneladas, una apreciable utilización de sus bodegas y a los 200 millones invertidos en ellas, un rendimiento que no podría ofrecer, posiblemente, industria alguna en el país.

Volviendo a la zona dentro de la cual se practica el comercio internacional, se tiene que los 12 millones de toneladas que miden el peso de la importación total del país, 9 o sea el 75 % corresponden al puerto de Buenos Aires, el 6 % al de Rosario, el 4 al de La Plata, distribuyéndose el resto entre seis u ocho puertos de categoría inferior a ellos, en funcionamiento dentro de la zona mencionada; por lo que afecta a la exportación, el puerto de Buenos Aires despacha el 27 % del volumen total, el de Rosario el 35 %, La Plata el 3, Bahía Blanca el 10, Santa Fe el 5, Quequén, el 3 %, etc. Queda pues establecido que mientras los puertos nacionales mueven el 72 % del total del comercio exterior, los que responden al capital privado mueven el 28 % del mismo, disgregando cuyas cifras, resulta que estos últimos sustraen a aquellos el 9 % de la importación y el 41 % de la exportación.

Si, pues, para concretar, clasificásemos la zona del comercio exterior de acuerdo a las tres grandes rutas que la caracterizan, la de los ríos Paraná y Uruguay, la del Plata y la del Atlántico, comprobáramos que el movimiento de la primera se aproxima al 40 % del total del país, el de la segunda excede del 50 y el de la tercera alcanza por excepción al 10 %. En qué forma nuestro régimen legal y administrativo orienta y ordena estas actividades, que

en volumen y posiblemente también en valor alcanzan o sobrepasan las 4/5 partes del movimiento anual de cargas de los ferrocarriles del país, registrado durante el último decenio, es cuestión que nos proponemos dilucidar.

Nuestro estatuto legal, vigente para regir los servicios portuarios, está constituido por las leyes 3727, 3445 y 2873, cuya numeración, a pesar de reformas parciales, indica desde ya no sólo la posibilidad, sino la conveniencia de modernizar; si en efecto, el progreso social implica modificar sucesivamente el aspecto técnico, el económico y el jurídico, en materia de servicios portuarios podemos asegurar que tanto las implantaciones portuarias como su utilaje, han sufrido modificaciones compatibles con la evolución económica de la zona que provee o absorbe la mercancía que ha solicitado sus actividades, mientras el régimen jurídico sigue ateniéndose a las concepciones que orientaron la sanción de aquellas leyes.

La primera data de Octubre de 1898 y se refiere a la organización de los ministerios nacionales; se aplica, en consecuencia, a distribuir entre éstos las diversas actividades del Estado, encomendando al de Obras Públicas, creado por su sanción, en cuanto se refiere a las gestiones que nos ocupan, la ejecución de obras tendientes a facilitar la navegación marítima y fluvial. Digamos desde ya, que en 1898 no se había terminado aún la construcción del Puerto de Buenos Aires, ni el de La Plata, ni el de Rosario, ni el de Bahía Blanca, para no mencionar más que los cuatro grandes: que nuestra marina mercante contaba a flote con unas 70 mil toneladas brutas y que por el decreto que la reglamenta, se creó recién la Dirección General de Obras Hidráulicas. En estas condiciones es pues explicable, que cuando el artículo 10 de dicha ley encomienda al Ministerio de Hacienda todo lo relativo a la administración de los bienes del Estado, a esta vaga atribución se la amplíe hasta concederle la administración de los puertos, desde que por una parte, faltaba el organismo técnico capaz de hacerse cargo de ella y por otra, en estos, por virtud de los impuestos aduaneros, se formaba preferentemente el tesoro de la Nación.

En estas condiciones precarias de nuestra organización administrativa, la explotación de los puertos, que fueron engrosando el patrimonio del Estado desde principios del siglo y que como se ha dicho, no existían en la época de la sanción de la ley, quedó en poder del Ministerio de Hacienda, a cuya gestión debe atribuirse la sanción de las leyes referentes a prestación de servicios portuarios y en cuya redacción, tanto como en el monto de las tasas fijadas para retribuir aquellos, se nota una ineludible improvisación que conduce, por ejemplo, a fijar como unidad de medida del eslingaje, servicio de índole eminentemente mecánica, una fracción del almacenaje.

A falta, pues, del organismo capacitado para dirigir la explotación de nuestros puertos, se produjo lamentablemente la confusión entre el impuesto aduanero y la tasa como retribución de servicios, que aún en la actualidad, y a pesar de un precedente de tal elocuencia como es la ley 8389, traba o perturba no pocas cuestiones atinentes al uso de los puertos, como por ejemplo, la universalidad que las leyes referentes a servicios portuarios, atribuyen a las tasas que gravan a los mismos, lo cual constituye un verdadero contrasentido tanto desde el punto de vista técnico, como del económico; no es posible, en efecto, que esté igualmente gravada la tonelada de registro que arrima a un muelle perteneciente a un puerto cuya inversión por metro de atraque sea de 20.000 pesos o de 1.000 pesos, ni que el remolque de una tonelada se cobre igualmente cuando el movimiento total del puerto sea de 3 millones o de 200 mil toneladas anuales. Hay en nuestro sistema legal, que deriva de la ley 3727, una inexperiencia sustituida, sin duda, con buena voluntad, que ya puede sustituirse con el conocimiento que provee una experiencia sistematizada en cifras; es claro que si hacia 1900 comenzaron a funcionar nuestros hoy grandes puertos y nadie tenía el conocimiento necesario para regir su uso, lo natural y lo directo hubiera sido que el aprendizaje lo efectuasen con mayor rapidez y eficacia quienes los habían construido; pero ocurre que tampoco hacia esa época el Estado disponía de un organismo capacitado en otra función que la de inspección del trabajo, realizado por empresas extranjeras; es recién posteriormente a 1910, cuando la Dirección General de Obras Hidráulicas comienza a ca-

pacitarse en la construcción y hacia 1918 cuando un decreto del Poder Ejecutivo al transformarla en Dirección General de Navegación y Puertos le confiere la función económica que se deduce de su designación y que se decide a atribuirle la propia experiencia.

En realidad, la economía portuaria mundial ha experimentado en lo que va del siglo y particularmente con posterioridad a la guerra mundial, una modificación fundamental: los extraordinarios volúmenes a flote, que representan con frecuencia capitales superiores a los del puerto mismo que los aloja, exigen una rapidez, una ordenación, una economía en los servicios portuarios, capaces de requerirle el mínimo de tiempo en condición de fondeado: por otra parte, el progreso del utilaje y la conexión entre los servicios terrestres, pero dentro del propio puerto, facilitan la aplicación de tarifas de más en más módicas; reducción que por otra parte exigen sin cesar las embarcaciones, para mantener sus fletes en condiciones de fácil colocación. El puerto o las tarifas que él aplique juegan, además, dentro de la economía nacional, un papel preponderante, por la incidencia que el costo del manipuleo de la carga y el de la estadía de los barcos tiene sobre el costo total de la producción en el mercado mundial; en épocas como la que viene prolongándose desde 1929, en que la escala de valores acusa en pequeñas variaciones de tiempo, grandes alternativas, la influencia del factor que engloba a los servicios portuarios suele ser, en países como el nuestro, cuya producción se caracteriza por su bajo costo y su gran volumen, determinante, a los efectos de su colocación.

Otro aspecto ofrece la explotación portuaria, agravado en nuestro país por la circunstancia de que tanto los medios de acceso desde tierra, me refiero a los ferrocarriles, como por agua, aludo a la marina que usa bandera extranjera o nacional, pertenecen al capital extranjero, es la utilización del puerto para el movimiento de la mercancía que produce o consume su hinterland. Hemos visto cómo el puerto de Buenos Aires, sirviendo a una población no superior a 4 millones de habitantes, absorbe el 75 % del comercio de importación y cómo no disponiendo prácticamente de zona productora de cereales ni de ganado bovino u ovino, despacha el 27 % de la exportación total del país. Este acontecimiento que se repite

si se analizan minuciosamente las capacidades de producción y de consumo del hinterland de nuestros principales puertos, conduce a admitir cifras fantásticas que miden la cantidad que nuestros productores de mercancía de exportación y nuestros consumidores abonan anualmente en exceso por el recorrido que un correcto envío a puerto habría podido evitarles. La explotación de nuestros puertos no puede pues, desentenderse de esta modalidad del transporte, que mediante recorridos incorrectos reduce, por una parte, el área de producción y la capacidad de consumo del país y por otra crea un gravamen apreciable a la mercancía que queda bajo su control. La ejecución del plan de 300 millones en obras camineras en las cuales, según expresa la ley respectiva, ha de darse preferencia a caminos de acceso a los puertos, crea a éstos mayores responsabilidades, emergentes no ya de la correcta utilización del capital que representan, sino de la ordenación de las corrientes de tráfico que merced a aquellas obras es previsible y lógico esperar. El régimen de los fletes y en consecuencia la mayor penetración del área del comercio exterior dependen tanto de la vialidad de los accesos como de la posibilidad de la carga de retorno y en consecuencia el puerto se encuentra en condiciones de defender su propio movimiento para defender la modicidad de los fletes terrestres. Es probable y quizá necesario, que este aspecto de la función económica de nuestros puertos sólo pueda resolverse si el Estado, homologando en esta cuestión su gestión directora de las diversas ramas de la economía, atribuye, luego de un riguroso estudio de las zonas de explotación correspondientes a cada puerto, la cuota de importación que de éste resulte.

Se ve pues, que la explotación o uso de nuestros puertos requiere una especialización definida, en la cual la técnica y la economía se entrelazan estrechamente; no es ya suficiente el hecho que en sus diversos recintos se recaude en concepto de gravámenes aduaneros el 40 % del presupuesto de gastos de la Nación para atribuir esa actividad al Ministerio de Hacienda, confundiendo lamentablemente el concepto tan distinto que informa la tasa aduanera y la correspondiente a retribución de servicios. La percepción de las sumas correspondientes a aquella es función del Ministerio de Hacienda, la ejecución de la tarea mediante la cual ocurre la percepción de los segundos es función, dentro de nuestra organización ad

ministrativa, del Ministerio de Obras Públicas, representado al efecto por la Dirección General de Navegación y Puertos. Esta repartición, que ha pasado en su desarrollo sucesivamente de Inspección General de Obras Hidráulicas sin función ejecutiva, a Dirección General de Obras Hidráulicas con función exclusivamente ejecutiva y luego a su designación actual, realiza en la actualidad un alto en materia de nuevas implantaciones portuarias, mientras perfecciona y amplía las ya construídas o libradas prematuramente al servicio público. Esta reducción de su actividad creadora, impuesta en parte por las dificultades financieras que ha experimentado la Nación en el último decenio y en parte también por la conveniencia de facilitar a la economía nacional un desarrollo correlativo, ha asignado la consideración más atenta y más posible de actuar interviniendo en el manejo de más de cincuenta puertos en explotación, a las cuestiones emergentes del uso de ellos: cuando la Dirección General de Navegación y Puertos ha debido pavimentar calzadas dentro de las zonas portuarias o construir galpones, o adquirir grúas o proyectar frentes de atraque o profundizar canales de acceso, se ha visto enfrentada con el hecho económico que rige y exige aquellas realizaciones técnicas: ha comenzado por ordenar su experiencia, depurarla y utilizarla luego en las obras de ampliación o de mejora; consecuencia de ello es la labor de investigación económica que sus dependencias practican obstinadamente y de la cual ocasionalmente se tiene noticia en su exterior y la publicación, esmerada y abundante, de la determinación de los coeficientes de trabajo obtenidos en nuestros puertos, que denomina su Anuario. Está pues en la posición adecuada y conveniente al manejo del hecho mecánico que realizan nuestros puertos: me refiero por el momento al movimiento de cargas y sin duda a la formulación del sistema de tarifas que debe regirlo.

He citado incidentalmente la ley 8389: su sanción data de fines de 1911; tanto el texto aprobado como la discusión parlamentaria son sumamente elocuentes en cuanto aluden a esta necesaria diferenciación de funciones entre los Ministerios de Hacienda y de Obras Públicas que según creo haberlo demostrado involucra una cuestión de fondo de mayor amplitud que la simple distribución de actividades administrativas. La ley 8389, que sancionó la

modificación del organismo administrativo del Puerto de Buenos Aires, establece concretamente entre las actividades de la Dirección General del Puerto el estudio de tarifas para regir todos los servicios que preste, con excepción de los derechos de importación y exportación que corresponden cobrarlos a la Aduana y el estudio del reglamento general del mismo sobre la base de la más amplia coordinación de todos los servicios, mientras destina al Ministerio de Hacienda todas aquellas actividades que tengan atinencia con la vigilancia y percepción de los impuestos aduaneros.

Esta ley, cuya vigencia terminó en el año 1918 en circunstancias justamente en que se organiza la Dirección General de Obras Hidráulicas, transformándola en Dirección General de Navegación y Puertos, e invocando precisamente esta circunstancia, es un precedente valioso, pero al que es necesario superar en forma amplia. Desde luego, la ley 8389 legisla exclusivamente para el Puerto de Buenos Aires, hecho que por otra parte es común a todo nuestro sistema legal y administrativo: nuestro parlamento ha desconocido la existencia de otro puerto en funcionamiento que el de Buenos Aires y cuando ha sido necesario resolver alguna cuestión referente a la explotación ha sido preciso aplicar por extensión la ley sancionada para regir determinada actividad en el Puerto de Buenos Aires. Las condiciones de funcionamiento de este puerto son sin duda bien diferentes de las que caracterizan al resto de los puertos del país; el costo de los diversos servicios no guarda en general ninguna analogía y ni siquiera la guarda el tipo de mercancía movida, el barco que por lo común la transporta y el vehículo que la arrima o la saca del puerto y, desde luego, las razones económicas determinantes de esas diferencias; por lo demás el resto de los puertos del país adquiere gradualmente una personería que no sería ya posible desconocer. Finalmente, no se considera concordante con el interés nacional ninguna solución que tienda a sustraer de manos del Estado el uso integral de sus puertos.

Ocurre pues, en materia de legislación portuaria, comenzar como siempre por el principio, sancionando el Estatuto de esa actividad, para lo cual será preciso disponer de la mayor suma de experiencia reducida a cifras y de advertir las diferencias específicas que ocurren entre nuestros puertos. Por fortuna, en cuanto

a lo primero, estamos en condiciones de prescindir de los legendarios coeficientes de trabajo que incluye en su obra el viejo Coordemo y que se refieren a un utilaje ampliamente superado, y en cuanto a lo segundo bastará ligar las actividades portuarias a las características económicas de su propio hinterland.

Mientras como consecuencia lógica de la ley 3727 y de la inexistencia de otra que la actualice, el Ministerio de Hacienda tuvo ingerencia excluyente en cuanto tiene relación con el almacenamiento de mercancías en los puertos, movimiento que implica no sólo el manejo de los depósitos y plazoletas sino el de eslingaje y guinches, como consecuencia de lo dispuesto por la ley 3445 — sobre organización de la policía fluvial y marítima — la Prefectura General Marítima dispone el orden de colocación de las embarcaciones en los puertos, lleva una estadística especial de todo lo concerniente al movimiento marítimo y fluvial, considera a los prácticos como sus agentes naturales y en virtud de su superintendencia sobre la navegación acuerda también autorización para efectuar remolque en los canales de acceso a los puertos.

Podríamos reproducir exactamente las explicaciones que permiten concebir que servicios tan directamente entrelazados con la explotación portuaria escapen a la necesaria centralización que haría a ésta más fecunda y económica y se encuentren diluidas en el organismo administrativo. La ley 3.445 data en efecto de Octubre de 1896, época en que en el país ningún organismo del Estado estaba capacitado para absorber las actividades que hemos señalado y que nada tienen que ver con las demás que ella establece y que se refieren a funciones de policía marítima y fluvial: es lógico pues que en 1898 cuando se dicta la ley 3727 se atribuya al Ministerio de Marina la superintendencia sobre la Prefectura General Marítima.

En la época en que ambas leyes fueron dictadas, la Prefectura General Marítima no tendría sin duda una labor muy absorbente para disponer el orden de colocación de las embarcaciones en los puertos, sencillamente porque éstos no existían o poco

menos, y en cuanto a sus agentes naturales, los prácticos, desempeñaban una función que constituía en cierto modo un acervo personal; la Prefectura General Marítima pues, inclinó sus actividades hacia el sector de mayor densidad atribuyendo preferencia exclusiva a las funciones de policía y considerando las demás, entre las que le encarga la ley 3445, dentro de la reducida importancia que la propia experiencia les atribuía. Por lo demás, el movimiento portuario del país, tenía en esos años, desde el punto de vista técnico, un aspecto tan rudimentario, que las funciones de distribución de los barcos en sus muelles — que eran excesivos para la exigencia de aquellos —, las tarifas de práctico y remolque y las mismas funciones estadísticas, podrían considerarse disgregadas del complejo que supone el acceso de un barco a puerto.

En la actualidad y apoyando sobre las mismas razones en que hemos fundado la diferenciación de funciones con el Ministerio de Hacienda, ocurre plantearlas con el de Marina: desde luego, la distribución de los barcos en muelle es cuestión ligada directamente a las operaciones que aquél ha de efectuar y en consecuencia ligada estrechamente a la utilización de los galpones, vías férreas y calles del puerto, por los cuales ha de salir o entrar la mercancía que aquél transporta, son pues funciones inseparables para alcanzar la armonía de los movimientos y la economía de los costos. El giro de los barcos está además supeditado al utilaje de que dispongan los muelles y al calado del barco, es decir a la profundidad admisible en los atraques, dos circunstancias de un tecnicismo tan definido e inseparable que sólo se explica su actual dispersión admitiendo que tienen un carácter puramente formal.

En cuanto al practicaje, función que no sólo encarece más de lo que se supone el costo del acceso a puerto sino que está ligada a la seguridad misma de la transitabilidad por los canales, supone de acuerdo a su actual organización, una inconveniente y peligrosa subordinación del práctico a la empresa que sufraga sus emolumentos. Desde luego la función del práctico en nuestros ríos y puertos ha salido hace tiempo del período heroico; hacia 1896 el práctico representaba la suma del saber público en materia de navegación por los ríos, puesto que ella se efectuaba según las tradicionales referencias que la memoria del práctico ubicaba en las

márgenes: posteriormente, nuestro balizamiento, que asegura un par de puntos luminoso cada kilómetro, ha privado a aquélla de todo heroísmo ubicándola en un discreto plano burocrático. Pero si en cuanto afecta a la técnica de la navegación, el desempeño del práctico carece de relieve, desde otro punto de vista su actividad no puede quedar librada al interés ocasional de las empresas navieras y la forma racional de evitarlo es colocando al práctico en situación de dependencia de la Dirección del puerto. Desde luego, el práctico es tal en cuanto puede disponer de las cartas de navegación que la dependencia respectiva redacta con la regularidad que sea menester de acuerdo a las condiciones hidráulicas del canal; es hasta conveniente para su propia información que el práctico siendo un funcionario de la Dirección del puerto, concorra a presenciar los sondeos; pero es claro que su técnica no se detiene en el conocimiento del canal, ella abarca además todos los movimientos que ocurre efectuar dentro de las dársenas y aún, y esto es lo más importante, depende de su pericia personal la entrada e salida de puerto cuando las condiciones del tiempo no son totalmente propicias; dentro de nuestro régimen que da al práctico una relativa autonomía, puede ocasionar, si éste cede fácilmente a las incitaciones del capitán o del armador, percances que obstaculicen los canales o influyan desfavorablemente sobre el prestigio del puerto. Es pues, ésta, una función que no puede considerarse en modo alguno desintegrada del conjunto que implica el trabajo portuario.

Tampoco considero conveniente la liberalidad con que el Estado concede autorizaciones para el remolcaje en zonas portuarias: es ésta una actividad que independientemente de su pesada incidencia sobre el costo del acceso a puerto, desempeña dentro del mismo, una función similar a la tracción en las vías portuarias y desde luego el usufructo de los canales balizados que el Estado puede y debe ejecutar por sus propios medios, por lo menos en cuanto atañe a la entrada y salida de embarcaciones mayores desde los muelles: constituyen las tarifas vigentes para este servicio, realizado con exclusivos y limitados propósitos de lucro, una evidente traba, mientras por su naturaleza es equiparable, por ejemplo, al reparto de mercancías, servicio que si bien debe mantenerse por sí mismo, no es su objetivo la producción de beneficios.

Concluimos pues con el análisis de los inconvenientes que en punto a la explotación de nuestros puertos, armónicamente ejecutada, derivan de la ley 3445, invocando en nuestro apoyo y homologando sus deducciones con las que hemos señalado con respecto a la intervención del Ministerio de Hacienda, el dictamen VI que produjo en su oportunidad la Comisión de Racionalización de la Adm. Nacional, en el cual propicia, fundándose en razones de otra índole, la refundición en la Dirección General de Aduanas, de las funciones de la Prefectura General Marítima, previa cesión de algunas de las que hemos señalado antes a la Dirección General de Navegación y Puertos, con lo cual la organización de aquella tendría una fisonomía sensiblemente parecida a la que en Estados Unidos desempeña actividades análogas.

Completa el conjunto de actividades que la previsión del legislador parece haber atribuido a una posible Dirección General de Puertos, el control de funcionamiento de la marina mercante nacional. Digo, parece, porque no pocas leyes, entre otras las 3445 y 2873, contienen cláusulas condicionales que implican una vigencia provisoria hasta tanto sea sancionada la ley que concretamente debe regir al hecho aludido. Es pues una deficiencia de nuestra legislación no haber producido la norma definitiva.

El trabajo de la marina mercante nacional, no obstante su condición de servicio público, carece en absoluto de todo control que pretenda determinar el alcance de su función económica, sus resultados financieros y la utilización de su material a flote. Sólo se sabe vagamente, que disponiendo hacia principios del siglo de 200 unidades con 85 mil toneladas brutas, el año 1936 había logrado reunir 328 barcos sumando 335 mil toneladas y que eliminando el movimiento de petróleo, el volumen de cargas transportadas anualmente por éstos pasa sin duda de seis millones de toneladas, de las cuales algo más de 4 corresponden al volumen enviado o recibido por el Puerto de Buenos Aires —dos millones de toneladas recibidas y 1.100.000 despachadas.

Las disposiciones legales vigentes respecto a la marina mer-

cante nacional son desde luego la ley 2873 cuyo artículo 101 establece que mientras se dicte una ley especial sobre transportes por agua, éstos se regirán por las disposiciones que ella sanciona respecto a los ferrocarriles nacionales; la ley 3445 que supedita a la Prefectura General Marítima todo lo concerniente al funcionamiento de la navegación marítima y fluvial; el decreto de Marzo 31 de 1913 cuya parte dispositiva, deducida del artículo 101 de la ley 2873, establece sucesivamente: 1º) las funciones que en materia de transporte terrestre corresponden a la Dirección General de Ferrocarriles dependerán en lo que se refiere a transportes marítimos, de la Prefectura General Marítima; 2º) en el resto de su articulado traducen al transporte por agua, la mayoría de las disposiciones que rigen el transporte ferroviario; 3º) en cuanto afecta a la razonabilidad y justicia de las tarifas a regir —disposición que contempla el artículo 44 de la ley— sólo establece que deben determinarse de acuerdo a esas normas y ser comunicadas a la Prefectura General Marítima con 20 días de anticipación al 1º de Junio y de Diciembre de cada año. Y por último la ley 10.606, que sin introducir modificación de fondo a ninguno de los antecedentes legales mencionados, establece no pocas aunque a veces justificadas concesiones, como por ejemplo, la casi absoluta gratuidad de los servicios portuarios referentes al barco.

Los antecedentes que acaba de citarse, confirman que a juicio del Poder Ejecutivo la función de policía administrativa que ejerce en el transporte terrestre la Dirección General de Ferrocarriles, encuadra perfectamente para el transporte por agua dentro de las funciones que la ley 3445 confía a la Prefectura General Marítima y este punto de vista es sin duda inobjetable, por lo menos mientras el cabotaje nacional no esté regido por una ley que contemple particularmente su idiosincracia técnica y económica. Pero ocurre que de acuerdo a la ley 2873 el Estado ejerce no solamente funciones de policía administrativa sobre el transporte ferroviario, sino que ejerce también funciones de policía económica y financiera, perfectamente aplicables al caso de la marina mercante por cuanto desempeñando un servicio público usufructúa las rutas abiertas y señaladas por el Estado y aloja en los puertos construidos por el mismo, a las cuales el decreto de Marzo 31 de 1913 no

alude concretamente y que tampoco podrían ser desempeñadas por la dependencia a la cual él lo confía ni dentro de los límites reducidos con que lo hace, ni tampoco dentro de límites más amplios. La función de policía económica y financiera no puede ser desempeñada como un simple apéndice de funciones que no guardan con ella ninguna relación: exige, sin duda, una especialización esmerada y obtenida mediante la ejecución de un complejo de actividades concurrentes.

Desde luego, por los puertos del país circula el total del comercio internacional y buen porcentaje del comercio nacional; tanto éste como aquél enlazan por intermedio de los puertos los diversos sistemas de transporte, lo que equivale a decir que el puerto actúa de regulador entre ambos, pero experimentando a su vez las consecuencias de toda fluctuación que se produzca en sus medios de acceso, tanto terrestres como por agua. La técnica portuaria, no es por lo tanto independiente del sistema de transporte y en consecuencia tampoco lo es su economía. Siendo tan reducida la zona del comercio internacional con respecto a la longitud de nuestras costas y tan irregular la densidad de vías férreas, el régimen de la marina mercante nacional, independizado del contralor del Estado, puede perturbar seriamente la correlación entre el trabajo portuario y la capacidad de producción y consumo de su respectiva zona de influencia.

La marina mercante constituye con preferencia al transporte caminero y al ferroviario el medio de transporte típicamente portuario: estos últimos entregan al puerto una fracción de la carga que mueven, efectúan fuera de él sinnúmero de operaciones que suelen revestir mayor importancia que las que realizan en el puerto, aún sin enumerar al conjunto de líneas que pueden hasta prescindir de su arribo; la marina mercante no se concibe independizada del puerto, su régimen, sus tarifas, su rendimiento financiero y aún mecánico dependen de las facilidades que aquél le brinda, constituyen, en una palabra, un conjunto indivisible y en cuyas relaciones recíprocas la Prefectura General Marítima no puede actuar sino a condición de reservar para sí la vigilancia en el cumplimiento de las disposiciones administrativas y legales que afectan a la navegación o las que emergen del contrato de fletamento o las que se re-

fieran a las obligaciones y derechos del pasaje o tiendan a mantener la disciplina a bordo, pero eludiendo toda intervención —tal cual procede en la actualidad— en materia económica: la atribución que confiere el artículo 101 de la ley 2873, que no ha sido aún cumplida, corresponde necesariamente a la Dirección General de Navegación y Puertos.

Resumiendo pues, acerca de las necesarias modificaciones al régimen legal y administrativo vigente en materia de servicios portuarios a que alude el subtítulo de esta exposición y cuya consecuencia afecta directamente a la economía nacional, corresponde señalar que antes que trasvasar actividades de una repartición a otra, se trata de realizar funciones, en general, no desempeñadas por ninguna. El manejo de nuestros puertos atendiendo en forma primordial a su función económica y la armonización de ese conjunto de actividades que centralizadas, son capaces de los más altos rendimientos y diversificadas, capaces de crear resistencias invencibles, implica aceptar el ritmo actual de nuestra economía, en la cual nada puede quedar ya librado a la improvisación o excluido de la planificación que en parte por acción espontánea y en parte también por la influencia directa del Estado, la caracteriza cada vez en forma más definida.

LA COLABORACION HISPANO-ISRAELITA EN LAS AMERICAS

I

LOS JUDIOS EN LA TRADICION ESPAÑOLA

En la historia general de la Península Ibérica ocupa un capítulo muy importante el problema judío en España y Portugal, al cual, en el siglo pasado, dedicó una renombrada obra integrada por tres tomos, el notable historiógrafo español, Amador de los Ríos. El desenlace de la convivencia del pueblo hebreo con los de la península, el musulmán y el cristiano, es, como muy bien sabe el lector, una de las tragedias más tristes de los anales de la raza humana. Durante los siglos de la colaboración israelita a la obra histórica de los pobladores de la Península, en las épocas pre-hispana, mahometana y cristiana, hubo varios períodos de excelsa gloria. En todos los terrenos de la acción humana era de gran valor el aporte judío, hasta, paradójicamente, en la labor espiritual, cultural y administrativa de la misma Iglesia Católica, por medio de los muchos conversos de destacada categoría social e intelectual que ingresaron en sus filas procedentes de la comunidad hebrea.

En la historia de los españoles lleva el siglo cervantino la designación del Siglo de Oro, para los historiadores del pueblo judío la Edad de Oro es la época durante la cual actuó dicho pueblo su papel histórico en la escena ibérica. Igualmente que en la historia de España, donde coincide el Siglo de Oro literario y cultural con el magno auge político de la nación, los judíos cumplen una alta misión estatal en los regímenes musulmano y cristiano de la Península, también al mismo tiempo que la crónica de sus letras y de su saber es enriquecida por uno de los más fecundos florecimientos registrados en su larga carrera cultural.

El profundo arraigo alcanzado por los judíos en la Península y su evolución histórica se puede apreciar quizás más fácil y claramente, en el sin par fenómeno de la viril supervivencia del hispanismo entre los modernos sefarditas, descendientes de los hijos judaicos que España, vuelta madrastra para ellos, expulsó en 1492. Este milagro de lealtad cultural y de apego espiritual hasta a la forma lingüística.

lo notaron muchos españoles que en sus viajes por el norte de Africa, los países balcánicos y el Levante, regiones pobladas por grandes núcleos sefarditas, trabaron conocimiento con sus hermanos desterrados. El Dr. Angel Pulido, senador vitalicio de las Cortes de España, los estudió con honda simpatía en su obra "Españoles sin patria" (1904), y Blasco Ibáñez quedó maravillado y asombrado ante el tierno amor a la Madre España que sus hijos desheredados conservaban en el pecho, expresándolo en el sonoro castellano arcaico que es su habla familiar hasta el día de hoy en todas las múltiples diásporas a las cuales su hado inclemente los ha conducido. Para el Dr. Pulido el pueblo judeo-español era "la primera base mundial de España."

Hasta en el voraz crisol neoyorkino conservan los sefarditas su ancestral hispanismo, sirviendo su habla, el judeo-español o ladino, de barrera entre ellos y sus correligionarios los ashkenazim de habla idisch, lengua de origen alemán. Claro que el conocimiento del inglés unifica los dos ramos del pueblo hebreo después de la asimilación al lenguaje del nuevo ambiente. Pero entre los inmigrantes de ambos orígenes no puede haber contacto íntimo por la fidelidad a la lengua del antiguo hogar que los desconoce tan ingratamente. La Vara, semanario de lengua judeo-española en letra hebrea o sea una publicación aljamiada, es el órgano de la colonia sefardita de Nueva York que se destaca dentro de la gran comunidad hebrea de la urbe cosmopolita por su marcado carácter hispano.

Una curiosidad de erudición literaria muy frecuentemente lleva a los estudiosos a recoger de los labios de ancianos sefarditas romances antiguos de España, y de este modo se ha recuperado del olvido toda una literatura oral, preservada durante los siglos por la misma tradición que nos ha legado los tesoros del pasado en tierras hispánicas y a la cual los exiliados sefarditas han seguido tan fieles a través de sus peregrinaciones. Un investigador norteamericano, el Dr. Max Luria, catedrático de español del Brooklyn College, publicó en un libro los resultados de sus estudios hechos en la Península Balcánica entre los sefardíes, demostrando que hasta tal punto llegó la constancia de su fe lingüística que todavía hoy daban a sus dialectos clara evidencia de la región española de la cual dicen ser oriundos.

El fenómeno sefardita es uno, entre muchos, que arrojan la luz de la verdad histórica sobre las tinieblas de la mentirosa acusación contra el pueblo judío, negándole el sentimiento de lealtad al país que le acoge como patria y la capacidad para asimilarse culturalmente al ambiente que le circunda, en esta tristísima hora para toda la comunidad, en que un sector tan numeroso del pueblo hebreo está apurando el cáliz de veneno, la hez hitleriana de Europa, y sus descastados secuaces infiltrados en estas Américas están aseñando al hombre americano con una vil propaganda antijudía. Mientras en

el Viejo Mundo se les imposibilita la existencia a los judíos, las mismas fuerzas satánicas que allí están destruyendo sus comunidades, en muchos casos anteriores en su origen a la introducción del cristianismo, tratan de despertar aquí en el Nuevo Mundo los prejuicios más primitivos con el fin de cerrar todo refugio para sus víctimas.

Hay que confiar en la conciencia de América que se resista a este ataque contra su principio más fundamental, la igualdad de todos los hombres. Sin embargo, vale hacer desfilar ante nuestra vista los hechos de la actualidad en esta América, para saber, a base de conocimientos averiguados, lo que una aumentada población hebrea podrá contribuir a la obra americana. Hoy día ya hay colonias hebreas en todos los países latinoamericanos y es posible estudiar la realidad de su participación en la vida nacional de cada una de las repúblicas.

II

LOS JUDIOS EN LA TRADICION AMERICANA

Las leyes de Indias prohibieron la inmigración al Nuevo Mundo de los que no fuesen "cristianos viejos". Sin embargo, en todas las regiones descubiertas, conquistadas y colonizadas, pronto había elementos judíos que por la fuerza tenían que llevar el antifaz marrano. En el Brasil pudieron penetrar los judíos en su propia calidad debido, al principio, al mucho menor entusiasmo en la corte portuguesa por el fanatismo religioso castellano, impuesto en la política lusitana por las demandas de Isabel la Católica como condición previa a su consentimiento para el enlace matrimonial entre Manuel de Portugal y una de sus hijas. Por lo tanto, sirvió la larguísima costa brasileña de grato refugio a miles de judíos que, aunque expulsados so pena de muerte del suelo patrio, siempre prefirieron cobijarse en las nuevas tierras que representaban para ellos la extensión de la amada patria vuelta quemadero inquisitorial. También actuó en favor de los judíos refugiados en el Brasil la relajada vigilancia eclesiástica en aquel inmenso territorio que nunca llegó a conocer los rigores inflexibles de la temible Inquisición tal como fué trasplantada con toda la amplia plenitud de horrores y crueldades a las colonias españolas. Y por las infinitas fronteras del imperio americano de Portugal, especialmente cuando éste se hallaba incorporado durante su "captividad babilónica" desde 1581 a 1641 al imperio español de Felipe II y su sucesor, pudieron deslizarse numerosos prófugos judíos de España en las colonias hispano-parlantes del Nuevo Mundo.

Todavía no se ha escrito la historia de los judíos en la América ibera, mas no se escribe casi ningún libro sobre la evolución nacional

de ninguno de los pueblos iberoamericanos sin notar, por lo menos de paso, la presencia de judíos en su escena histórica desde los más primitivos comienzos. Los judíos, conversos o a veces abiertamente judaizantes, no solamente tomaron parte en todas las actividades económicas — explotadoras de las tierras vírgenes —, políticas, religiosas e intelectuales, sino que se integraron en el curso de los siglos en el tejido de la nueva sociedad criolla que se iba formando en las Indias. Poco a poco los tragaba la asimilación definitiva a paso que la sucesión de generaciones dificultaba la conservación secreta judaica. Investigaciones recientes en la historia del descubrimiento revelan la colaboración de judíos en la misma empresa inicial, no faltando los estudiosos que defiendan la tesis del origen judaico del Gran Almirante. Y hoy día son frecuentes las declaraciones anti-racistas en la América Latina, basadas no sólo en el hecho de la conglomeración racial, aparente a la vista más superficial, sino también en la profundamente arraigada tradición en muchos sectores de la población iberoamericana, de una ascendencia judaica. Lo mismo que en la madre patria, España, donde los centenares de miles de conversos judíos entretejieron para siempre en la urdimbre y trama de la riquísima tela española los hilos semitas, la composición racial de lo criollo ha sido condimentada con la especie semítica. Y hoy día no hay manera de deshilar este tejido, ni de extraer separadamente los ingredientes de la tortilla a la criolla.

Y son no solamente las acuciosas investigaciones de sabios que evocan ese lejano pasado de la colaboración hispano-israelita en las Américas, porque en varias partes del continente se ven muy claras huellas o se tiene conciencia viva de su ingerencia en la formación étnica de América. Lima, sede del gran virreinato, todavía tiene calles nombradas **Judíos**, **Matajudíos** y **Quemados**. El historiador peruano, el doctor Jorge Basadre, calcula el número de judíos en el Perú colonial en 6,000, con más de 400 víctimas de la Inquisición en veinte años. En Colombia se habla popularmente del origen judaico de la población del Departamento de Antioquia, mientras que en muchas de las primeras familias del Brasil, especialmente las terratenientes del norte, según los relatos de un reciente viajero, se guardan artículos antiguos, legados por generaciones pasadas, que para el conocedor no son sino objetos rituales judaicos, cuyo significado verdadero no entienden los poseedores de hoy.

También México fué un centro muy importante de inmigración de judíos durante el coloniaje. Hace poco salieron de los polvorientos archivos a la luz de la publicación en más de una lengua, las bellas cartas escritas por don Luis de Carvajal, figura eminente del México virreinal, desde la celda en la cárcel inquisitorial a su madre y hermana, también presas como él en las garras del Santo Oficio por

judaizantes. Entre muchas gloriosas figuras mexicanas que según ciertos comentaristas descienden de antepasados judíos se destaca la del noble mártir y padre de la Revolución Mexicana, Francisco I. Madero. Recientemente, según la prensa, habrá hecho Diego Rivera, el famoso pintor mexicano, declaraciones públicas en el mismo sentido, en la capital azteca.

Mas la evocación más sensacional de la colaboración hispano-israelita que hasta la fecha haya ocurrido, tuvo lugar en México hace dos años, a raíz del descubrimiento de varias aldeas del Estado de Puebla, vecino al Distrito Federal, que están pobladas de campesinos judíos, directos descendientes de marranos refugiados, llegados desde España en temprana época del Virreinato. Viviendo en masa compacta, en región rural, dados a la agricultura y alejados de la vigilosa mirada de la envidia que se fija ávidamente en los que prosperan, lograron escapar a la destrucción física por la Inquisición así como a la aniquilación de su propio matiz dentro del mosaico mexicano. Con la liberalización de México por la obra de la Reforma de Benito Juárez y al paso de la laicización de la vida nacional impulsada por la marcha triunfal de la Revolución, pudieron estos modernos descendientes judíos de las generaciones de colonizadores, si no ya de los primeros conquistadores y explotadores, vivir abiertamente en consonancia con el dictado de su conciencia que había tenido que embozarse durante las épocas obscurantistas. Dichos campesinos se abstienen todavía hoy de la carne de cerdo; el sábado descansan de todo trabajo; conservan en sus humildes sinagogas los pergaminos sagrados en rollos y un servicio religioso semejante en algunos aspectos al de comunidades hebreas que se han desarrollado sin las trabas experimentadas por los campesinos de Puebla. En otros respectos no son distinguibles de los demás labradores de la tierra mexicana: visten lo mismo, hasta el uso del zarape; comen lo mismo; sus viviendas no son otras y su lenguaje exactamente igual. Para atender a la venta cooperativa de sus productos en los mercados de la capital se ha establecido un grupo en ella, donde ya tienen, estos mexicanos israelitas una sinagoga y son la maravilla de sus compatriotas que por primera vez se dan cuenta de la presencia dentro del cuerpo nacional, con muy íntima integración en él, de genuínos campesinos nacionales que son judíos por la religión. Su portavoz en la Ciudad de México, el Licenciado B. L. Ramírez, surgido a la vida profesional urbana del seno de dicha agrupación campesina, publicó recientemente un estudio interesante sobre sus correligionarios en una serie de artículos en el periódico judío capitalino, *El Camino*. El Sr. Ramírez calcula el número de los recién revelados judíos mexicanos en veinte mil.

Así, si el espacio permitiera, podríamos ir rastreando los dejos

que indican en tantas plazas principales y muchísimos rincones de la vasta América la morada en ellos de los hijos de Israel. No cabe duda de que una tarea, tan magna como encantadora, está esperando al historiador o, mejor dicho, al grupo de investigadores que algún día nos presentarán un cuadro sintetizado de la acción judía en el drama de la América colonial. Pero con lo poco que aquí se ha podido decir sobre este asunto queda demostrado que en la tradición de Iberoamérica han figurado los judíos iberos.

III

LOS JUDIOS EN LA ARGENTINA

Los judíos argentinos están celebrando ahora el cincuentenario de su participación en la vida nacional de su gran patria. Forman el mayor núcleo de hebreos en la América Latina tanto en edad como en cantidad. Está claro, pues, que dichos israelitas no son los descendientes de los de la época colonial. Además, en su abrumadora mayoría ni son sefarditas, o sea, hijos de la rama hispánica del pueblo judío, y por lo tanto representan un nuevo caso del fenómeno histórico de la colaboración hispano-israelita. Interesa, pues, observar el carácter del encuentro entre los argentinos hispanos y los judíos oriundos de Rusia, Polonia y Rumania, de un ambiente muy apartado psicológica y culturalmente del mundo hispano. Interesa saber hasta qué punto es posible hablar de una amalgama espiritual entre elementos mutuamente tan extraños.

Pues el aporte de los judíos en la Argentina durante el medio siglo que acaba de pasar a la historia es marcado por dos importantísimos y significativos rasgos: su obra creadora en la agricultura así como en la literatura nacional de la gran república sureña.

Una población rural de más de 30.000 judíos cultiva una extensión de 617.468 hectáreas. En uno de los más recientes estudios sobre las colonias agrícolas judías en la Argentina, publicado en *La Revista de historia hispanoamericana de Norteamérica* por los Dres. Ernst Schwarz y Johan C. Te Velde del Foro Panamericano del Buen Vecino (Vol. XIX, No. 2, mayo de 1939) dicen los autores: "La Asociación Colonizadora Judía (ICA) ha hecho una verdadera contribución a la vida nacional de la Argentina. Las ventajas económicas para el país son evidentes y no necesitan aclaración detenida. Extensas áreas de suelo fértil han sido reclamadas de la jungla y de la pampa. Por un proceso de cuidadosa selección, la ICA ha logrado traer a la Argentina un alto tipo de colonista, importante elemento

entre los variados grupos que constituyen el crisol de la civilización argentina”.

La inmigración agrícola judía a la Argentina empezó en el año 1890 en busca de un refugio de la ola antisemítica que engolfó a la Europa oriental hacia fines del siglo pasado. La ICA, el instrumento orientador y gobernador de dicha inmigración, fué fundada por el Barón Mauricio de Hirsch, financista y filántropo hebreo de Austria-Hungría, y dotada por él con un gran capital. Fué su ensueño ayudar a sus correligionarios, encerrados durante centurias en los ghettos de Rusia y Polonia, a establecerse como agricultores en un país libre donde pudieran gozar de los derechos humanos reconocidos por los regímenes civilizados y adelantados.

Si en todos los países representa la agricultura el oficio más nacionalista por ser la vinculación del hombre a su suelo, lo es tanto más en Iberoamérica, continente agrícola por excelencia. Mas si por acaso creyera el lector que la obra de la ICA ha dado por resultado una especie de judería rural, un ghetto agrícola, una colonia extranjera establecida en el suelo argentino, bastaría fijarse en el panorama literario y cultural en general de la nación argentina para convencerse de que la labor de la ICA significa la integración en la entraña argentina de los inmigrados judíos y de sus hijos nacidos en el mundo criollo. Si en el caso de la agricultura todavía se puede imaginar participación creadora en ella en medio de la extra-territorialismo espiritual — como acaba de ser demostrado con relación a las colonias alemanas e italianas de varios países iberoamericanos, como la Argentina, Chile y el Brasil — no es posible ni pensarlo en cuanto a la obra literaria y cultural. Para estar en condiciones de aportar aun un grano a la construcción de la vida espiritual de un pueblo, es absolutamente ineludible el pre-requisito de la identificación armoniosa con el alma nacional. Y esto precisamente han logrado hacer artísticamente los judíos argentinos, mayormente oriundos de ambientes y de ascendencia nada hispanos.

El Sr. Lázaro Liacho, crítico argentino, ha estudiado a los escritores judíos en la literatura argentina en un ensayo valioso que vió la luz en la revista *Columna*, de Buenos Aires, dirigida por César Tiempo, quien nació Israel Zeitlin en 1906 en la Ukrania rusa. Son interesantes los conceptos del Sr. Liacho por la luz que arrojan sobre el argentinismo de los judíos que cuentan solamente medio siglo en su nueva patria: “La primera generación de judíos nacidos en territorio del Plata quiso desentrañar su expresión argentina. Ella presentía que su destino se ligaba definitivamente a la tierra virgen y su deseo inmediato fué contribuir al humano esfuerzo por crear una expresión argentina. Un cuarto de siglo bastó para obtener el fruto deseado en retribución del aporte. El judío, como integrante de los

elementos que se funden en el crisol argentino, es ya un fuerte complemento ligado a la parte interior del espíritu y del cuerpo que están cobrando expresión argentina”.

¿Cómo y cuándo da el escritor judío sus primeros pasos en la escena literaria argentina? Así nos lo describe el Sr. Liacho: “El judío argentino se ligó a las letras de su suelo nativo en días de fiesta y esplendor. Su contribución al acervo literario del país fué un acto de reconocimiento a la dicha de vivir que experimentaba en el suelo de la República libérrima. Corría el año en que se festejaba el primer centenario de la declaración de la independencia argentina. Los gauchos judíos, de Alberto Gerchunoff, inicia el aporte israelita a las letras nacionales. Los veinticinco relatos que integran este volumen son el homenaje del hijo de Israel que, criado bajo el cielo entrerriano, canta y agradece la libertad y la abundancia”.

No es el objeto de este trabajo presentar el panorama literario de los escritores judíos en la literatura argentina, tema muy digno de trato especial. Mas la extensión del aporte judío a las letras de la gran nación americana se patentiza en el hecho de que el Sr. Lázaro Liacho trata de treinta autores — poetas, novelistas, cuentistas, dramaturgos, ensayistas, tratadistas políticos, sociológicos y filosóficos e impulsores de creación literaria en otros.

El Profesor Calvert J. Winter, de la Universidad de Kansas en Norteamérica, dice acerca de los escritores judíos en la Argentina en un ensayo aparecido en *Hispania*, órgano nacional de la Asociación Norteamericana de Profesores de Español: “Un hecho es patente, y éste es el relativamente alto número de este grupo comparado a los escritores de todas las clases. En una antología de cuentos argentinos (*Cuentistas argentinos de hoy*, por Miranda Klix) publicada en Buenos Aires en 1929, de veintiocho autores representados, ocho son judíos. Pillement, en el prefacio a su traducción francesa de cuentos hispanoamericanos, (*Les conteurs hispano-américains*, París 1933) menciona siete judíos entre treinticuatro argentinos citados. En tres años escritores judíos ganaron un primer Premio Municipal por poesía, uno por el drama y un tercer premio por la novela. Es verdad que todo eso puede ser no completamente convincente en cuanto a excelencia, pero siempre se debe conceder la presunción de mérito”.

Quizás una de las mejores pruebas de la argentinidad de los escritores judíos es el hecho de que para la inauguración del Teatro Nacional, subvencionado por el gobierno federal, se escogió una obra dramática de Samuel Eichelbaum, quien según Liacho, “Entre los hombres de letras de su generación, lleva realizado el aporte más firme e independiente para la dignidad de nuestro teatro”.

Y otra vez hay que hacer hincapié en la completa novedad y originalidad de la contribución judía a la literatura argentina para

dar relieve adecuado a las posibilidades encerradas en la colaboración hispano-israelita en las Américas. Es verdad que en Iberoamérica hay una rancia tradición literaria judaica. Basta citar al renombrado autor teatral Antonio José da Silva (1705-1739) del Brasil, creador de la obra *O Judeu* y otras muchas; y por supuesto, al glorioso autor de *María*, Jorge Isaacs, de Colombia (1837-1895). Mas el primero, quien no sólo fué judío de ambos padres, sino también murió mártir por su fe en la hoguera inquisitorial en Portugal, a donde lo había llevado el Santo Oficio para salvarle el alma, fué hijo de ascendencia portuguesa por muchos siglos. Muy natural entonces que en él floreciera el genio lusitano. El caso de Isaacs se asemeja ya más a la situación de los escritores judíos de la Argentina. También él fué del lado paterno la primera generación criada bajo el sol caucaseño. Sin embargo, por la madre había recibido la riquísima herencia de la Atenas del Nuevo Mundo. Claro que los judíos tienen mucho orgullo en haber participado en la formación del genio que produjo la obra que para Luis Alberto Sánchez es "el primer grito de la naturaleza americana — hombre y paisaje de consuno — con un sentido místico del amor, que está por encima de la declamación grandilocuente de los románticos, y adquiere un nivel de tersura, de diáfana claridad, realmente poco común." Si recordamos la consanguinidad entre los agricultores judíos de la Argentina de hoy y sus escritores judíos contemporáneos, resalta la significación de la ocupación campesina del padre de Isaacs en la calificación que le da Sánchez a *María* en sus palabras citadas arriba.

Los judíos de la Argentina han demostrado en la agricultura y en la literatura — las dos fases más íntimas de la vida nacional — clara evidencia del aporte que el pueblo israelita es capaz de entregar al Nuevo Mundo hispánico por la fraternal acogida.

New York, 1939.

Joshua Hochstein.

(De "América", La Habana)

JUAN RAMON JIMENEZ

Juan Ramón Jiménez está muy lejos ahora de sus primeros poemas y del idilio delicado de "Platero y yo", que apareció en 1907. Este libro, que está escrito en una prosa tersa como las hojas tiernas, fué, sin embargo, el mensajero de viejas emociones. El espíritu del poeta era ya viejo y únicamente sus sentidos le instaban hacia la senda de la juventud. Su delicadeza prometía más bien quebrarse que revelar lo que años más tarde reveló: acaso la inteligencia poética más profunda de la Europa contemporánea.

Jiménez ha perdido los lectores que ganó en sus primeros libros. Hoy es muy poco leído. Se ha despojado de la habilidad del ornamento y de los sentimientos secundarios, como de una costra, y ha dejado su verso desnudo y severo. Su devoción ha ido de la gracia exquisita a la sencillez y a la naturalidad que se acercan tanto a la verdad y la muestran como algo nuevo e impersonal. Vive en un aislamiento voluntario, pero sigue en contacto, de una manera fecunda, con su propia generación. Ningún poeta tiende a la juventud con más empeño que él. Es el maestro y el amigo de los nuevos poetas castellanos, no sólo de España sino de la gran España del otro lado del mar. Conoce los movimientos líricos de París, Alemania y Austria, y ha leído los libros de Whitman, de Emil Dickinson, de Frost, de Robinson, de Sandburg...

En realidad, Jiménez es un místico naturalista de la orden de Walt Whitman. Busca en la vida lo divino e imperecedero y desconoce lo transcendental. Habla a Dios en el mar, en el sutil espectáculo sensual del amor, en el paisaje de España y en los giros de su propia meditación. Sin embargo, su acento de poeta está muy lejos de la Biblia, de Espinosa y de Whitman. La perpetua contradicción que hay entre el significado y la sustancia de su obra es otro encanto singular de este poeta. El significado es cósmico y la materia es ligera y accidental. A menudo una expresión que parece casual, orla lo inefable, y una gota de agua se convierte milagrosamente en un universo. Ni un solo gesto retórico mancha el cuerpo purísimo de sus palabras. El universo está implícito en ellas. La última ofrenda de Jiménez es un canto de vida límpido y enjoyado, dentro de cuyo momento, el silencio es una llama interior. Esta llama es sencilla y constante. La variación en los poemas es sólo el cambio de superficies y de colores de la llama. La llama es una siempre. El misterio de la vida está en hacerse forma; en crear para sí misma, de una sola profundidad, innumerables facetas; de una sola blancura, infinitos colores; y del silencio, la canción. Este es el proceso de la vida y este es el proceso del arte de Jiménez. Cuando él habla de la Obra se refiere a la relación de esos inescrutables devenires de los cuales él es el testigo extasiado y devoto. Si sus poemas son muchos, muchas son también las formas de la vida, y si son alados y fragmentarios pedazos de una forma cuya simetría está en las dimensiones que quedan más allá de los fragmentos, así es también nuestro mundo visible: un fantasma de jirones, de impulsos y de destellos. Para ver el mundo en su totalidad, el ojo ha de estar a un tiempo lejos de él y dentro de él.

Los poemas de Jiménez son como una "comédie mystique". Aislados, tienen variedad de notas. Sin embargo, una secreta cualidad en ellos y una alusión total a algo no explícito que acaso desespera

al lector vulgar, pero que hechiza la mente que busca amplias perspectivas. Su valor principal está en que estéticamente dan la sensación de una cosa no acabada. Estéticamente, sin embargo, son completos porque contienen esta falta... esta positiva agitación hacia un sentido apocalíptico, que vive en ellos precisamente porque está ausente de ellos. Cada uno de sus poemas es a la vez una forma sensible y un principio espiritual. Cada uno de sus poemas, como el átomo, es una unidad completa, pero en el torbellino de los electrones, contiene la infinitud y la contingencia: es lo ilusorio que tiende siempre a desaparecer en lo real. Podría decirse que un poema de Jiménez es como un instante de vida humana, muy bien delineado y muy bien apercibido de pensamiento, emoción, voluntad, pero que su perfección toda no es sino la función pasajera de una unidad implícita más trascendental y más honda.

Ningún poeta ha igualado a Jiménez, desde Luis de Góngora, en arte, en destreza y en intensidad lírica. Jiménez convierte el lenguaje en un instrumento sutil e intrincadamente variado, pero sus ondulaciones todas, aún las más amplias y extrañas, caen dentro del genio natural del castellano. Como artífice, le aventaja en esto a su maestro Góngora. Góngora da la idea de que trabaja con sustancias minerales y sus arabescos parecen tallados en piedra como los arabescos primitivos. En Jiménez, por el contrario, el arabesco es de sustancia orgánica y está trazado en carne, sangre y vida. Tal vez esto hace su labor menos segura y menos clara que el verso de Góngora que, después de tres siglos de menosprecio, llega al fin, con la obra de su amigo El Greco, al reino de las justas valoraciones. A primera vista se duda que la poesía de Jiménez pueda vivir tanto tiempo. Son tan finos sus contornos y tan exquisitos los relieves de la materia orgánica sobre la que descansa! ¿Se marchitarán también estas flores espirituales? No. Si observamos con atención esta frágil estructura veremos que está hecha de certidumbres. Jiménez ha sacado de la vida sus armonías y les ha dado una forma que es la salida natural de la vida a la consciencia, desde el fluir eterno de lo subconsciente. Su arabesco, por lo tanto, es tan orgánico como su base. Jiménez pertenece a la raza de Góngora y San Juan de la Cruz: una raza de poetas inmortales y herméticos.

Waldo Franck.

De Orto (Manzanillo, Cuba).

LOS LIBROS

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IDEARIO de Juan B. Justo. — Compilador y ordenador: Celso Tindaro. "La Vanguardia". 1939. — "Que los vientos del mundo lleven

semillas por todos los surcos". Celso Tindaro enuncia así su deseo expansivo al publicar el tomo primero del *Ideario de Juan B. Justo*.

Bien dicho está como aspiración simbólica, porque en la realidad, el viento que esparce las semillas de las ideas de una mentalidad como la de Justo, está encarnado en la clase obrera argentina, a la que Justo sirvió con una índole tal que cabe reconocer en él a uno de los más grandes ciudadanos argentinos y al fundador y director del movimiento político de más vastas proyecciones históricas contemporáneas.

Justo apareció en la política argentina en los momentos que se operaba en el país la transformación derivada de la incorporación del sistema de explotación sistemática capitalista. La oligarquía había abierto las puertas de la Nación a la inmigración extranjera, preferentemente europea, y esa inmigración se caracterizaba en dos corrientes desiguales: la inmigración de hombres y la inmigración de capitales.

Así como son diferentes ambas, fué diferente —y continúa siéndolo— la conducta de la clase poseedora y gobernante ante las dos. La incorporación de la corriente inmigratoria humana, permitió aumentar la población y la riqueza del país; valorizándolo en toda su estimación cualitativa y cuantitativa. Y la incorporación de capitales extranjeros logró, asimismo, la transformación del país, especialmente de ciertas zonas del mismo, en forma que contribuyó a hacer de la Argentina una nación económicamente progresista.

Las mentalidades más destacadas del país, casi sin excepción, tuvieron el destino intencional de servir a su manera, en este proceso de transformación histórica. Las mentalidades de la oligarquía — hombres doctos y doctores, graduados en las Universidades argentinas, sostenidas por el esfuerzo del pueblo — pusieron sus inteligencias al servicio de la inmigración capitalista extranjera. Otras hubo que pusieron sus conocimientos, sus afanes y sus intenciones, al servicio del pueblo argentino, cuyos intereses legítimos se mezclan y solidarizan con los de los inmigrantes extranjeros venidos a nuestro país. Entre ellas —las menos, por cierto— se cuenta Juan Bautista Justo.

Este hombre excepcional tuvo, por sobre todo, el mérito de haber sido el orientador del movimiento político de la clase obrera argentina. No por métodos empíricos surgidos al conjuro de factores extraños, sino mediante la incorporación y asimilación del método científico de la historia. Justo supo que en la vida de relación humana, la interdependencia de las naciones y los pueblos constituye una realidad por encima de todo sofisma sectario. Desentrañó que las vinculaciones internacionales de la economía argentina tenían similares características con las vinculaciones internacionales del pueblo argentino, y más precisamente, de la clase trabajadora argentina.

Mentalidad socialista, vale decir, hombre orientado en la corriente filosófica del materialismo histórico, sabía que la población de un

país, así como las sociedades en general, se dividen en clases económicamente definidas que tienen sus características esenciales y sus intereses y conociendo las leyes generales de la historia moderna — que es la historia de las clases — Justo conocía la intimidad más recóndita del proceso histórico argentino. Y de ese conocimiento extraía — como era natural — la consecuencia lógica de que la historia de los hombres es la resultante de un proceso donde éstos intervienen consciente o inconscientemente.

Toda la vida de Juan Bautista Justo: sus pensamientos, sus actos, sus intenciones, están orientados en el sentido de lograr que la clase obrera adquiriera la conciencia de su personalidad específica — que es la conciencia de clase — y maneje sus intereses morales y materiales, conjugados en el poder extraordinario que posee como tal, orientándolos hacia su liberación económica y espiritual.

Esta manera de hacer y de pensar supone intentar una honda transformación histórica: librar a la clase obrera de su actual esclavitud, librando, a su vez, a toda la sociedad, del resto de barbarie y de atraso que aún la retienen en los dinteles del progreso histórico.

Para hacer esta obra de proyecciones limitadas a la capacidad sin límites del hombre; para lograr esta transformación tan importante en la vida de los pueblos y de la humanidad, menester es que la propia clase subyugada comprenda su condición y sus ideales y adquiriera, en esa forma, esa conciencia colectiva que supone su incorporación a su partido político, a sus organizaciones gremiales, a sus cooperativas económicas, a sus instituciones culturales, donde se trabaje sin interrupción por sus intereses, en la misma forma que la clase poseedora trabaja por los suyos.

Justo tiene el mérito de haber sido, en nuestro medio, el más insigne de los políticos obreros; el más eficiente de los directores del movimiento de la clase obrera; el más completo de los actores de su tiempo, juzgado — condición indispensable para el juicio — desde el ángulo de su posición intencional: del hombre al servicio de la revolución, sirviendo a la clase de mayor conciencia y espíritu revolucionario.

El Ideario que Tíndaro nos ofrece, aún en este primer tomo, resume con inteligencia y con acierto, la síntesis del pensamiento de este vigoroso maestro de las generaciones argentinas. Tenemos que advertir, ya que nos lo impone nuestra honestidad mental y el mismo enlace que Celso Tíndaro hace en el libro al explicar su intención, que Justo tiene, sobre Joaquín V. González, el mérito indiscutible de sus mejores ideas, de sus concepciones políticas más modernas, de su espíritu más amplio y su mentalidad más universal.

Celso Tíndaro dice haber buscado, en la historia argentina posterior al héroe civil, los iguales de Sarmiento. Los halla en Justo y en

González. Un antecedente histórico nos revela la cualidad distintiva de ambos: siendo ministro, Joaquín V. González propicia ante el Congreso la sanción de la primera ley represiva del movimiento obrero argentino. No pudo comprender la naturaleza de la transformación que se verificaba en el país, ni entender que las huelgas — que tanto temor le infundieron — eran manifestaciones lógicas de la lucha de clases. Valga el antecedente para establecer la comparación.

No creemos que los hombres sean objetos, en el movimiento histórico; sino actores intencionales del propio movimiento. Justo lo explica con claridad y concisión. Sí aceptamos que la clase dominante hace de las masas laboriosas, mediante su explotación y servilismo, elementos de uso, cosas a su servicio, sombras de hombres que no comprenden su destino; pero que la propia clase obrera, mediante su propia elevación, merced al esfuerzo intencional y consciente que viene realizando, logra escaparse de las mallas tupidas de la explotación capitalista que la conducen a la condición de rebaño, y adquiere la personalidad inconfundible que la hace caracterizar, en este tramo de la historia contemporánea, como la fuerza impulsora del movimiento revolucionario.

Esa finalidad magnífica persiguió Justo con su extraordinaria personalidad.

Saúl N. Bagú.

KEMAL. El Dictador Democrático. Constructor de la Nueva Turquía. — Por J. G. Blanco Villalta. — Ed. Claridad. — Después de leer esta biografía de Kemal Ataturk, advertimos la carencia de información sobre la vida y los problemas del Cercano Oriente, de que adolecemos.

El autor de esta obra ha vivido largos años en Turquía y posee un dominio cabal del tema. Quizá si anteriores biografías de Kemal no han podido ofrecer algunas veces más que trabajos carentes de vigor y realidad, ha sido a causa de la escasa permanencia de sus autores en aquel país. El Oriente milenario y misterioso, sus civilizaciones y humanismos, distintos en esencia de los nuestros, hacen que los hombres de Oriente reaccionen frente a los problemas de la vida en forma distinta a la que nosotros exteriorizamos; sus interpretaciones no son análogas a las nuestras. Es por eso que Blanco Villalta, antes de presentarnos al personaje, nos describe la topografía de su país natal: Macedonia. Nos habla de los problemas religiosos y políticos que habían puesto en pugna a los turcos conquistadores con los cristianos conquistados, y es así que cuando el cadete militar adquiere con el estudio la madurez de su personalidad, ésta se evidencia con la influencia del medio ambiente, y Kemal

lleva marcada en su pecho la rebelión: "La potencia de las montañas de su país, la impetuosidad de sus ríos, la rebelión, que como los vientos del invierno muge a través de las estrechas gargantas de los montes."

Es apasionante seguir a ese hombre fuerte a través de guerras, de vicisitudes de todo orden; observar sus pasos cautelosos de conspirador, oír su palabra de revolucionario que intenta terminar con el régimen despótico de sultanes que mantienen al pueblo en un atraso de siglos, y eran en pleno siglo XX, señores de horca y cuchillo.

El Imperio Otomano es vencido en la guerra de 1914; el supremo reparto de sus restos se anuncia terrible, cargado del odio de Occidente. Es entonces cuando Kemal reúne a la nación doliente y después de una lucha gigantesca consigue que los derechos de su patria sean respetados. Comienza la era de las reformas: libera al pueblo de la opresión del Islam; hace alzar la frente de los turcos y les muestra un porvenir radiante de progreso y esperanza.

Blanco Villalta nos da en este libro una de las más completas biografías que se han escrito sobre el creador de la Nueva Turquía, en habla castellana.

COLABORADORES DE ESTE NUMERO



RICARDO M. ORTIZ. — Ingeniero egresado de la Universidad de Buenos Aires, es profesor en la facultad respectiva, y adscripto al Instituto de Economía de Transportes de la de Ciencias Económicas, de aquella universidad. Ha sido profesor y consejero en la Universidad de La Plata. Funcionario de la Dirección General de Navegación y Puertos, ha estado permanentemente ocupado en cuestiones atinentes a la construcción, estudio y explotación de nuestros puertos. De la experiencia recogida en estas funciones son fruto, entre otros trabajos, el que damos en este número y el curso dictado en el Colegio Libre en el año 1938. Ha dado conferencias sobre su especialidad en las más altas tribunas del país. Ha publicado numerosos estudios en diversas revistas, de los que citaremos: "Los problemas de Hansen y Pothem". "Determinación y estudio de las zonas económicas de los puertos", "Navegación de ríos patagónicos", etc.

De **ROBERTO F. GIUSTI, PATRICK O. DUDGEON** y **MARIO SEGRE**, hemos hablado anteriormente en los Nos. 7-8 y 1-2 del año VII y 5-6 del año VIII, respectivamente.